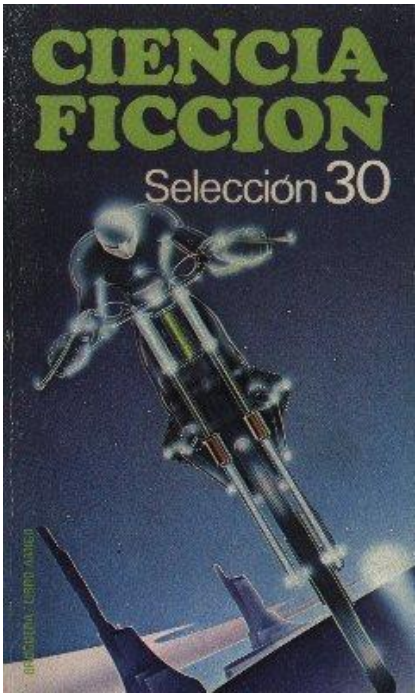
Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Ciencia Ficción 30

Carlo Frabetti

(Recopilador)

Título Original: *Ciencia Ficción. Trigésima Selección.*



Contenido

Philip José Farmer • *ÁBRETE A MÍ, HERMANA MÍA*
Brian W. Aldiss • *TRES CANCIONES PARA AMANTES ENIGMÁTICOS*
Poul Anderson • *UN TROZO DE NOCHE*
Kingsley Amis • *ALGO EXTRAÑO*

PRESENTACIÓN

LOS ALIENÍGENAS EN LA CIENCIA FICCIÓN

No hace falta señalar la importancia del tema —y el símbolo— del extraterrestre en la narrativa de ciencia ficción. La posibilidad de encontrarse con otras formas de vida inteligente constituye, aparte de su interés intrínseco, una fuente inagotable de parábolas y planteamientos especulativos de todo tipo. Y si en la ciencia ficción de menos calidad sirve para fomentar la xenofobia tan característica de nuestra belicosa sociedad (monstruosos invasores de ojos inyectados, fríos e implacables como máquinas), en la vertiente más seria del género constituye un excelente contrapunto para poner de relieve nuestras contradicciones, como ocurre en la novela corta que abre esta antología, auténtico clásico en su género; o un medio de impugnar el pretencioso y pueril antropocentrismo de nuestra cultura, y de recordarnos que el mito del hombre como «rey de la creación» es eso, un mito, ya que distamos mucho no sólo de dominar sino incluso de conocer y comprender lo que nos rodea.

Otras veces los extraterrestres sirven para introducir una dimensión estética o lúdica en la narración, como esos increíbles y diminutos seres del relato de Aldiss, que viajan en mariposas multicolores, pero no consienten que se les tome a broma.

Y en algunos casos, especialmente inquietantes, los «alienígenas» somos nosotros, los propios terrestres, tan ajenos unos a otros como si perteneciéramos a distintas galaxias.

Después de leer el relato de Kingsley Amis, que he dejado intencionadamente para el final, puede que la próxima vez que oiga decir que «los alienígenas están entre nosotros», en vez de sonreír con suficiencia sienta un escalofrío...

CARLO FRABETTI

ÁBRETE A MÍ, HERMANA MÍA

PHILIP JOSÉ FARMER

Farmer es uno de los autores que empezó a introducir la temática sexual en la ciencia ficción, no como simple aditamento excitante, sino como objeto de especulación. Sus narraciones son bastante irregulares tanto en calidad literaria como en lo que a rigor especulativo se refiere, pero difícilmente carecen de interés. La siguiente novela corta es un pequeño clásico de la ciencia ficción sexológica, en la que no faltan, como es usual en el autor, las consideraciones éticas y religiosas.

* * *

Durante la sexta noche que pasó en Marte, Lane lloró. Gimoteó en voz alta, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas. Lanzó su puño derecho contra la palma de su mano izquierda, hasta que la carne le dolió. Aulló con la angustia de la soledad. Lanzó los más obscenos y terribles juramentos que conocía, y conocía muchos después de haberse pasado diez años en el Cuerpo Espacial de las Naciones Unidas.

Al cabo de un rato, dejó de llorar. Se secó los ojos, bebió un trago de whisky y se sintió mucho mejor.

No se sentía avergonzado por haber gimoteado como un niño. Más aún, una de las razones por las que fuera elegido para desembarcar en Marte fue precisamente su capacidad para llorar. Nadie le podía llamar débil o cobarde por eso. Un hombre con poco coraje nunca habría pasado toda la serie de pruebas por las que él había tenido que pasar en la escuela espacial de la Tierra, sin contar los numerosos lanzamientos hacia la Luna. Pero, aunque era hombre y viril, poseía una válvula de seguridad femenina. Podía disolver en lágrimas las piedras acumuladas por la tensión en su interior; él era como el junco que se dobla ante la fuerza del viento, y no como el roble que era finalmente derribado, dejando al descubierto sus raíces.

Ahora, el peso y el dolor sentidos en su pecho habían desaparecido, y sintiéndose casi de buen humor, emitió su informe periódico a través del transmisor, hacia la nave que giraba alrededor de Marte, a novecientos treinta kilómetros de altura. Después, hizo lo que todos los hombres tienen que hacer en cualquier parte del Universo donde se encuentren. Más tarde, se tumbó en el camastro y abrió el único libro personal que se le había permitido llevar; era una antología de las mejores poesías del mundo.

Leyó aquí y allá, pasando páginas, deteniéndose únicamente ante una línea o dos, completando después en su mente las líneas mil veces murmuradas. Leyó aquí y allá, como una abeja que va probando lo mejor del néctar...

Es la voz de mi amada que llama, diciendo:
Ábrete a mí, hermana mía, mi amor, mi paloma inmaculada...

Tenemos una pequeña hermana,
que no tenía pechos.
¿Qué haremos por nuestra hermana,
el día en que sea llamada?...

Sí, aunque ando por el valle de la sombra de la muerte,
no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo...

Ven, vive conmigo y por mi amor,
y probaremos todos los placeres...

No tenemos poder para amar ni para odiar,
porque la voluntad se ve superada por el destino...

Conversando contigo me olvido del tiempo,
todas las estaciones y sus cambios parecen ser iguales...

Siguió leyendo sobre el amor, el hombre y la mujer, hasta que casi se olvidó de todos sus problemas. Sus párpados se cerraron; el libro se deslizó de entre sus manos. Pero se elevó, saltó del camastro, se puso de rodillas y rogó ser perdonado y comprendido por su blasfemia y desesperación. Y rogó para que sus cuatro camaradas perdidos fueran encontrados sanos y salvos. Después, volvió a acostarse en el camastro y se quedó dormido.

Al amanecer, se despertó de mala gana ante el sonido del despertador. A pesar de todo, no volvió a quedarse durmiendo, sino que se levantó, puso en marcha el transmisor, llenó un vaso de agua y café instantáneo y echó en él una píldora de calorías. Apenas acababa de terminar su café, cuando escuchó la voz del capitán Stroyansky en el transmisor-receptor. Stroyansky hablaba con un ligero acento eslavo.

—¿Cardigan Lane? ¿Estás despierto?

—Más o menos. ¿Qué tal están ustedes?

—Si no estuviéramos preocupados por ustedes, ahí abajo, estaríamos perfectamente.

—Lo sé. Bien, ¿cuáles son las órdenes?

—Sólo hay una cosa que hacer, Lane. Tienes que salir a buscar a los demás. De otro modo, no podrás volver hasta nosotros. Se necesitan por lo menos otros dos hombres para pilotar el cohete.

—Teóricamente, un hombre puede pilotar esa bestia —dijo Lane—. Pero es inseguro. Sin embargo, eso no importa. Salgo inmediatamente para buscar a los otros. Lo haría así aunque me ordenaras lo contrario.

Stroyansky lanzó una ligera risa. Después ladró como una foca.

—El éxito de la operación es mucho más importante que el destino de cuatro hombres. Pero si yo estuviera en tu lugar, y me alegro de no estarlo, haría lo mismo. Así es que buena suerte, Lane.

—Gracias —dijo Lane—. Necesitaré algo más que suerte. También necesitaré la ayuda de Dios. Supongo que Él también está aquí, aun cuando este sitio parezca haber sido olvidado por Dios.

Se quedó mirando apreciativamente a través de las dobles paredes de plástico de la cúpula.

—El viento está soplando a unos cuarenta kilómetros por hora —dijo—. El polvo está cubriendo las huellas del tractor. Tengo que marcharme antes que las cubra por completo. Mis suministros están perfectamente empacados. Dispongo de comida suficiente, aire y agua para sostenerme seis días. Es un paquete bastante grande; los tanques de aire y la tienda abultan mucho. Todo pesa más de cincuenta kilos de la Tierra, pero aquí sólo pesa unos veinte. También me llevo una cuerda, un cuchillo, una piqueta, una pistola de señales con media docena de proyectiles, y un *walkie-talkie*.

»Tardaré unos dos días en recorrer los casi cincuenta kilómetros que me separan del lugar desde donde se recibió la última información. Otros dos días para echar un vistazo por el lugar. Y dos días más para regresar.

—¡Regresarás en cinco días! —espetó Stroyansky—. ¡Eso es una orden! No debes tardar más de un día en echar un vistazo por el lugar. No corras riesgos. ¡Cinco días! ¡De otro modo, te llevaré ante una corte marcial, Lane! —y después, con un tono de voz algo más suave, añadió—: Buena suerte, y si hay un Dios, que te ayude.

Lane trató de pensar en algo que decir, algo que estuviera en la línea del *Doctor Livingstone, supongo*, pero todo lo que pudo decir fue:

—Que así sea.

Veinte minutos más tarde, cerró tras él la puerta que daba entrada a la cámara de presión de la cúpula. Se ajustó las correas de la enorme mochila y comenzó a caminar. Pero cuando se encontraba a unos cincuenta metros de la base, sintió el impulso de volverse para echar un vistazo más a lo que quizá no volviera a ver jamás. Allí, sobre la llanura de roca rojo-amarillenta, se encontraba la cúpula presurizada. Aquel lugar tenía que haber sido el hogar de los cinco hombres durante un año. Cerca se encontraba el planeador en el que habían bajado, con sus enormes alas extendidas y sus patines de aterrizaje cubiertos por aquel polvo que siempre estaba volando a impulsos del viento.

Justo frente a él estaba el cohete, sostenido sobre sus aletas de cola, con la cabeza dirigida hacia el cielo azul-negro, reluciente bajo el sol de Marte, brillando con una promesa de potencia, de escape de Marte y de regreso a la nave orbital. Había bajado a la superficie de Marte sostenido sobre el lomo del planeador, en un aterrizaje llevado a cabo a una velocidad de ciento noventa kilómetros por hora. Después de haber desembarcado los dos tractores de seis toneladas, lo habían bajado del planeador y lo habían montado sobre sus aletas de cola con la ayuda de los cabrestantes de los propios tractores. Ahora, también le esperaba a él y a los otros cuatro hombres.

—Volveré —dijo, dirigiéndose al cohete—. Y si tengo que hacerlo, te manejaré yo solo.

Empezó a andar, siguiendo las dobles y anchas rodadas del tractor. Las huellas eran débiles, pues fueron hechas hacía ya dos días y el polvo de silicato lanzado por el viento casi las había cubierto por completo. Las huellas dejadas por el primer tractor, que se marchó hacía tres días, ya estaban completamente ocultas.

Las huellas se alejaban hacia el noroeste. Abandonaban la amplia llanura de cuatro kilómetros y medio, situada entre dos colinas de rocas desnudas y penetraban en un corredor de unos cuatrocientos metros de anchura, situado entre dos filas de vegetación, que se extendían rectas y paralelas de un horizonte a otro en una extensión de varios kilómetros por delante y por detrás de él. Una persona que volara por encima de ellas, podría ver que había numerosas líneas iguales que se extendían paralelamente. A los observadores de la nave espacial, los cientos de corredores existentes parecían como una línea sólida. Esa línea era uno de los llamados canales marcianos.

Lane, en el suelo y cerca de una de las hileras, la veía tal y como era en realidad. Su base estaba formada por un tubo sin fin, de casi un metro de altura, la mayor parte de cuya masa se encontraba enterrada, como un iceberg. Las partes curvadas laterales estaban cubiertas por los liquenoides azul-verdosos que crecían en todas las rocas o protuberancias. Desde la columna del tubo, y separados a intervalos regulares, crecían los troncos de las plantas. Estos troncos eran como brillantes pilares de color azul-verdoso, de unos sesenta centímetros de grueso y unos dos metros de altura. De su parte superior brotaban en forma radial numerosas ramas del grosor de un lápiz, como si fueran los dedos de un murciélago. Entre los dedos se extendía una membrana azul-verdosa que formaba la única y tremenda hoja del árbol paraguas.

Cuando Lane los vio por primera vez en el momento en que el planeador pasó rápidamente sobre ellos, pensó que tenían el aspecto de un ejército de manos gigantes extendidas hacia arriba para captar los rayos del sol. Eran plantas gigantes, porque cada una de las hojas medía algo más de treinta metros de una parte a otra. Y eran como manos..., manos dispuestas a inclinarse para captar los escasos rayos del sol. Durante el día, las varillas situadas en el lugar más cercano a donde se movía el sol, se bajaban hacia el suelo, mientras que las varillas más alejadas se elevaban. Evidentemente, esta lenta maniobra que duraba todo el día tenía por objeto exponer toda la zona de la membrana a la luz, sin permitir que un solo centímetro quedara en la sombra.

Se esperaba encontrar allí formas extrañas de vida vegetal. Pero no se esperaba hallar vida animal, especialmente porque las formas vegetales eran tan grandes que cubrían una octava parte de la superficie del planeta.

Estas estructuras eran los tubos de los que surgían los troncos de los árboles paraguas. Lane había tratado de taladrar la envoltura exterior del tubo, tan dura como una roca, hasta el punto que se estropeó un taladro, a pesar de lo cual sólo consiguió arrancar un pequeño trozo. Por el momento, se contentó con aquello y se llevó el trozo a la cúpula para examinarlo con el microscopio. Tras una primera mirada de asombro, lanzó un silbido. Introducidas en la masa, similar al cemento, había células vegetales, algunas de las cuales estaban parcialmente destruidas, aunque otras permanecían enteras.

Las otras pruebas realizadas le demostraron que la sustancia estaba compuesta de celulosa, un material similar al lignito, varios ácidos nucleicos y otros materiales desconocidos.

Informó a la nave orbital sobre su descubrimiento y también sobre sus conjeturas. Alguna forma de vida animal, en algún momento, había masticado y digerido parcialmente la madera, regurgitándola después en forma de cemento, sobre el que después se habían formado los tubos.

Al día siguiente quiso regresar al tubo para abrir un agujero en él mediante una pequeña carga explosiva. Pero dos de los hombres del equipo salieron en un tractor para realizar una exploración. Lane, cumpliendo con su tarea de operador de radio durante aquel día, tuvo que permanecer en el interior de la cúpula. Tenía que mantener el contacto con los dos hombres, que debían informarle a intervalos de quince minutos.

Hacía unas dos horas que se había alejado el tractor, por lo que debía hallarse a unos cincuenta kilómetros de distancia, cuando se interrumpió el contacto. Dos horas después, el otro tractor, llevando a otros dos hombres, siguió las huellas del primero. Se había alejado unos cincuenta kilómetros de la base, y mantenía un contacto permanente con Lane.

—Hay un pequeño obstáculo delante de nosotros —dijo Greenberg—. Se trata de un tubo que surge en ángulo recto del tubo junto al que hemos estado avanzando en sentido paralelo. De éste no crece ninguna planta. No se ve ninguna elevación ni tampoco ninguna protuberancia al otro lado. Lo atravesaremos fácilmente.

Después sonó un grito.

Y eso fue todo.

Ahora, al día siguiente, Lane había iniciado la caminata, siguiendo las huellas que empezaban a desvanecerse. Detrás de él quedaba el campamento base, cerca del cruce de los dos *canales* conocidos como Avernus y Tártarus. Se encontraba entre dos de las hileras de vegetación que formaban el canal Tártarus, y viajaba hacia el noroeste, hacia el Sirenum Mare, el llamado mar Sirena. Suponía que el mar en cuestión sería un grupo mucho más amplio de tubos portadores de árboles.

Avanzó continuamente mientras el sol se elevaba cada vez más alto y el aire se iba calentando. Hacía tiempo que había apagado su calentador del traje. Era verano y estaba cerca del ecuador.

Pero al anochecer, cuando la temperatura descendió casi hasta el punto de congelación, Lane ya se encontraba en el interior de su tienda. La tienda parecía un capullo en forma de salchicha, y no era mayor que su propio cuerpo. Estaba inflada, de modo que podía quitarse el casco y respirar mientras se calentaba con el calentador operado por baterías y comía y bebía. La tienda también era muy flexible; cambiaba su forma de capullo a otra en forma de triángulo, mientras Lane permanecía sentado en una silla plegable de la que colgaba una bolsa de plástico en la que él hacía lo que todo ser humano tiene que hacer, a pesar de lo desagradable que fuera.

Durante el día, no se veía obligado a penetrar en la tienda para hacer estas necesidades. Su traje estaba ingeniosamente diseñado de modo que pudiera dejar al descubierto la parte posterior y exponer al exterior la zona necesaria sin necesidad de perder aire o presión en el resto del traje. Desde luego, no se pensó nunca en exponerse al frío brutal de la noche marciana. Una exposición de sesenta segundos durante la noche era suficiente para producir una severa congelación en la parte expuesta.

Lane estuvo durmiendo hasta una media hora después del amanecer; comió, desinfló la tienda, la plegó, la colocó en su funda, la metió después en la mochila, junto con la batería, el calentador, la caja de alimentos y la silla plegable; arrojó la bolsa de plástico, se sujetó la mochila a los hombros y comenzó a caminar.

Al mediodía, las huellas de los tractores desaparecieron por completo. Pero eso no importaba mucho, porque los vehículos sólo podían haber seguido una ruta: el corredor existente entre los tubos y los árboles.

Ahora vio lo que le habían descrito sus compañeros. Los árboles de su derecha empezaron a parecer muertos. Los troncos y las hojas tenían un color marrón y las varillas estaban inclinadas.

Empezó a andar con mayor rapidez, mientras su corazón latía con violencia. Transcurrió una hora y la línea de árboles muertos seguía extendiéndose ante su vista.

—Tendría que haber sido por aquí —se dijo a sí mismo en voz alta.

Entonces se detuvo. Delante de él había un obstáculo. Era el tubo del que le había hablado Greenberg, el que corría en ángulo recto hacia los otros dos y se les unía.

Lane lo miró y creyó escuchar de nuevo el grito desesperado de Greenberg. Aquel pensamiento pareció como si hiciera girar una válvula en su interior, dejando fluir la inmensa presión de la soledad, que había conseguido contener hasta entonces. El azul-negro del cielo se convirtió en la negrura e infinitud del propio espacio, y él no era más que una pequeña mota de carne en una inmensidad tan grande como la zona continental de la Tierra, una mota que no sabía nada de aquel mundo, como tampoco lo sabía un niño recién nacido en el suyo.

Pequeño y desamparado como un niño...

—No —murmuró para sí mismo—, no soy un niño. Pequeño, sí. Desamparado, no. Niño, no. Yo soy un hombre, un hombre, un terrestre...

Un terrestre: Cardigan Lane. Ciudadano de los Estados Unidos. Nacido en Hawaii, el estado cincuenta. De antepasados alemanes, holandeses, chinos, japoneses, negros, cheroquis, polinesios, portugueses, ruso-judíos, irlandeses, escoceses, noruegos, fineses, checos, ingleses y galeses. De treinta y un años de edad. De un metro setenta y cinco de estatura. De setenta kilos de peso. De pelo moreno. De ojos azules. De facciones de halcón. Doctor en Medicina y en Filosofía. Casado. Sin hijos. Metodista. Mesomórfico social. Radioaficionado. Criador de perros. Cazador de venados. Aficionado al esquí. Escritor aficionado, pero lejos de ser un gran poeta. Todo ello contenido en su piel y en su traje presurizado, además de una gran ansia de compañía y de vida, y una intensa curiosidad y coraje. Y ahora, con un gran temor de perderlo todo, excepto su soledad.

Permaneció durante algún tiempo como una estatua ante la pared del tubo, de aproximadamente un metro de altura. Finalmente, sacudió la cabeza con violencia y apartó de sí sus temores como un perro se desprende del agua después de nadar. Con ligereza, a pesar de la enorme mochila que llevaba a la espalda, subió de un salto sobre la parte superior del tubo y miró al otro lado, aunque allí no había nada que no hubiera visto antes de saltar.

La vista que tenía ante él sólo difería en una cosa de la que tenía a sus espaldas. Se trataba del número de pequeñas plantas que cubrían el suelo. O, más bien, pensó tras dar un segundo vistazo, no había visto antes esas plantas con aquel tamaño. Eran réplicas, de unos treinta centímetros de altura, de los enormes árboles paraguas que surgían de los tubos. Y no estaban desparramadas por casualidad, como se podría haber esperado si hubieran surgido de semillas diseminadas por el viento. Al contrario, crecían en hileras regulares, y los bordes de las plantas de cada hilera estaban separados de la contigua por una distancia aproximada de unos sesenta centímetros.

Su corazón le latió con mayor rapidez. Aquella regularidad tenía que significar que habían sido plantadas por vida inteligente. Y, sin embargo, la vida inteligente parecía algo bastante improbable, teniendo en cuenta el medio ambiente marciano.

Posiblemente, alguna condición natural debía haber causado la aparente artificialidad de aquel jardín. Tendría que investigar.

Sin embargo, debía proceder siempre con precaución. Muchas cosas dependían únicamente de él: las vidas de los cuatro hombres, el éxito de la expedición. Si ésta fracasaba, podría ser la última. En la Tierra, muchas personas se quejaban a causa del costo del programa espacial, y exigían perentoriamente unos resultados que significaran dinero y poder.

El campo, o el jardín, se extendía unos trescientos metros. En el otro extremo había otro tubo en ángulo recto, engarzado con los otros dos tubos paralelos. Y en aquel punto, las gigantescas plantas paraguas recuperaban su vitalidad y su brillante color azul-verdoso.

A Lane, toda aquella disposición le pareció como un jardín hundido. La formación rectangular de los altos tubos mantenía la zona protegida del viento. Las paredes ayudaban a conservar el calor dentro del cuadrado.

Lane observó la parte superior del tubo, buscando el lugar donde las planchas metálicas del tractor pudieran haber destrozado los liquenoides. No encontró ninguna señal, aunque no se sorprendió por ello. Los liquenoides crecían con una rapidez fantástica bajo el sol del verano.

Miró abajo, hacia el suelo del jardín, al lado del tubo, donde presumiblemente tendrían que haber descendido los tractores. Tampoco allí vio señales del paso de los vehículos, pues los pequeños paraguas crecían a unos sesenta centímetros de distancia del tubo, y estaban intactos.

Tampoco encontró ninguna señal en los extremos del tubo, donde éste se unía con las hileras paralelas.

Se detuvo para pensar cuál debería ser su siguiente paso y se sorprendió al darse cuenta que estaba respirando con dificultad. Una rápida comprobación a su manómetro de presión de aire le indicó que el problema no estaba en un tanque casi vacío. No, se trataba de un recelo. Lo que hacía funcionar su corazón con mayor rapidez, exigiéndole consumir mayor cantidad de oxígeno, era la sensación de algo extraño que estaba sucediendo, de algo que no funcionaba bien.

¿Adónde se podrían haber marchado dos tractores y cuatro hombres? ¿Y cuál podría ser la causa que les había hecho desaparecer?

¿Podrían haber sido atacados por alguna clase de vida inteligente? Si fuera eso lo ocurrido, las criaturas desconocidas se habían llevado los tractores de seis toneladas, o bien los habían conducido, apartándolos de allí, o forzado a los hombres a hacerlo.

¿Hacia dónde? ¿Cómo? ¿Por quién? Los pelos de su nuca se erizaron.

—Aquí es donde debió ocurrir todo —murmuró para sí mismo—. El primer tractor informó haber visto este tubo cruzándose en su camino, y añadió que volvería a informar al cabo de otros diez minutos. Eso fue lo último que se supo de él. En cuanto a la comunicación del segundo, se cortó en el preciso instante en que se encontraba sobre el tubo. ¿Qué es lo que ha ocurrido? No hay ciudades en la superficie de Marte, ni tampoco señales de la existencia una civilización subterránea. La nave espacial habría descubierto las aberturas que condujeran a un lugar así, por medio de su telescopio...

Lanzó un grito tan fuerte que su voz, resonando en la estrechez de su casco, le aturdió. Después se quedó en silencio observando la línea de globos azules que se elevaba del suelo en el extremo opuesto del jardín, subiendo suavemente hacia el cielo.

Echó la cabeza hacia atrás, hasta que su nuca tropezó contra el casco, y observó cómo se elevaban los globos, del tamaño de una pelota de baloncesto, que surgían del suelo y se hinchaban hasta que parecían tener decenas de metros. De repente, y como si fuera una pompa de jabón, el que estaba más alto de todos desapareció.

El que le seguía, al llegar a la altura del primero, también desapareció. Y los demás hicieron lo propio.

Eran transparentes, y a través del azul de las burbujas podía ver una especie de nubes blancas, en forma de cirros.

Lane no se movió, pero observó cómo los globos iban surgiendo continuamente del suelo. Aunque estaba perplejo, no olvidó su entrenamiento. Se dio cuenta que los globos, además de ser semitransparentes, se elevaban en ángulo recto con respecto al suelo y no eran arrastrados por el viento. Los contó y totalizó cuarenta y nueve cuando dejaron de aparecer.

Esperó quince minutos. Cuando pareció como si nada más fuera a ocurrir, decidió que tendría que investigar el lugar de donde los globos parecían haber surgido del suelo. Dando un profundo suspiro dobló las rodillas y saltó al interior del jardín. Cayó suavemente a unos cuatro metros de distancia del tubo y entre dos hileras de plantas.

Durante un segundo, no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, aunque notaba que algo iba mal. Entonces giró a su alrededor. O intentó hacerlo. Levantó un pie, pero el otro se hundió más. Avanzó un paso y el pie adelantado desapareció en el fino material situado debajo del polvo de color rojo-amarillento. Para entonces, el otro pie ya estaba lo bastante hondo como para sacarlo.

Entonces se tambaleó y se agarró a los tallos de las plantas que había a ambos lados de su cuerpo.

Se desprendieron con facilidad, saliendo del suelo, y se encontró con una en cada mano, apretadas.

Las arrojó y se echó hacia atrás con la esperanza de liberar sus piernas y echarse de espaldas sobre aquella sustancia que parecía gelatina. Quizá, si su cuerpo presentaba una superficie lo bastante amplia, podría evitar el hundirse en aquello. Y, después de todo, quizá pudiera abrirse paso hasta el suelo que había junto al tubo. Allí esperaba encontrar terreno firme.

Su violento esfuerzo tuvo éxito. Sus piernas se liberaron del pegajoso semilíquido. Ahora se encontraba echado sobre la espalda y estaba mirando hacia el cielo a través del visor transparente de su casco. El sol estaba a su izquierda; cuando giró la cabeza en el interior del casco, pudo ver el sol deslizándose lentamente del cenit. Lo hacía a una velocidad ligeramente inferior a la de la Tierra, porque el día de Marte era unos cuarenta

minutos más largo. Confiaba en que si no podía regresar al suelo sólido, podría permanecer flotando allí hasta que llegara la noche. Para entonces, el cenagal estaría lo suficientemente helado como para permitirle levantarse y caminar sobre él..., siempre y cuando lo hiciera antes de quedar helado él mismo.

Mientras tanto, seguiría el método más adecuado para salvarse cuando se encuentra uno atrapado en arenas movedizas. Rodaría rápidamente sobre sí mismo, una sola vez, para volverse a extender de nuevo sin ofrecer ninguna resistencia. Repitiendo esta maniobra quizá pudiera llegar a la franja de suelo libre situada junto al tubo.

La mochila, sujeta aún a su espalda, le impediría rodar sobre sí mismo. Tendría que soltarse las correas que le rodeaban los hombros.

Lo hizo así, y al mismo tiempo sintió cómo sus piernas se hundían. Su peso las estaba haciendo descender, mientras que los tanques de aire de su mochila, los tanques de aire sujetos sobre su pecho y la burbuja formada por su casco, proporcionaban flotabilidad a la parte superior de su cuerpo.

Se volvió sobre un costado, tomó la mochila y se apoyó sobre ella. La mochila, desde luego, se hundió. Pero sus piernas volvieron a quedar libres, aunque viscosas por el líquido y endurecidas con el polvo. Haciendo otro esfuerzo, se puso de pie sobre la estrecha isla de su mochila.

La espesa gelatina se elevó hasta sus tobillos, mientras él consideró dos posibles acciones.

Podía quedarse sobre la mochila y confiar en que ésta no se hundiría demasiado antes de quedar detenida por la capa helada permanente que tenía que existir...

¿A qué profundidad? Él se había hundido bastante y no había notado nada sólido bajo sus pies. Y... Lanzó un gruñido. ¡Los tractores! Ahora podía comprender lo que les había ocurrido. Habían subido al tubo y descendido sobre el jardín, sin sospechar siquiera que aquella superficie aparentemente sólida no era más que un cenagal. Y se habían hundido allí. Y al darse cuenta de la terrible realidad de lo que había bajo la capa de polvo, Greenberg había lanzado un grito y después la sustancia se había cerrado sobre el tanque y su antena y la transmisión, desde luego, habían quedado cortadas.

Tenía que abandonar su segunda posibilidad porque no existía. No tenía sentido alguno llegar a la zona desnuda situada junto al tubo, porque sería tan inestable como todo el resto del jardín. Los tractores debieron haber caído precisamente en aquel punto.

Se le ocurrió entonces otro pensamiento: los tractores tendrían que haber perturbado la ordenada disposición de los pequeños paraguas situados cerca del tubo. Y, sin embargo, no había la menor señal indicando que hubiera sucedido así. En consecuencia, alguien tenía que haber rescatado las plantas para volverlas a colocar en su sitio. Aquello significaba que, con el transcurso del tiempo, alguien podría acudir a rescatarle.

O a matarle, pensó. En cualquier caso, entonces habría solucionado su problema.

Mientras tanto, sabía que no valía la pena tratar de dar un salto desde la mochila hundida hasta la franja situada junto al tubo. Lo único que podía hacer era permanecer de pie sobre la mochila y confiar en que ésta no se hundiera demasiado rápidamente.

Sin embargo, la mochila seguía hundiéndose. La gelatina se elevó suavemente hasta sus rodillas; después, su velocidad de hundimiento comenzó a ser más lenta. Rezó, no para que sucediera un milagro, sino sólo para que la flotabilidad de la mochila, mas el tanque de aire de su pecho, fueran capaces de impedir su hundimiento completo.

Aún no había terminado de rezar cuando dejó de hundirse. La sustancia gelatinosa no se había elevado más arriba de su pecho, dejándole las manos libres.

Suspiró, lleno de alivio, aunque no se sintió arrebatado por el júbilo. El aire de su tanque quedaría agotado en menos de cuatro horas. A menos que pudiera sacar otro tanque de aire de la mochila, estaba acabado.

Tomó un fuerte impulso, apoyándose sobre la mochila y echando sus brazos arriba y hacia atrás, con la esperanza que sus piernas pudieran volver a elevarse y pudiera permanecer tendido. Si pudiera hacerlo, la mochila, aliviada de su peso, quizá subiera a la superficie y él podría sacar otro tanque de aire de su interior.

Pero sus piernas, impedidas por la densidad del cieno, no se elevaron lo suficiente, y su cuerpo, desequilibrado a causa del rápido movimiento, se apartó un poco de la mochila, lo suficiente como para que, cuando sus piernas volvieron a hundirse inevitablemente, no hallaran ninguna plataforma sobre la que apoyarse. Ahora tenía que depender por completo de la flotabilidad de su propio tanque de aire.

Pero eso no le permitió mantenerse al nivel alcanzado antes. En esta ocasión, se fue hundiendo hasta que sus brazos y hombros se encontraron bajo la sustancia, quedando únicamente a flote su casco.

Estaba desamparado.

Dentro de varios años, cuando llegara la segunda expedición, si es que llegaba alguna otra, quizá vieran el brillo del sol sobre su casco, y encontrarían su cuerpo atrapado como una mosca en un tarro de miel. Si ocurría eso, pensó, al menos su muerte habría servido de algo, pues advertiría a todos del peligro de esa trampa.

«Pero dudo que me encuentren. Creo que alguien o algo me habrá quitado de aquí, ocultándome.»

Entonces, sintiendo una oleada de desesperación, cerró los ojos y murmuró algunas de las palabras que leyera la noche anterior en la base, aunque las conocía tan bien que no importaba haberlas leído hacía poco o no:

Sí, aunque ando por el valle de la sombra de la muerte,
no temeré ningún mal, porque tú estás conmigo...

Pero el repetir estas palabras no consiguió aliviar para nada la carga de desamparo que le abrumaba. Se sentía absolutamente solo, abandonado por todo el mundo, incluso por su Creador. Tal era la desolación de Marte.

Pero cuando abrió los ojos, notó que no estaba solo. Vio a un marciano.

A su izquierda había aparecido un hueco en la pared del tubo. Se trataba de una sección circular de poco más de un metro de diámetro, que se abrió hacia el exterior, como si alguien estuviera empujándola desde el interior, como de hecho sucedía.

Un instante después, una cabeza se asomó por el agujero. Tenía el tamaño de una pequeña sandía y era de un color tan rosado como el trasero de un recién nacido. Sus dos ojos eran tan grandes como dos tacitas de café, y cada uno de ellos estaba equipado con dos párpados verticales. Abrió su pico, similar al de un papagayo, extendió una lengua tubular muy larga, la volvió a recoger y cerró el pico. Entonces salió del agujero para revelar un cuerpo que se parecía a una pelota de fútbol, y que sólo era tres veces mayor que su cabeza. El cuerpo rosado era sostenido, a un metro del suelo, sobre diez patas largas y delgadas, como de araña, cinco a cada lado.

Sus piernas terminaban en una especie de anchas plataformas redondas, apoyándose en las cuales pudo correr sobre la superficie gelatinosa, hundiéndose sólo muy ligeramente. Detrás del primer ser, surgieron por lo menos otros cincuenta.

Entre todos recogieron las pequeñas plantas que Lane había derribado con sus esfuerzos y las limpiaron a lengüetazos, con sus estrechas lenguas redondas que se extendían por lo menos sesenta centímetros. También parecían comunicarse entre sí tocándose las lenguas, igual que hacen los insectos con las antenas.

Como él se encontraba en el espacio situado entre dos hileras, no le molestaron al colocar las plantas. Algunos le lamieron el casco con sus lenguas, pero fueron los únicos

que le prestaron alguna atención. Fue entonces cuando empezó a temer que pudieran atacarle con aquellos picos de aspecto tan poderoso. Pero luego sintió un sudor frío ante la idea que éstos pudieran ignorarle por completo.

Eso fue precisamente lo que hicieron. Tras haber introducido suavemente las diminutas raíces de las plantas en la sustancia gelatinosa, todos se volvieron, dirigiéndose hacia el agujero practicado en el tubo.

Lane, lleno de desesperación, gritó tras ellos, aunque sabía que no le podían oír a través de su casco y del aire tan poco denso, si es que aquellos seres poseían órganos auditivos.

—¡No me dejen morir aquí!

A pesar de todo, eso era lo que estaban haciendo. El último de ellos se deslizó por el agujero y la entrada se le quedó mirando como el redondo ojo negro de la propia muerte.

Realizó un furioso esfuerzo por elevarse sobre aquella maldita sustancia gelatinosa, sin importarle el hecho que lo único que conseguía con ello era agotarse.

Bruscamente dejó de moverse, y se quedó mirando fijamente hacia el agujero. De él había salido una figura que llevaba puesto un traje presurizado.

Ahora se sintió invadido por una oleada de alegría. Al margen de si aquella figura era un marciano o no, poseía una construcción similar a la del *homo sapiens*. Se la podía suponer inteligente y, en consecuencia, curiosa.

Sus esperanzas no quedaron defraudadas. El ser embutido en el traje presurizado subió a dos semiesferas de delgado metal rojo y comenzó a caminar hacia él, como deslizándose sobre la superficie gelatinosa. Al llegar a su lado le entregó el cabo de una cuerda de plástico que llevaba bajo el brazo.

Él casi la dejó caer. El traje del ser que le había rescatado era transparente. Sufrió algo más que una conmoción al ver claramente los detalles del cuerpo de aquella criatura, pero la vista de las dos cabezas en el interior de su casco, le hizo ponerse pálido.

El marciano se deslizó lateralmente hacia el tubo desde el que había saltado Lane. Saltó ligeramente de los dos cuencos sobre los que había permanecido, deteniéndose sobre la parte superior del tubo, a un metro de altura, desde donde empezó a tironear de Lane para sacarle de la sustancia gelatinosa. Él fue saliendo lenta pero continuamente, y no tardó en deslizarse hacia afuera, agarrado a la cuerda. Cuando llegó al pie del tubo fue subido hacia arriba, hasta que pudo colocar los pies sobre los dos cuencos. Desde ellos resultaba fácil saltar al mismo lugar donde se encontraba el bípedo.

Éste sacó otros dos cuencos más de la espalda y se los entregó a Lane, descendiendo a continuación a los dos que permanecían en el jardín. Lane volvió a bajar y le siguió por el cenagal. Penetraron en el agujero, y se encontró en una cámara tan baja que tuvo que acurrucarse. Evidentemente había tenido que ser construida por los decápodos, y no por su compañero, quien también tenía que encoger la espalda y doblar las rodillas.

Algunos decápodos empujaron a Lane hacia un lado. Recogieron la gruesa tapa de rellenado, hecha del mismo material gris que las paredes del tubo, y cerraron la entrada con ella. Después fueron sacando de sus picos hilo tras hilo de un material similar a la tela de araña, con objeto de cerrar la tapa.

El bípedo indicó a Lane que le siguiera, deslizándose a continuación por un túnel que se introducía en la tierra, con un ángulo de cuarenta y cinco grados. Iluminaba el pasadizo con una linterna que había tomado de su cinturón. Llegaron a una gran cámara en la que se hallaban los cincuenta decápodos. Todos ellos estaban inmóviles, como esperando algo. El bípedo, como si notara la curiosidad de Lane, se quitó un guante y lo sostuvo ante varias pequeñas aberturas situadas en la pared. Lane también se quitó un guante y sintió cómo de los agujeros surgía aire caliente.

Evidentemente, aquello era una cámara de presión, construida por aquellos seres de diez patas. Pero aquella prueba de ingeniería no significaba que aquellos seres tuvieran la

inteligencia individual de un hombre. Podría tratarse de una inteligencia de grupo, del mismo tipo que la de los insectos terrestres.

Al cabo de un rato, la cámara estaba llena de aire. Se abrió entonces otra abertura más grande. Lane siguió a los decápodos y al ser que le había rescatado por otro túnel que se elevaba cuarenta y cinco grados. Calculó que debían encontrarse ahora en el interior del tubo de donde había surgido primeramente el bípedo. Tenía razón. Se arrastró por otro agujero hasta él.

Un par de picos sonaron al pegarle en el casco.

Automáticamente empujó a aquella cosa, y bajo la fuerza de su golpe, el decápodo cayó rodando por el suelo, formando una amalgama de patas que se movían.

Lane no se preocupó por haberle hecho daño. No pesaba mucho, pero su cuerpo debía ser muy resistente para poder pasar sin daño alguno del denso aire existente en el interior del tubo a las condiciones casi estratosféricas reinantes en el exterior.

Sin embargo, se llevó la mano al cuchillo que tenía en su cinturón. Pero el bípedo puso su mano sobre su brazo, y sacudió una de sus cabezas. Más tarde descubriría que aquel aparente picotazo no fue más que un simple accidente. Los decápodos le ignoraron en todo momento, con una sola excepción.

También descubrió que había tenido mucha suerte. Los decápodos habían salido para inspeccionar su jardín porque, gracias a algún método de detección desconocido, sabían que las plantas habían sufrido algún daño. Normalmente, el bípedo no les habría acompañado. Pero aquel día se despertó su curiosidad porque los decápodos se habían visto obligados a salir tres veces en tres días y, en consecuencia, decidió investigar.

El bípedo apagó la linterna e indicó a Lane que le siguiera. Éste le obedeció con dificultad. Había luz, pero era una luz débil y crepuscular. Su fuente eran las numerosas criaturas que colgaban del techo del tubo. Tenían aproximadamente un metro de longitud, unos quince centímetros de espesor, en forma cilíndrica, de piel rosada y sin ojos. Poseían una docena de miembros, que oscilaban continuamente; su movimiento ayudaba a mantener el aire en circulación en el interior del túnel.

Su brillo, frío y similar al de una luciérnaga, procedía de dos órganos globulares y palpitantes que colgaban a ambos lados de la boca, sin labios y redonda, situada en el extremo libre de la criatura. Una especie de baba caía de la boca al suelo, o a un estrecho canal que corría a lo largo de la parte más baja del inclinado suelo. El agua corría por el canal de unos quince centímetros de profundidad; era la primera agua nativa que había visto. El agua recogía la baba y la transportaba un tramo, antes que fuera engullida por un animal situado al fondo del canal.

Los ojos de Lane se ajustaron a la débil luz. pudiendo descubrir entonces que el animal aquel tenía forma de torpedo y no poseía ni ojos ni aletas. Tenía dos aberturas en su cuerpo; por una de ellas penetraba el agua, y por la otra salía.

Comprendió inmediatamente lo que significaba aquello. Era el agua del polo norte, fundida durante el verano, que fluía por el extremo más alejado del sistema de tubos. Ayudada por la gravedad y por la acción de bombeo de la línea de animales situada en el canal, el agua era transportada desde el borde del polo hasta el ecuador.

Los decápodos pasaban a su lado en direcciones erráticas. Algunos, sin embargo, se detenían bajo algunos de los organismos que colgaban del techo. Se echaban hacia atrás, apoyándose en sus cinco patas traseras, y sacaban sus lenguas, que se dirigían hacia las bocas abiertas de los círculos brillantes. Inmediatamente, los gusanos luminosos —como Lane les había empezado a llamar—, movían rápidamente sus cilios y se extendían hacia abajo, alcanzando dos veces su longitud anterior. Su boca se encontraba con el pico del decápodo y se producía un intercambio de sustancias entre ambos.

Impacientemente, el bípedo estiró a Lane por el brazo. Él le siguió, bajando por el tubo. No tardaron en penetrar en una sección donde unas raíces pálidas surgían de unos agujeros existentes en el techo y se extendían a lo largo de las curvadas paredes, aferrándose a ellas y formando una red de numerosas y pequeñas raíces que se deslizaban a través del suelo, hasta llegar al agua del canal.

De vez en cuando, un decápodo masticaba una raíz y después se alejaba rápidamente para ofrecer un fragmento a las bocas de los gusanos luminosos.

Tras haber andado durante varios minutos, el bípedo pasó al otro lado de la corriente y empezó a andar tan cerca de la pared como le era posible, mirando mientras tanto con recelo hacia la otra parte del túnel, de donde habían venido andando.

Lane también miró, pero no pudo ver nada que le produjera alarma. Había una gran abertura en la base de la pared, que evidentemente conducía hacia un túnel. Supuso que este túnel daría paso a una habitación o habitaciones porque muchos decápodos entraban y salían de él. Y una docena de ellos, de un tamaño superior al normal, iban arriba y abajo de la entrada, como si fueran centinelas.

Cuando hubieron pasado ante la abertura, dejándola unos cincuenta metros atrás, el bípedo se relajó. Tras haber conducido a Lane durante unos diez minutos, se detuvo. Su mano desnuda tocó la pared.

Por primera vez notó que la mano era pequeña y estaba delicadamente configurada, como la de una mujer.

Una sección de la pared se abrió. El bípedo se volvió y se inclinó para penetrar en el agujero, mostrando unas nalgas y unas piernas que estaban femeninamente redondeadas y bien configuradas. Fue entonces cuando empezó a pensar que se trataba de una hembra. Sin embargo, las caderas no eran anchas, aunque estaban recubiertas de tejido graso. Los huesos no estaban ampliamente separados para dejar el espacio necesario para llevar un feto en el vientre. A pesar de las curvas del resto de su cuerpo, las caderas eran relativamente tan estrechas como las de un hombre.

La abertura se cerró detrás de ellos. El bípedo no encendió la linterna, pues había una cierta iluminación en el otro extremo del túnel. El suelo y las paredes no eran del duro material gris de las otras, ni tampoco de tierra compacta. Parecían estar vitrificadas, como si hubieran sido cristalizadas por medio del calor.

Ella le estaba esperando cuando él salió por una repisa de un metro de altura, penetrando en una habitación grande. Durante un minuto quedó cegado por la intensa luz. Cuando sus ojos se hubieron ajustado buscó la fuente de luz, pero no pudo encontrarla. Observó que no había ninguna sombra en toda la habitación.

El bípedo se quitó el casco y el traje y los dejó colgados en una especie de armario. La puerta se abrió cuando ella se aproximó, cerrándose al alejarse.

Ella le hizo señas, indicándole que también se podía quitar el traje. Él no dudó un momento. Aunque el aire podía ser venenoso, no le quedaba otra opción. Su tanque de aire no tardaría en estar vacío. Pero, además, parecía como si la atmósfera contuviera suficiente oxígeno. Ya entonces había comprendido que las hojas de las plantas paraguas, que crecían de la parte superior de los tubos, absorbían la luz del sol y los restos de bióxido de carbono. En el interior de los túneles, las raíces absorbían agua del canal, así como la gran cantidad de bióxido de carbono generada por los decápodos. La energía de la luz del sol convertía el gas y el líquido en glucosa y oxígeno, que era lo que había en los túneles.

Incluso allí, en aquella profunda cámara situada debajo del tubo y a uno de sus lados, una gruesa raíz penetraba por el techo y extendía sus delgados tejidos blancos por las paredes. Se encontraba directamente debajo de la materia carnosa cuando se quitó el casco y pudo respirar por primera vez el aire de Marte.

Inmediatamente después dio un salto. Algo húmedo le había goteado en la frente. Miró hacia arriba y vio que la raíz estaba segregando líquido a través de un gran poro.

Se quitó la gota con la yema del dedo y se la llevó a la boca, probándola. Era densa y dulce.

«Bueno —pensó—, normalmente el árbol tiene que gotear el azúcar en el agua. Pero parece hacerlo a una velocidad anormalmente rápida.»

Entonces se le ocurrió pensar que aquello quizá se debiera a que en el exterior estaba oscureciendo y por lo tanto empezaría a hacer frío. Los árboles paraguas podrían estar bombeando el agua en sus troncos, dirigiéndola hacia los cálidos túneles. De este modo, durante la fría noche marciana, en la que la temperatura descendía muy por debajo de cero, evitaban quedar helados, tumefactos y rasgados.

Parecía ser una teoría razonable.

Miró a su alrededor. El lugar era una habitación medio vivienda, medio laboratorio biológico. Había camas y mesas y sillas y varios artículos que no pudo identificar. Uno de ellos era una gran caja metálica negra, situada en una esquina. De ella, y a intervalos regulares, surgía una corriente de pequeñas burbujas azules. Se elevaban hasta el techo, haciéndose cada vez más grandes a medida que ascendían. Al llegar al techo, no se detenían ni explotaban, sino que simplemente penetraban por entre el material vitrificado, como si éste no existiera.

Ahora, Lane conocía el origen de los globos azules que viera aparecer sobre la superficie del jardín. Pero aún no comprendía cuál podría ser su propósito.

No dispuso de mucho tiempo para observar los globos. El bípedo tomó un gran cuenco de cerámica verde de una estantería y lo colocó sobre una mesa. Lane lo miró con curiosidad, preguntándose qué iría a hacer ahora. Ya entonces se había dado cuenta que la segunda cabeza pertenecía a una criatura completamente separada de ella. Su delgada longitud, de aproximadamente un metro setenta, de piel sonrosada, estaba enrollada alrededor de su cuello y de su torso; su diminuto rostro plano se volvió hacia Lane; la tortuosa luz de sus ojos azules brilló por un momento. De repente su boca se abrió, revelando la existencia de unas encías sin dientes, y su brillante lengua roja, de aspecto mamífero, y no de reptil, se adelantó hacia él.

El bípedo, sin prestar atención alguna a las acciones del gusano, se lo quitó del cuerpo y, dulcemente, arrullándolo con unas pocas palabras pronunciadas en un lenguaje suave en el que predominaban las vocales, lo dejó en el interior del cuenco. El gusano se arrellanó en el interior, deslizándose alrededor de la curva, como una serpiente en el interior de un hoyo.

El bípedo tomó un jarro que estaba sobre una caja de plástico rojo. Aunque la caja no parecía estar conectada con ninguna fuente visible de energía, parecía ser un hornillo. El jarro contenía agua caliente que ella vertió en el cuenco, medio llenándolo. Bajo la ducha, el gusano cerró los ojos, como si se sintiera muy satisfecho.

Después, el bípedo hizo algo que alarmó a Lane.

La hembra se inclinó sobre el cuenco y vomitó en su interior.

Lane se adelantó hacia ella. Sin darse cuenta que ella no le podía comprender, dijo:

—¿Está usted enferma?

Ella puso de manifiesto unos dientes de aspecto humano, en una sonrisa con la que trató de tranquilizarle; después se apartó del cuenco. Él se quedó mirando al gusano, que había introducido la cabeza en la masa vomitada. De repente sintió náuseas, porque estaba seguro que aquel ser se estaba alimentando con aquello. Y estuvo igualmente seguro que ella alimentaba regularmente al gusano con alimentos regurgitados.

Su disgusto no disminuyó ni siquiera al reflexionar que no debía reaccionar ante ella como lo haría ante un terrestre. Sabía que ella era un ser totalmente extraño, y que era

inevitable que algunas de sus costumbres le causaran repulsa, e incluso conmoción. Esto lo sabía, desde un punto de vista racional. Pero aunque su mente le decía que debía comprender y disculpar, su cuerpo le decía que debía detestar y rechazar.

Su aversión no disminuyó mucho cuando la observó atentamente mientras ella tomaba una ducha en un cubículo situado en la pared. Tenía aproximadamente una estatura de un metro sesenta y era tan delgada como, en su opinión, debía ser una mujer, con unos huesos delicados bajo su carne redondeada. Sus piernas eran humanas; con unas medias de nylon y unos tacones altos podrían haber sido excitantes... Todo lo demás parecía igual. Sin embargo, si sus zapatos hubieran sido abiertos, la visión de sus pies habría causado muchos comentarios. Sólo tenían cuatro dedos.

Sus largas y hermosas manos, en cambio, tenían cinco dedos. Parecían no tener uñas, como los dedos de los pies, aunque más tarde, cuando las examinó más de cerca, pudo comprobar que tenían unas uñas rudimentarias.

Ella salió del cubículo y empezó a secarse, aunque no sin indicarle antes que se quitara el traje y tomara también una ducha. Él se la quedó mirando fija e intencionadamente, hasta que ella lanzó una risa breve y desconcertada. Indudablemente era una risa femenina. Después, ella habló.

Él cerró los ojos y se quedó escuchando lo que creyó no poder escuchar en varios años: una voz de mujer. Y era una voz extraordinaria; ronca y encantadora al mismo tiempo.

Pero cuando abrió los ojos la vio tal y como era. No era una mujer. Tampoco un hombre. ¿Qué era? ¿Algo neutro? No. El impulso de pensar en aquel ser como *ella* le resultaba demasiado fuerte.

Y eso a pesar de no tener senos. Tenía pecho, pero no pezones, ni siquiera rudimentarios. Su pecho era el de un hombre, musculoso bajo la capa de grasa que se curvaba sutilmente para dar la impresión que bajo ella..., ¿había unos senos iniciando su desarrollo?

No, no en esta criatura. Ella nunca daría de mamar a su hijo. Ni siquiera lo llevaría vivo en su interior, sí es que lo llevaba. Su vientre era suave y liso, sin rastro de ombligo.

También era suave la zona existente entre sus piernas, sin pelo y sin abertura, tan inocente como si se tratara de una ninfa pintada para algún libro escolar victoriano.

Lo que le parecía tan horrible era esa parte, entre las piernas, sin señal alguna de sexo. Era como el vientre blanco de una rana, pensó Lane, estremeciéndose.

Al mismo tiempo, su curiosidad se hizo aún mayor. ¿Cómo copulaba y se reproducía aquel ser?

Ella volvió a reír y sonrió con unos labios pálido-rojizos, de aspecto humano, y arrugó una nariz pequeña y ligeramente levantada; después se pasó la mano por los pelos, gruesos, rectos y de color rojo-amarillento. Pensó en los abrigos de pieles, y no en el pelo humano; tenía un brillo ligeramente aceitoso, como el de algunos animales acuáticos.

El rostro, aunque extraño, podría haber pasado por humano, aunque sólo vagamente. Los huesos de su mejilla eran muy elevados y formaban una protuberancia hacia arriba, dándole un aspecto no humano. Sus ojos eran de un azul oscuro y bastante humanos. Pero esto no significaba nada. Así eran también los ojos de un pulpo.

Ella se dirigió hacia otro armario, y mientras se alejaba de él, Lane observó que a pesar que sus caderas estaban curvadas como las de una mujer, no se balanceaban con el desplazamiento pélvico de una mujer humana.

La puerta se abrió, mostrando en su interior los cadáveres de varios decápodos, sin sus patas, colgando de unos ganchos. Ella tomó uno, lo colocó sobre una mesa de metal y de la estantería sacó una sierra y varios cuchillos, empezando poco después a cortar.

Como sentía verdaderas ansias de observar la anatomía del decápodo, se acercó a la mesa. Ella le indicó que tomara una ducha. Lane se quitó el traje. Cuando llegó al cuchillo

y al hacha, dudó, pero, temeroso a que ella pensara que desconfiaba, colgó el cinturón que contenía sus armas junto al traje. Sin embargo, no se desnudó del todo, porque estaba decidido a observar los órganos internos del animal. Se ducharía más tarde.

El decápodo no era un insecto, a pesar de su forma, similar a la de una araña. Al menos, en un sentido terrestre. Tampoco era un vertebrado. Su suave piel lampiña era la de un mamífero, tan ligeramente pigmentada como la de una rubia sueca. Pero, aunque poseía un endoesqueleto, no tenía columna vertebral. En su lugar, los huesos de su cuerpo formaban una caja redonda. Sus delgadas costillas partían de un cuello cartilaginoso que se encontraba inmediatamente después de la parte posterior de la cabeza. Las costillas se curvaban hacia afuera, y después hacia adentro, encontrándose casi con la posterior correspondiente.

Dentro de esta caja se encontraban los sacos pulmonares ventrales, un corazón relativamente grande y órganos similares al hígado y a los riñones. Del corazón salían tres arterias, en lugar de las dos que poseen los mamíferos. No podía estar seguro a causa de un examen tan precipitado, pero parecía como si la aorta dorsal llevara tanto sangre pura como impura, como la de algunos reptiles terrestres.

También había otras cosas notables. La más extraordinaria de todas era que, por lo que podía ver, el decápodo no poseía sistema digestivo. Parecía como si le faltaran tanto los intestinos como el ano, a menos que se pudiera definir como intestino un saco que se extendía directamente desde el cuello hasta el centro del cuerpo. Además, tampoco vio nada que pudiera distinguir como órganos reproductores, aunque esto no significara que no los tuviera. La larga lengua tubular de la criatura, cortada por el bípedo, dejó al descubierto un canal que corría a lo largo de ella, desde su punta abierta hasta una vejiga situada en su base. Aparentemente, todo esto formaba parte del sistema excretor.

Lane se preguntó qué permitiría al decápodo soportar las grandes diferencias de presión existentes entre el interior del tubo y la superficie de Marte. Al mismo tiempo, se dio cuenta que esta capacidad no era más maravillosa que el mecanismo biológico que permite a las ballenas y a las focas resistir sin sufrir el menor daño las enormes presiones submarinas.

El bípedo le miró con sus azules ojos redondos y muy bonitos, se echó a reír y entonces sacó del interior del cráneo abierto un diminuto cerebro.

—*Hauaimi* —dijo, con lentitud, y después, señalándose la cabeza, repitió—: *Hauaimi* —y a continuación indicó la cabeza de Lane y volvió a decir—: *Hauaimi*.

Repitiendo lo que ella había dicho, Lane indicó su propia cabeza y dijo:

—*Hauaimi*. Cerebro.

—Cerebro —repitió ella, y se volvió a echar a reír.

A continuación, procedió a llamar por su nombre los órganos del decápodo que se correspondían con los suyos. De este modo, pasaron tranquilamente los preparativos para la comida, mientras él se dirigía desde el animal muerto hasta otros objetos que había por la habitación. Cuando ella terminó de freír la carne y de hervir tiras de la hoja membranosa de la planta paraguas, añadiendo también diversos alimentos exóticos que extrajo de unos tiestos, ya habían intercambiado por lo menos cuarenta palabras. Al cabo de una hora, aún seguía recordando veinte.

Sin embargo, aún quedaba por aprender algo importante. Se señaló hacia sí mismo, y dijo:

—Lane.

Después señaló hacia ella y expresó una mirada interrogadora.

—Mahrseeya —contestó ella.

—¿Martia? —repitió él.

Ella le corrigió, pero él quedó tan sorprendido por la semejanza que a partir de entonces siempre la llamó así. Al cabo de un rato, ella abandonó sus intentos de enseñarle la pronunciación correcta.

Martia se lavó las manos y le sirvió un cuenco lleno de agua. Él utilizó el jabón y la toalla que ella le tendió y se dirigió después hacia la mesa, donde le esperaba. Sobre ella había un gran cuenco con una sopa espesa, un plato de sesos fritos, una ensalada de hojas hervidas y algunas otras legumbres que no pudo identificar, un plato de costillas con una negra y gruesa capa de carne, huevos duros y pequeñas rodajas de pan.

Martia le hizo señas para que se sentara. Evidentemente, su código no le permitía sentarse antes que lo hiciera su huésped. Lane ignoró su silla, se colocó detrás de ella, colocó una mano sobre su hombro y la apretó suavemente hacia abajo, mientras que con la otra le deslizaba la silla bajo ella. Martia volvió la cabeza para sonreírle. Su pelo se apartó, revelando la existencia de una pequeña oreja sin lóbulo. Él apenas si se dio cuenta porque prestó demasiada atención a la sensación semirrepulsiva, semiagradable que tuvo cuando le tocó la piel. No fue la propia piel la que le hizo tener aquella sensación, pues era tan suave y cálida como la de una joven. Fue más bien la *idea* de estar tocándola.

Al sentarse, pensó que aquello se debía en parte a la desnudez de Martia. No porque revelara su sexo, sino porque ponía de manifiesto su falta de sexo. No había senos, ni pezones, ni ombligo, ni pliegue o proyección púbica. La ausencia de estas características le parecían algo erróneo, muy erróneo, profundamente perturbador. Resultaba algo vergonzoso que ella no tuviera nada de lo que avergonzarse.

«Ese es un pensamiento extraño», se dijo a sí mismo. Y, sin saber por qué, sintió que se ruborizaba.

Martia, sin darse cuenta, tomó una botella alta y le llenó el vaso con un vino de color oscuro. Él lo probó. Era exquisito; no es que superara a los mejores vinos qué había probado en la Tierra, pero era al menos tan bueno.

Martia tomó una de las rebanadas de pan, partiéndola en dos trozos y tendiéndole uno. Con el vaso de vino en una mano y el pan en la otra, inclinó la cabeza, cerró los ojos y comenzó a cantar suavemente.

Él se quedó mirándola fijamente. Aquello era una oración, una acción de gracias. ¿Era el preludio de una especie de comunión, de algo que tanto le extrañaba incluso en la Tierra?

Y, si lo era, no tenía de qué sorprenderse. Carne y sangre, pan y vino: el simbolismo era simple, lógico y hasta podía ser universal. Sin embargo, existía la posibilidad que estuviera imaginando paralelismos que, en realidad, no existían. Ella podía estar cumpliendo con un ritual cuyo origen y significado no se parecieran en nada a todo lo que él hubiera podido imaginar.

Si esto era así, lo que ella hizo a continuación también podía ser igualmente mal interpretado. Dio un mordisco al pan, bebió un corto trago de vino y después, con sencillez, le invitó a hacer lo mismo. Así lo hizo él. Martia tomó entonces un vaso vacío, escupió en él un pequeño trozo de pan empapado en vino, y le indicó que él debía hacer lo mismo.

Una vez hecho, Lane sintió revolvérsele el estómago porque ella mezcló con el dedo lo que ambos habían dejado caer de sus bocas y se lo ofreció a él. Evidentemente, él tenía que llevárselo a la boca y comérselo.

¡De este modo, la acción era tanto física como metafísica! El pan y el vino eran la carne y la sangre de la divinidad que ella adorara. Y, más aún, ella, imbuida con el cuerpo y el espíritu del dios, deseaba ahora mezclar el suyo propio y el de aquel dios con él.

Lo que como del dios es aquello en lo que me convierto. Lo que comes de mí es aquello en lo que te conviertes. Lo que como de ti es aquello en lo que me convierto. Y ahora, nosotros tres nos hemos convertido en una sola persona.

Lane, lejos de rechazar el concepto, se sintió atraído, excitado. Sabía que, probablemente, había muchos cristianos que se habrían negado a compartir la comunión debido a que el ritual no tenía los mismos orígenes o no se adaptaba a los suyos. Hasta podrían haber pensado que al compartirlo se estaban sometiendo a un dios extraño. Lane consideró que aquella idea no sólo era intolerante e inflexible, sino ilógica, poco caritativa y ridícula. Únicamente podía existir un solo Creador; los nombres que las criaturas pudieran darle a ese Creador, era algo que no importaba.

Lane creía sinceramente en la existencia de un dios personal, un dios que tomaba buena nota de él como individuo. También creía que el género humano necesitaba la redención y que un redentor había sido enviado a la Tierra. Y si otros mundos necesitaban redención, entonces también habrían tenido o tendrían su redentor. Quizá fue mucho más allá que la mayor parte de sus compañeros de religión, porque, en realidad, había intentado practicar el amor por la humanidad. Eso le había proporcionado fama de fanático entre sus conocidos y amigos. Sin embargo, se había reprimido lo suficiente como para no llegar a ser una molestia, y su cálido corazón le había permitido ser bien recibido en todas partes.

Seis años antes era un agnóstico. Pero su primer viaje al espacio fue lo que contribuyó a convertirle. Aquella insuperable experiencia le hizo darse cuenta de un modo contundente de lo insignificante que era como ser viviente, qué terriblemente complicado e inmenso era el universo, y cuánto necesitaba una estructura en la que estar y llegar a ser.

El hecho más extraño de su conversión, pensó más tarde, fue que uno de los compañeros con quienes hizo aquel primer viaje —un devoto creyente—, al volver a la Tierra renunció a su propia secta, abandonó su fe y se convirtió en un completo ateo.

Pensó en todo esto mientras se llevó a la boca el dedo que ella le extendía y chupó la pasta que había en él. Después, obedeciendo a sus gestos, introdujo su propio dedo en el cuenco y extrayendo un trozo de la mezcla, se lo puso en los labios.

Ella cerró los ojos y chupó suavemente el dedo. Cuando él trató de retirarlo, ella le detuvo, tomándole por la muñeca. Lane no insistió en retirar el dedo, pues deseaba evitar el ofenderla. Quizá una parte del rito consistía en un largo intervalo de tiempo.

Pero la expresión de ella parecía tan vehemente y al mismo tiempo tan estática, como la de un bebé hambriento cuando se le da de mamar, que se sintió incómodo. Al cabo de un minuto, no viendo en ella ninguna indicación de querer terminar, fue sacando con lentitud el dedo de su boca. Ella abrió entonces los ojos y suspiró, pero no hizo ningún gesto o comentario. En lugar de ello, empezó a servir la sopa.

Aquella sopa caliente y densa era deliciosa y vigorizante. Su textura era similar a la sopa de plancton que tan popular se estaba haciendo en la hambrienta Tierra, aunque no tenía gusto a pescado. El pan, de color marrón, le recordaba el arroz. La carne del decápodo era como la de liebre, aunque más dulce y con un sabor indefinible. Sólo tomó un bocado de la ensalada de hoja y después, frenéticamente, bebió un buen trago de vino para suavizar el fuerte picor que sintió.

Aparecieron lágrimas en sus ojos y tosió hasta que ella le habló en un tono de voz alarmado. Él sonrió, pero se negó a volver a tocar la ensalada. El vino no sólo enfrió su boca, sino que llenó sus venas de alegría. Se dijo a sí mismo que no debía beber más. A pesar de todo, se terminó su segunda copa antes de recordar su decisión de mostrarse comedido.

Pero para entonces ya era demasiado tarde. El fuerte licor se le subió directamente a la cabeza; se sintió mareado y con ganas de echarse a reír. Los acontecimientos del día, el haber escapado por tan poco de la muerte, la reacción al saber que todos sus camaradas

estaban muertos, el darse cuenta de su situación actual, la tensión provocada por sus encuentros con los decápodos, su insatisfecha curiosidad sobre el origen de Martia y el lugar donde pudieran encontrarse otros seres de su misma especie, todo esto se combinaba en su interior, produciéndole al mismo tiempo estupor y euforia.

Se levantó de la mesa y se ofreció a ayudar a Martia con los platos, pero ella sacudió la cabeza y colocó los platos en una lavadora sónica. Mientras tanto, él decidió que necesitaba quitarse el sudor, la pegajosidad y el olor del cuerpo acumulado durante dos días de viaje. Al abrir la puerta de acceso al cubículo de la ducha, descubrió que no había espacio suficiente para colgar sus ropas. Así entonces, sin inhibición alguna, a causa de la fatiga y del vino y pensando que, después de todo, Martia no era una mujer, se quitó las ropas, quedándose desnudo.

Martia le observó y sus ojos se agrandaron a medida que fue quitándose cada una de sus prendas. Finalmente lanzó una boqueada, se echó hacia atrás y se puso muy pálida.

—No es tan malo —gruñó él, preguntándose qué podría haber causado su reacción—. Después de todo, algunas de las cosas que he visto por aquí no son tan fáciles de tragar.

Ella señaló con un dedo tembloroso y preguntó algo con una voz trémula.

Quizá fue su imaginación, pero podría haber jurado que ella utilizó la misma inflexión que podría haber utilizado un angloparlante.

—¿Está usted enferma? ¿Es que el miembro es algo maligno?

No conocía palabras suficientes para explicar nada, y tampoco tenía la intención de ilustrar la función mediante la acción. En consecuencia, cerró la puerta del cubículo tras él y apretó la plancha que daba paso al agua. El calor del agua, la sensación del jabón, de la suciedad y el sudor que se iban desprendiendo de su cuerpo, le relajaron algo, de modo que pudo pensar en cuestiones que había pasado por alto hasta entonces.

En primer lugar, tendría que aprender el lenguaje de Martia, o enseñarle a ella el suyo. Probablemente, ambas cosas ocurrirían al mismo tiempo. Pero estaba seguro de una cosa: las intenciones de Martia hacia él eran pacíficas, al menos por el momento. Cuando compartió la comunión con él fue sincera. No tuvo la impresión que una de sus costumbres culturales fuera compartir el pan y el vino con una persona a la que tuviera la intención de matar.

Sintiéndose mejor, aunque todavía un poco cansado y mareado por el vino, abandonó el cubículo. De mala gana tomó sus calzoncillos sucios, y entonces sonrió al darse cuenta. Habían sido lavados mientras él tomaba la ducha. Martia, sin embargo, no prestó ninguna atención a su sonrisa de agradable sorpresa. Con un gesto algo hosco, le indicó que se echara en la cama y durmiera. En lugar de echarse ella misma, recogió un cubo y comenzó a ascender por el túnel. Él decidió seguirla y ella, al darse cuenta, se limitó a encogerse de hombros.

Al salir al tubo, Martia encendió la linterna. Todo el túnel se encontraba en la más completa oscuridad. El haz de luz, jugueteando en el techo, mostró que los gusanos luminosos habían apagado sus luces. No había ningún decápodo a la vista.

Ella dirigió la luz hacia el canal, para que él viera que los peces-chorro seguían absorbiendo y expeliendo agua. Antes que pudiera apartar el haz de luz, él le puso la mano en la muñeca y con la otra levantó uno de los peces del canal. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para elevarlo, que quedó explicado cuando le dio la vuelta a aquella criatura en forma de torpedo y vio la columna carnosa que colgaba de su vientre. Se dio cuenta entonces de por qué la reacción del agua impulsada no echaba hacia atrás a aquellos seres. El pie ventral actuaba como una ventosa que les mantenía adheridos al suelo del canal.

Con una cierta impaciencia, Martia se separó de él y comenzó a caminar suavemente por el túnel. Él la siguió hasta que llegaron a la abertura de la pared ante la que ella se mostrara antes tan recelosa. Penetró por la abertura, arrastrándose, pero antes de haber

avanzado mucho tuvo que apartar a un montón de enmarañados decápodos, dejándolos a un lado. Se trataba de los decápodos más grandes que él viera antes, guardando la entrada. Ahora, todos ellos se habían quedado durmiendo en sus puestos. Si era así, razonó, lo que estuvieran guardando también tendría que estar durmiendo.

¿Y por qué Martia no? ¿Cómo encajaba ella en toda aquella situación? Quizá no encajaba en modo alguno. Ella era absolutamente extraña, algo para lo que su inteligencia instintiva no estaba preparada y que, en consecuencia, ignoraban. Eso quizá explicaría el porqué no le habían prestado ninguna atención a él cuando fue descubierto en el jardín.

Sin embargo, tenía que haber alguna excepción a aquella regla. Sin duda alguna, Martia trató de no atraer la atención de los centinelas la primera vez que pasaron junto a la entrada.

Un momento después descubrió por qué. Penetraron en una enorme cámara que tenía por lo menos setenta metros cuadrados. Se encontraba tan oscura como el tubo, pero durante el período en que todos estuvieran despiertos debía poseer mucha luz, porque el techo estaba abarrotado de gusanos luminosos.

El haz de luz de Martia recorrió la cámara, permitiéndole ver los montones de decápodos dormidos. Entonces, de repente, se detuvo. Él echó un vistazo y su corazón apresuró su marcha, y los pelos de su nuca se elevaron.

¡Ante él se encontraba un enorme gusano de un metro de altura y casi siete de longitud!

Sin detenerse a pensarlo, asió a Martia para evitar que se acercara demasiado a aquel monstruo. Pero en el mismo momento en que la asió, la soltó. Después de todo, ella debía saber lo que estaba haciendo.

Martia dirigió la luz hacia su rostro y sonrió, como para indicarle que no debía alarmarse; luego le tocó el brazo, en un gesto tímidamente afectivo. Por un momento, él no supo por qué. Después, se le ocurrió pensar que ella se sentía contenta porque él había pensado en su bienestar. Y, más aún, su reacción demostraba que ya se había recuperado de la conmoción sufrida al verle desnudo.

Se apartó de ella para examinar al monstruo. Estaba echado en el suelo, dormido, con sus grandes ojos cerrados detrás de unas hendiduras verticales. Tenía una gran cabeza, similar a la de los pequeños decápodos que le rodeaban. Su boca era enorme, pero la nariz era muy pequeña, como una arruga córnea situada sobre sus labios. El cuerpo, sin embargo, parecía muy poderoso, como si se tratara de un enorme tractor, excepto por el pelo. Diez pequeñas patas sobresalían de sus lados, aunque resultaban demasiado cortas para llegar siquiera al suelo. Sus partes laterales estaban bombeadas, como si se encontraran llenas de gas.

Martia pasó junto al monstruo y se detuvo en su parte posterior. Allí levantó un pliegue de su piel. Debajo de ella había aproximadamente una docena de huevos de cáscara como de cuero, mantenidos unidos por medio de una viscosa secreción.

—Ahora lo comprendo —murmuró Lane—. Desde luego. Es como la reina ponedora de huevos. Está especializada en la reproducción. Ésa es la razón por la que los demás no poseen órganos reproductores, o bien son tan rudimentarios que no he podido observarlos. Los decápodos parecen vertebrados, muy bien, pero se asemejan en algunas cosas a los insectos terrestres.

»Sin embargo, eso no explica la ausencia de un sistema digestivo.

Martia colocó los huevos en el cubo y comenzó a abandonar la cámara. Él la detuvo, indicándole que deseaba echar un vistazo más detenido por allí. Ella se encogió de hombros y procedió a conducirle por toda la cámara. Ambos tuvieron que llevar mucho cuidado para no tropezar con los decápodos, que estaban echados por todas partes.

Llegaron a una especie de nicho abierto, construido de la misma materia gris de la que estaban compuestas las paredes. Su interior contenía numerosas estanterías, en las que

había cientos de huevos. Unas trenzas hechas de un tejido similar a la tela de araña, impedía que los huevos se cayeran. Cerca había otro nicho que contenía agua. En el fondo pudo ver más huevos. Sobre ellos unos peces-torpedo de menor tamaño se movían en el agua.

Los ojos de Lane se abrieron mucho al observar todo esto. Los peces no eran miembros de otra raza, sino que eran las larvas de los decápodos. Y podían ser colocados en el canal no sólo para vivir bombeando el agua procedente del polo norte, sino para que crecieran hasta estar listos para experimentar la metamorfosis que los llevaría a la fase adulta.

Sin embargo, Martia le mostró otro nicho que le hizo revisar parcialmente su primera teoría. Este otro nicho estaba seco y en el suelo había más huevos. Martia recogió uno, cortó su correosa cáscara con un cuchillo y vació su contenido en una mano.

Ahora, los ojos de Lane se abrieron mucho más, pues esta criatura poseía un diminuto cuerpo cilíndrico, una ventosa succionadora en un extremo y una boca redonda en el otro, así como dos órganos globulares que le colgaban de la boca. Era un pequeño gusano luminoso.

Martia le miró para ver si él comprendía. Lane extendió sus manos y elevó sus hombros, con aire de estar diciendo: «No lo acabo de comprender.» Haciéndole señas, ella se dirigió hacia otro nicho para mostrarle más huevos. Algunos habían sido rotos desde el interior y los pequeños seres cuyos duros picos lo habían hecho se movían lentamente sobre sus débiles diez patas.

Enérgicamente, Martia realizó una serie de gestos. Mientras la observaba, él comenzó a comprender.

Los embriones que permanecían en los huevos hasta haberse desarrollado por completo, experimentaban tres metamorfosis principales: la fase del pez-bomba, la fase del gusano luminoso y finalmente la fase del decápodo infantil. Si los huevos eran abiertos por los cuidadores adultos en cualquiera de sus dos primeras fases, el embrión permanecía para siempre con aquella forma. Sin embargo, crecía, haciéndose mayor.

¿Y qué sucedía con la reina?, preguntó señalando al monstruo, con su cuerpo hinchado de huevos.

Como contestación, Martia recogió uno de los huevos recién incubados. Asió al animal por sus muchas patas, pero éste no protestó al ser, como todos los demás, mudo. Martia le dio la vuelta e indicó una ligera abertura en su parte posterior. Después, le mostró el mismo lugar en uno de los adultos que dormían. La parte posterior del adulto era suave debajo del pliegue.

Martia hizo gestos de comer. Él asintió. Las criaturas nacían con órganos sexuales rudimentarios que nunca se desarrollaban. De hecho, se atrofiaban por completo a menos que al joven se le proporcionara una dieta especial, en cuyo caso se transformaba en ponedor de huevos.

Pero la imagen no le parecía completa. Si hay hembras, también debe haber machos. Le resultaba difícil admitir que unos animales tan altamente desarrollados se fertilizaran a sí mismos o se reprodujeran partenogenéticamente.

Entonces recordó a Martia y empezó a dudar. Ella no mostraba signos de poseer órganos reproductores. ¿Podía pertenecer a un género de seres que se reproducían a sí mismos? ¿O era una desviación, cuya estructura natural se alcanzaba por medio de alguna dieta especial?

No le parecía que pudiera ser así, pero no podía asegurar que tales cosas no fueran posibles dentro de otro esquema natural.

Lane deseaba satisfacer su curiosidad, así que, ignorando el deseo de Martia de abandonar la cámara, examinó cada una de las cinco crías de decápodo. Todas ellas eran hembras en potencia.

De repente, Martia, que le había estado observando con una expresión muy seria en el rostro, sonrió y le tomó de la mano, llevándole hacia la parte posterior de la cámara. Allí, mientras se aproximaban a otra estructura, percibió un fuerte olor que le recordó el del cloro.

Ya cerca de la estructura, notó que no se trataba de un nicho, como los otros, sino de una especie de caja semiesférica. Las barras de las que estaba compuesta eran de la misma materia gris y dura, y se curvaban a partir del suelo para encontrarse en un punto central. No había puerta alguna. Evidentemente, aquella jaula había sido construida alrededor de lo que había en su interior, y su ocupante tenía que permanecer allí hasta que muriera.

Martia no tardó en mostrarle por qué a aquella cosa no se le permitía ser libre. Ella..., él..., estaba durmiendo, pero Martia introdujo la mano por entre los barrotes y le dio un puñetazo en la cabeza. La cosa no respondió hasta que no fue golpeada otras cinco veces. Después, lentamente, abrió sus párpados oblicuos para poner al descubierto unos ojos muy fijos, surcados por una luminosa sangre arterial.

Martia arrojó uno de los huevos hacia la cabeza de aquel ser extraño. Su pico se abrió rápidamente, el huevo desapareció, el pico se cerró y se escuchó un ruidoso engullir.

La comida le despertó a la vida. Saltó sobre sus diez largas patas, abrió y cerró varias veces el pico y arremetió contra los barrotes una y otra vez.

Aunque no corría ningún peligro, Martia se hizo hacia atrás, ante la mirada asesina que se reflejaba en los ojos escarlata. Lane pudo comprender su reacción. Se trataba de un gigante, casi un metro más alto que los centinelas. Su espalda estaba al mismo nivel que la de Martia; su pico podría haber contenido la cabeza de ella.

Lane rodeó la jaula para echar un vistazo a su parte posterior. Intrigado, volvió a darle la vuelta, sin distinguir ninguna señal de masculinidad, excepto su salvaje furia, de algún modo similar a la de un semental encerrado en su cuadra durante la época de apareamiento. A excepción de su tamaño y de sus ojos enrojecidos, todo su aspecto era similar al de los centinelas.

Trató de comunicar a Martia lo intrigado que se sentía. Pero ella pareció anticiparse a sus deseos. Realizó otra serie de gestos, algunos de los cuales fueron tan enérgicos y cómicos que no pudo evitar el sonreír.

Primero, le mostró dos huevos situados en una cercana plataforma. Se trataba de unos huevos más grandes que los otros y estaban moteados de manchas rojas. Al parecer, contenían embriones macho.

Después, Martia le indicó lo que sucedería si el macho adulto se liberara. Poniendo una cara cuya expresión intentaba ser feroz, pero que sólo consiguió divertirle, entrechocando los dientes y colocando sus dedos como si fueran garras, ella imitó la actitud violenta del macho. Mataría a todo el que se interpusiera en su camino. A toda la colonia, desde la reina, las obreras, los guardias, las larvas, los huevos; mordería sus cabezas, les destrozaría, se los comería a todos, a todos. Y, una vez fuera del matadero, se introduciría en el tubo y mataría a todos los decápodos que encontrara, devoraría a los peces-bomba, agarraría a los gusanos luminosos del techo, los destrozaría, se los comería, se comería también las raíces de los árboles. ¡Matar, matar, matar, comer, comer, comer!

Todo eso estaba muy bien, indicó Lane. Pero, ¿cómo...?

Martia indicó que, una vez al día, las obreras hacían rodar a la reina a través de la cámara, conduciéndola hasta la jaula. Allí, la colocaban de modo que presentara su parte posterior a sólo unos centímetros de distancia de los barrotes y del enfurecido macho. Y el macho, aunque no deseaba hacer otra cosa que introducir su pico en la carne de la hembra, desgarrándola, no era dueño de sí mismo. La actividad de la Naturaleza se apoderaba de él; su voluntad quedaba traicionada por su sistema nervioso.

Lane hizo un gesto de asentimiento para demostrar que comprendía. En su mente quedaba la imagen del decápodo que habían cocinado y comido. Poseía un saco en el extremo interno de la lengua. Probablemente, el macho tendría dos, uno para los excrementos, y el otro para contener el fluido seminal.

De repente, Martia se quedó helada, con las manos extendidas ante ella. Había dejado la linterna en el suelo para poder moverse con entera libertad; la luz iluminaba su piel pálida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lane dando un paso hacia ella.

Martia retrocedió, manteniendo las manos delante de ella. Parecía sentirse horrorizada.

—No te voy a hacer ningún daño —dijo él.

Sin embargo, se detuvo para que ella comprendiera que él no tenía intención alguna de acercarse.

¿Qué la preocupaba? Nada se movía en la cámara, a excepción del macho, y éste se encontraba detrás de los barrotes.

Después, ella señaló, primero hacia él y después hacia el enfurecido decápodo. Al observar esta inequívoca señal de identificación, Lane comprendió. Ella se había dado cuenta que él, al igual que el ser encerrado en la jaula, era un macho, y ahora percibía en él su estructura y su función.

Lo que él no comprendía era por qué eso la podía atemorizar tanto. Aquello la repugnaba. Sí, eso era. El cuerpo de Martia, su aparente falta de sexo, le había proporcionado una sensación de disgusto, cercana a la náusea. Era entonces natural que ella reaccionara de un modo similar al ver su cuerpo. Sin embargo, parecía haberse sobrepuesto a su primera conmoción.

¿Por qué se producía ahora este cambio inesperado, este horror ante él?

Detrás de él sonó el pico del macho, lanzado contra los barrotes. Aquel sonido encontró eco en su mente. ¡Claro, el placer de asesinar del monstruo!

Hasta que se encontró con él, ella sólo había conocido a una única criatura masculina. Y se trataba de la que estaba encerrada en la jaula. Ahora, de repente, lo había comparado y asociado con el monstruo. Para ella, un macho era un asesino.

Desesperado, porque temía que ella echara a correr presa del pánico, él hizo señas, tratando de indicarle que él no era como el monstruo; sacudió la cabeza en un enérgico no, no, no. ¡*Él* no era así, no era así, no era así!

Martia, observándole intensamente, comenzó a relajarse. Su piel recuperó su color rosado. Sus ojos adquirieron su tamaño normal. Hasta se las arregló para esbozar una sonrisa algo forzada.

Para apartar aquel tema de su mente, le indicó que le gustaría saber por qué la reina y su consorte poseían sistemas digestivos, mientras que las obreras no. Como contestación, Martia indicó la boca abierta y colgando hacia abajo de los gusanos suspendidos del techo. Su mano, que se extendió hacia la boca, fue retirada cubierta de secreción. Tras oler aquella secreción, se la dio a él, también para que la oliera. Él la tomó de la muñeca, ignorando la ligera y quizá involuntaria contracción que Martia realizó cuando sintió su contacto.

Aquella materia olía a comida predigerida.

Después, Martia se dirigió hacia otro gusano. Sus dos órganos luminosos no estaban coloreados de rojo, como sucedía con los otros, sino que tenían un color verdoso. Martia hizo cosquillas en la lengua del animal, utilizando uno de sus dedos, y después mantuvo sus manos debajo de él, formando cuenco. Un líquido descendió de la boca abierta, cayendo sobre sus manos.

Lane olió la sustancia. No tenía olor. Cuando bebió el líquido, descubrió que se trataba de una espesa agua azucarada. Por medio de gestos, Martia le indicó que los gusanos luminosos actuaban también como sistemas digestivos para las obreras. Del mismo modo,

almacenaban alimentos para ellas. Las obreras obtenían una parte de su energía a partir de la glucosa segregada por las raíces de los árboles.

Las proteínas y sustancias vegetales de su dieta era originada a partir de los huevos y de las hojas de la planta paraguas. Las tiras de las correosas membranas de la hoja eran traídas al interior del tubo por grupos de cosecheros que se aventuraban a salir durante el día.

Los gusanos digerían parcialmente los huevos, los decápodos muertos y las hojas, devolviéndolos en forma de una especie de sopa. Esta sopa, al igual que la glucosa, era tragada por las obreras, pasaban a través de las paredes de sus cuellos o bien iban a parar a los sacos que conectaban las gargantas con las grandes arterias sanguíneas. Los productos de desecho eran eliminados a través de la piel, o vaciados a través del canal existente en la lengua.

Lane asintió y después salió de la cámara. Aparentemente aliviada, Martia le siguió. Cuando regresaron arrastrándose a su propia habitación, ella colocó los huevos en una nevera, se sirvió un vaso de vino y otro para él, introdujo un dedo en cada uno de los vasos y después se llevó el dedo a sus propios labios y a los de él. Ligeramente tocó la yema del dedo con su lengua. Supuso que aquello no era más que otro ritual, quizá un ritual previo a marcharse a la cama a descansar, con el que se pretendía afirmar que ambos estaban en paz y eran una misma cosa. Hasta pudiera ser que tuviera un significado más profundo; pero si era así, no podía saber cuál era.

Martia comprobó el estado de seguridad y comodidad del gusano del cuenco. Para entonces, ya se había comido todo lo que ella le vomitara. Sacó el gusano, lo lavó, limpió igualmente el cuenco, lo llenó de agua azucarada tibia, lo colocó en una mesa situada cerca de la cama y volvió a colocar a la criatura en su interior. Después se echó sobre la cama y cerró los ojos. No cubrió su cuerpo y, al parecer, no esperaba que él deseara algo para cubrirse.

A pesar de lo cansado que estaba, Lane no podía descansar. Al igual que un tigre en su jaula, iba de un lado a otro de la cámara. No podía apartar de su mente el enigma de Martia, ni el problema de regresar a la base y a la nave orbital. La Tierra tenía que conocer lo que había sucedido.

Después de una media hora durante la que se mantuvo esta misma situación, Martia se incorporó. Le miró fijamente, como tratando de descubrir la causa de su insomnio. Después, pareciendo darse cuenta de lo que andaba mal, se levantó y abrió un armario que colgaba de la pared. En su interior había una serie de libros.

—¡Ah! —exclamó Lane—. Quizá ahora pueda conseguir algo de información.

Y los ojeó todos, uno tras otro. Lleno de ansiedad, escogió tres y los dejó sobre la cama, antes de sentarse en ella, dispuesto a examinarlos.

Naturalmente no podía leer los textos, pero los tres libros poseían numerosas ilustraciones y fotografías. El primer volumen era muy grande, y parecía ser una especie de historia universal para niños.

Lane examinó las primeras imágenes. Después dijo con una voz ronca:

—¡Dios mío! ¡Pero si tú no eres más marciana que yo!

Martia, extrañada por el asombro y la urgencia de su voz, se acercó a su cama y se sentó junto a él. Le observó mientras él iba pasando las páginas hasta que llegó a una cierta fotografía. Inesperadamente, ella ocultó el rostro entre las manos, y su cuerpo se vio convulsionado por los gemidos.

Lane quedó sorprendido. No estaba seguro de por qué ella se encontraba en aquel estado de ánimo. La fotografía mostraba una vista aérea de una ciudad perteneciente al planeta de donde ella procedía..., o de algún planeta donde vivía la gente de su misma raza. Quizá se trataba de la misma ciudad en la que ella, de algún modo..., había nacido.

Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo sin que su sentimiento comenzara a hacer mella en él. Antes de darse cuenta, el también empezó a llorar.

Ahora se daba cuenta. Lo que le ocurría a ella era una sensación de soledad, de abrumadora soledad, de la misma clase que él había experimentado cuando no recibió ninguna otra comunicación de los hombres que se marcharon con los tractores, y cuando llegó al convencimiento que él era el único ser humano que se encontraba sobre la superficie de aquel mundo.

Al cabo de un rato, se secaron las lágrimas. Él se sintió mejor y deseó que ella también se sintiera aliviado. Al parecer, Martia notó su simpatía, pues le sonrió a través de sus lágrimas. A continuación, e impulsada por una irresistible ráfaga de sentimiento común y de afectividad, ella le besó la mano y después se introdujo dos de los dedos de Lane en su boca. Aquello, pensó él, debía ser la forma en que ella expresaba su amistad. O quizá era gratitud por su presencia. O simplemente un sentimiento de alegría compartida. En cualquier caso, pensó, la sociedad de Martia debía poseer una elevada orientación oral.

—Pobre Martia —murmuró—. Debe ser algo muy terrible tener que volverse hacia alguien extraño y misterioso como yo debo parecerte. Especialmente a alguien que, hace un rato, no sabías si estaba dispuesto a comerte o no.

Quitó los dedos de su boca, pero viendo su mirada de rechazo, y llevado por un impulso, le tomó la mano, y se llevó los dedos de Martia a su propia boca.

Extrañamente, aquella acción suya provocó en ella otra oleada de lágrimas. Sin embargo, no tardó en darse cuenta que éstos eran sollozos de felicidad. Una vez que hubo pasado todo, ella se echó a reír suavemente, como si se sintiera muy complacida.

Lane tomó una toalla y le limpió los ojos y la mantuvo sobre su nariz mientras ella se sonaba.

Ahora, de algún modo fortalecida y reconfortada, se mostró dispuesta a señalar ciertas ilustraciones y por medio de signos le hizo comprender lo que significaban.

Aquel libro para niños comenzaba con una narración de la aparición de la vida sobre su planeta. El planeta en cuestión giraba alrededor de una estrella que, de acuerdo con un mapa simplificado de la galaxia, se encontraba en el centro de ésta.

La vida había comenzado allí de un modo similar a como apareciera sobre la Tierra. Se había desarrollado en sus primeras fases siguiendo unas líneas muy similares. Pero Lane observó las imágenes de algunos peces primitivos que le extrañaron mucho. Lane no estaba muy seguro de su interpretación; sin embargo, consideró que debió haber sido así.

Las imágenes mostraban con sencillez que en el planeta de Martia la evolución había seguido modelos algo diferentes, con mecanismos biológicos distintos a los de la Tierra.

Fascinado, siguió el paso de los peces a los anfibios, de éstos a los reptiles y de éstos a los animales de sangre caliente, pero no observó la existencia de mamíferos similares al mono de los que hubieran podido proceder seres como Martia.

Después, las imágenes mostraban varios aspectos de aquellos seres pertenecientes a épocas prehistóricas. Más adelante se mostraba la invención de la agricultura, del trabajo con los metales, etc.

La historia de la civilización estaba compuesta por una serie de imágenes cuyo significado apenas si podía captar. Había algo peculiar, a diferencia de lo sucedido en la Tierra. Se podía observar una relativa ausencia de guerras. Allí parecían faltar personajes terrestres como Ramsés, Gengis Khan, Atila, César o Hitler.

Pero había más, mucho más. La tecnología parecía haber avanzado mucho más que en la Tierra, a pesar de la falta de estímulo de la guerra. Quizá, pensó, todo había empezado allí mucho antes de lo que sucedió en la Tierra. Tuvo la impresión que los congéneres de Martia habían evolucionado, hasta alcanzar su estado actual, mucho antes que lo hiciera el *homo sapiens*.

Fuera esta suposición cierta o no, la realidad era que ahora superaban al hombre. Podían viajar casi a la velocidad de la luz, quizá más rápidamente, y dominaban por completo los viajes interestelares.

Fue entonces cuando Martia le señaló una página que contenía varias fotografías de la Tierra, tomadas evidentemente desde varias distancias por una nave espacial. Detrás de ellas, un artista había dibujado una figura sombría, mitad mono, mitad dragón.

—¿Es esto lo que la Tierra significa para ti? —preguntó Lane—. *¿Peligro? ¿No tocar?*

Observó las otras fotografías de la Tierra. Había otras muchas páginas que trataban de otros planetas, pero a su propio planeta sólo se le había dedicado una. Eso parecía ser suficiente.

—¿Por qué nos mantienen bajo vigilancia alejada? —preguntó Lane—. Están tan adelantados con respecto a nosotros, hablando desde un punto de vista tecnológico, como nosotros lo estamos con respecto a los aborígenes australianos. ¿De qué tienen miedo?

Martia se levantó, colocándose frente a él. De repente, con virulencia, abrió, cerró e hizo rechinar los dientes y avanzó sus manos, colocando sus dedos como si fueran garras.

Él sintió un escalofrío. Eran los mismos gestos que ella utilizó poco antes para demostrarle la indiferente locura asesina del macho encerrado en la jaula.

Lane inclinó la cabeza.

—En realidad, no te puedo culpar de nada. Tienes toda la razón. Si ustedes establecieran contacto con nosotros, les robaríamos todos vuestros secretos. Y después, ¡infestaríamos todo el espacio!

Se detuvo, se mordió un labio y añadió:

—Sin embargo, estamos mostrando algunos signos de progreso. No se ha producido ninguna guerra y ninguna revolución durante un período de quince años. Las Naciones Unidas han estado solucionando problemas que antes habrían significado una guerra mundial. La Unión Soviética y los Estados Unidos siguen estando armados, pero no están más cerca de entrar en conflicto que cuando yo nací. ¿Quizá...?

»¿Sabes una cosa? Apostaría a que no has visto a un terrestre en carne y hueso con anterioridad. Quizá nunca hayas visto ni siquiera una imagen de uno de nosotros, o si la has visto era de alguien que estaba vestido. En estos libros no se ve a ningún terrestre. Quizá ustedes sabían que nos dividimos en hembras y varones, pero eso no significó mucho para ti hasta que me viste desnudarme para tomar la ducha, y el paralelismo, repentinamente revelado, con el macho decápodo, te horrorizó. Y notaste entonces que yo era la única cosa en el mundo que tenías como compañía. Debe haber sido algo así como si yo hubiera naufragado, pudiendo llegar a una isla desierta, para darme cuenta entonces que el único otro habitante de la isla era un tigre.

»Pero eso no explica lo que estás haciendo aquí, sola, viviendo en estos tubos, junto con los indígenas marcianos. ¡Oh, cómo me gustaría que pudiéramos comprendernos!

»*Conversando contigo* —añadió, recordando las líneas que había leído la última noche que pasó en la base.

Ella le sonrió y él continuó:

—Bueno, al menos se te está pasando el susto. Después de todo no soy un tipo tan malo, ¿verdad?

Ella le volvió a sonreír y se dirigió a un gabinete, de donde tomó papel y pluma. Con ellos, hizo un esbozo simple tras otro. Observando su ágil pluma, él empezó a comprender lo que había sucedido.

Su gente había mantenido una base durante mucho, mucho tiempo en la cara oculta de la Luna. Pero cuando los primeros cohetes terrestres penetraron en el espacio, borraron todas las huellas de existencia de la base. Después construyeron una nueva base en Marte.

Más tarde, cuando pareció evidente que una expedición terrestre sería enviada a Marte, aquella base también fue destruida, construyéndose otra en Ganímedes.

Sin embargo, cuatro científicas habían permanecido allí, en aquellos simples alojamientos, para completar sus estudios sobre los decápodos. Aunque la gente de Martia había estudiado a aquellas criaturas durante algún tiempo, aún no habían conseguido descubrir cómo sus cuerpos se ajustaban a la diferencia de presión existente entre la del tubo y la que se veían obligados a soportar en el exterior. Las cuatro científicas creían estar a punto de descubrir este secreto, y por ello se les había permitido permanecer allí hasta poco antes que llegaran los terrestres.

En realidad, Martia era nativa de Marte, pues había nacido y se había criado allí. Hacía siete años que se encontraba allí, dijo, indicando un esbozo de Marte en su órbita alrededor del Sol y adelantando después siete dedos.

Aquello significaba que tenía unos catorce años de la Tierra. Quizá estos seres, pensó Lane, alcanzaban la madurez con mucha mayor rapidez. Eso, en el caso que ella fuera un ser adulto, lo que resultaba bastante difícil de decir.

Cuando ella le mostró mediante dibujos lo que sucedió la noche antes de su prevista partida hacia Ganímedes, el horror contrajo las facciones de su rostro, obligándola a abrir mucho los ojos. El grupo fue atacado, mientras estaba durmiendo, por un decápodo macho que se encontraba en libertad.

Era muy raro que un macho pudiera quedar libre. Pero, al parecer, éste se las arregló para escapar. Al hacerlo destruyó toda la colonia, aniquilando todo signo de vida en el tubo donde se encontraba. Hasta se comió las raíces de los árboles, de modo que éstos murieron y el oxígeno dejó de fluir hacia aquella sección del túnel.

Para una colonia, advertida del peligro, sólo existía un medio de luchar contra un macho libre, y se trataba de un método peligroso. Consistía en poner en libertad a su propio macho. Seleccionaron a los pocos decápodos que se quedarían junto al macho, sacrificando sus vidas para disolver los barrotes de la jaula mediante una secreción ácida procedente de sus cuerpos, mientras el resto de la colonia huía. La reina, incapaz de moverse, también murió. Pero los que huyeron se llevaron consigo huevos suficientes como para producir otra reina y otro consorte en alguna otra parte.

En cuanto a los machos en libertad, se esperaba que se mataran entre ellos, o que el vencedor se encontrara tan exhausto como para poder ser eliminado por los soldados.

Lane asintió. El único enemigo natural de los decápodos era un macho en libertad. De no existir control, el crecimiento de la población no tardaría en abarrotar los tubos y agotar todas las existencias de alimentos y de aire. Por poco compasivo que parezca, la huida de un macho de vez en cuando era lo único que salvaba a los marcianos de la muerte por hambre y quizá de la extinción.

Pero, aunque pudiera ser así, el macho asesino no había hecho ninguna distinción para con las compañeras de Martia. Tres murieron mientras dormían, antes que las otras dos se despertaran. La otra mujer se arrojó contra la bestia, gritando a Martia que escapara.

Pero aunque estaba casi loca de temor, Martia no permitió que el pánico la hiciera huir corriendo. Al contrario, se abalanzó hacia un armario para tomar un arma.

Un arma, pensó Lane. Más tarde, tendría que descubrir más cosas al respecto.

Martia indicó con gestos lo que había sucedido. Había logrado abrir la puerta del armario, extendiendo la mano para sacar el arma, cuando sintió el pico de la bestia mordiéndole en una pierna. A pesar de la conmoción, pues el pico penetró profundamente en los vasos sanguíneos y en los músculos, ella se las arregló para presionar el extremo del arma contra el cuerpo del macho. El arma actuó como debía y el macho cayó al suelo. Desgraciadamente, no por ello dejó de actuar el pico, que siguió ejerciendo una terrible fuerza sobre la pierna, justo por encima de la rodilla.

En aquel momento, Lane trató de interrumpirla, para conseguir una descripción del arma utilizada. Martia, sin embargo, hizo caso omiso de su pregunta. Al parecer, no comprendió lo que él preguntó, pero él estaba seguro que ella no tenía ningún interés en contestar. No confiaba por completo en él, lo que por otra parte era comprensible. ¿Cómo la podía culpar por ello? Sería una tonta si se mostrara demasiado confiada con un ser tan desconocido para ella. Eso, en el caso que realmente fuera tan desconocido.

Después de todo y aunque ella no le conocía bien desde el punto de vista personal, conocía a la clase de gente de la que él procedía, y qué era lo que se podía esperar de ellos. Ya era sorprendente el hecho que no le hubiera dejado morir en el jardín, y seguía resultándole extraño que compartiera con él la comunión del pan y del vino.

Quizá lo había hecho porque se encontraba sola y era mejor estar acompañada que nada. O también podía ser que ella actuara en un plano ético mucho más elevado que el de cualquier terrestre, no pudiendo soportar la idea de dejar morir a un ser racional, aun cuando pensara de él que no era más que un salvaje sediento de sangre. O quizá abrigaba otros planes para él, como por ejemplo hacerle prisionero.

Martia continuó con su historia. Terminó por desmayarse y se despertó algún tiempo después. El macho también empezaba a recuperar el conocimiento, así es que, en esta ocasión, tuvo que matarle.

Un fragmento más de información, pensó Lane. El arma que ella poseía era capaz de infligir diversos grados de daño. Después, y aunque se encontraba muy mal, llegó hasta donde se encontraban las medicinas y se trató la herida. Al cabo de dos días ya estaba de pie, yendo de un lado a otro, y las cicatrices habían empezado a desaparecer.

Deben estar muy adelantados con respecto a nosotros, pensó Lane. Según había indicado ella misma, le fueron cortados algunos de los músculos. Y, sin embargo, se recuperaron al cabo de un par de días.

Martia indicó que la recuperación de su cuerpo había requerido el consumo de una enorme cantidad de comida durante su curación. La mayor parte del tiempo se la pasó comiendo y durmiendo. La reconstrucción, ya se produjera a un ritmo normal o acelerado, seguía exigiendo la misma cantidad de energía.

Para entonces, los cuerpos del macho y de sus compañeras olían muy mal a causa de la descomposición. No había tenido fuerzas para cortarlos e incinerarlos en el quemador de desperdicios. Mientras contaba todo esto, aparecieron lágrimas en sus ojos, y terminó por sollozar.

Lane quiso preguntarle por qué no había enterrado los cuerpos, en lugar de incinerarlos, pero reconsideró su pregunta antes de hacerla. Aun cuando sus congéneres tuvieran la costumbre de enterrar a sus muertos, lo más probable era que ella deseara destruir toda prueba de su existencia, antes que los terrestres llegaran a Marte.

Por medio de señas, Lane le preguntó cómo había podido el macho penetrar en la cámara, a pesar de la puerta existente en el túnel. Ella le indicó que, normalmente, la puerta sólo estaba cerrada cuando los decápodos estaban despiertos o cuando ella y sus compañeras estaban durmiendo. Pero había llegado el momento para que una de ellas recogiera los huevos en la cámara de la reina.

Según lo reconstruyó ella, el macho asesino apareció en aquel momento y mató a la científica allí mismo, en la cámara de la reina. Después, tras haber ocasionado una gran matanza entre los decápodos que dormían, deambuló por el tubo y vio el reflejo de la luz que surgía del túnel abierto. El resto de la historia, ya lo sabía.

Por medio de gestos, él le preguntó por qué el macho no dormía cuando lo hacían sus compañeros. Evidentemente, el que habían visto encerrado en la jaula dormía al mismo tiempo que los demás. Y los guardianes de la reina también dormían, creyendo que estaban a cubierto de todo ataque.

No era así, replicó Martia. Un macho escapado de la jaula no conocía otra ley que la fatiga. Cuando había quedado agotado de tanto comer y matar, se echaba a dormir. Pero no importaba si era el momento de dormir o no. Cuando había descansado, recorría todos los tubos, comiendo y matando, hasta que volvía a sentirse demasiado fatigado para moverse.

Por lo tanto, pensó Lane, eso explicaba la zona de plantas paraguas muertas en la parte superior del tubo, junto al jardín. Otra colonia se había trasladado a la zona devastada, construido el jardín en el exterior y plantado las jóvenes plantas paraguas.

Se preguntó por qué ni él ni sus otros compañeros habían visto a ningún decápodo en el exterior durante los seis días que habían permanecido en Marte. Debía existir al menos una cámara de presión y una salida para cada colonia, y debían existir por lo menos quince colonias en los tubos existentes entre aquel lugar y donde se encontraba su base. Quizá la respuesta era que los cosechadores de hojas sólo se aventuraban ocasionalmente al exterior.

Y ahora que lo recordaba, ni él ni ninguno de sus compañeros había observado ningún agujero en las hojas. Aquello significaba que los árboles tuvieron que haber sido cosechados hacía algún tiempo, y que ahora ya estaban preparados para una nueva cosecha. Si la expedición hubiera esperado sólo unos pocos días más antes de enviar a los hombres en los tractores, podrían haber visto a los decápodos y haber investigado. Y toda la historia podría haber sido muy diferente.

Había otras cuestiones que deseaba preguntarle a Martia. ¿Qué ocurría con el vehículo en el que se suponía que ellas debían viajar a Ganímedes? ¿Había alguno oculto en el exterior, o se enviaría a alguno para recogerlas? En este último caso, ¿cómo se pondría en contacto con la base de Ganímedes? ¿Por radio? ¿O por algún otro método inconcebible para él?

¡Los globos azules!, pensó. ¿Podrían ser medios de transmitir mensajes?

No pudo pensar más en ellos, pues se sentía abrumado por la fatiga y terminó por quedarse dormido. Lo último que recordó fue el rostro de Martia, inclinado sobre él, sonriéndole.

Cuando se despertó, de mala gana, sus músculos le dolían y su boca estaba tan seca como el desierto marciano. Se levantó a tiempo para ver a Martia salir del túnel, con una cesta de huevos en la mano. Al verla lanzó un gruñido. Aquello significaba que ella había vuelto a la cámara de la reina, y que él había dormido durante todo el período correspondiente a un día marciano.

Se incorporó, tambaleándose, y se introdujo en el cubículo de la ducha. Al salir, sintiéndose mucho más refrescado, encontró el desayuno preparado sobre la mesa. Martia realizó el rito de la comunión y después comieron. Echaba de menos su café. La sopa caliente era buena, pero no era un sustituto satisfactorio. Había un cuenco que contenía una mezcla de cereal y fruta, que Martia extrajo de un tiesto. Su contenido debía tener un elevado poder energético, porque le despertó del todo.

Después, él realizó algunos ejercicios, mientras ella lavaba los platos. Aunque estaba manteniendo su cuerpo ocupado, no dejaba de pensar en cosas que no tenían ninguna relación con lo que estaba haciendo. ¿Cuál podría ser su próximo paso? Su deber le exigía regresar a la base para informar. ¡Qué noticias podría enviar a la nave orbital! La historia no tardaría en ser transmitida desde la nave a la Tierra. Todo el planeta quedaría conmocionado.

Existía una objeción a su plan de llevarse a Martia consigo.

Ella no querría ir.

Se detuvo de pronto, en medio de un ejercicio. ¡Qué tonto era! Había estado demasiado cansado y confundido para comprenderlo. Pero si ella le había revelado que su base se encontraba en Ganímedes, era porque no esperaba que él llevara dicha información al lugar

de donde procedía. Sería una tontería por parte de ella, a menos de estar absolutamente segura que él no lo podría comunicar a nadie.

Aquello significaría que una nave venía en camino y que no tardaría en llegar. Y aquella nave no sólo se la llevaría a ella, sino también a él. Si tenía que morir, sería mejor enfrentarse ahora con la realidad.

Lane no había sido elegido como miembro de la primera expedición terrestre a Marte porque le faltara decisión. Antes al contrario. Cinco minutos después había tomado una decisión. Su deber estaba claro. En consecuencia, lo llevaría a cabo, aun cuando eso significara violar sus sentimientos personales hacia Martia, y pudiera causarle daño.

Primeramente la ataría. Después tomaría sus dos trajes de presión, los libros y todas las herramientas lo bastante pequeñas para ser transportadas, de modo que pudieran ser examinadas más tarde en la Tierra. La obligaría a marchar delante de él, a través del tubo, hasta que llegaran al punto situado en la parte opuesta a su base. Allí, se colocarían los trajes y saldrían al exterior, dirigiéndose a la cúpula. Y en cuanto fuera posible, los dos se elevarían en el cohete, dirigiéndose a la nave orbital. Este último paso era el más peligroso de todos, pues resultaba extremadamente difícil para un solo hombre pilotar el cohete. Teóricamente, sin embargo, se podía hacer. Tenía que hacerse.

Lane apretó las mandíbulas y forzó sus músculos para dejar de temblar. La idea de violar la hospitalidad de Martia no le gustaba en absoluto. Sin embargo, ella le había tratado tan bien por un propósito que tampoco era altruista. Por todo lo que sabía, ella estaba tramando algo contra él.

Había una cuerda en uno de los armarios; era la misma cuerda flexible con la que ella le había sacado del cenagal. Lane abrió la puerta del armario y estuvo buscándola. Martia estaba en el centro de la habitación, observándole, mientras acariciaba la cabeza del gusano de ojos azules, enrollado alrededor de su hombro. Lane confió en que permaneciera allí hasta que él se acercara. Evidentemente, Martia no llevaba ningún arma, y nada, a excepción del gusano. Desde que se había quitado el traje, no se había puesto nada sobre su cuerpo.

Al verle aproximarse, ella le habló con un tono de voz alarmado. No se necesitaba mucha sensibilidad para darse cuenta que le estaba preguntando qué intentaba hacer con la cuerda. Él intentó sonreír para hacerla sentirse confiada, pero fracasó. Aquello le estaba poniendo enfermo.

Un momento después, se sintió violentamente enfermo. Martia había pronunciado una palabra en voz muy alta, y sintió corno si aquella palabra le pegara en la boca del estómago, produciéndole náuseas. Su boca empezó a segregar saliva. Dejó caer la cuerda y echó a correr hacia la ducha para evitar vomitar sobre el suelo.

Diez minutos después se sintió un poco mejor. Pero cuando intentó caminar hacia la cama, sus piernas amenazaron con fallarle. Martia tuvo que ayudarle.

Se maldijo a sí mismo interiormente. ¡Tener una reacción tan repentina ante la comida extraña que había tomado y en un momento tan crucial! Por lo visto, la suerte no estaba de su parte.

Si es que, en realidad, se trataba de una cuestión de suerte. Había existido algo muy extraño y poderoso en la forma en que ella había pronunciado aquella palabra final. ¿Era posible que ella hubiera hecho surgir en él, hipnóticamente o de cualquier otra forma, un reflejo a aquella palabra? Bajo ciertas condiciones, aquello representaría un arma mucho más poderosa que un revólver.

No estaba seguro, pero le parecía raro que su cuerpo hubiera aceptado hasta entonces la comida extraña. Sin embargo, el hipnotismo no parecía ser la respuesta. ¿Cómo se podría ejercer tan fácilmente sobre él desde el momento en que apenas si sabía unas veinte palabras del lenguaje extraño que ella hablaba?

¿Lenguaje? ¿Palabras? No eran necesarias. Si ella le había administrado una droga hipnótica en la comida, despertándole después mientras dormía, podría haberle ordenado cómo tenía que reaccionar él en el caso que ella lo deseara así. Martia podría haberle enseñado la palabra clave, permitiéndole después que volviera a dormirse.

Conocía lo suficiente sobre hipnotismo como para saber que aquello era posible. El que sus sospechas fueran ciertas o no, era un problema que tenía ahora sobre sus espaldas. Sin embargo, no perdió el día. Aprendió otras veinte palabras y ella le hizo otros muchos dibujos. Se enteró de esta forma que cuando penetró en el cenagal había caído literalmente en la sopa. La sustancia en la que habían sido plantados los jóvenes árboles paraguas era una zoogloea, una masa glutinosa de legumbres unicelulares y de una vida animal anaeróbica algo más grande que alimentaba a las legumbres. El calor de los cuerpos hinchados de agua mantenía caliente el suelo del jardín y evitaba que las delicadas plantas se helaran incluso a las bajas temperaturas, por debajo de cero, reinantes en las noches de verano.

Una vez que los árboles eran transplantados a la parte superior del tubo para sustituir a los adultos muertos, la zoogloea era llevada a trozos al interior del tubo y vaciada en el canal. Allí, los peces-bomba filtraban una parte y se comían la otra a medida que bombeaban el agua desde el extremo polar del tubo hacia su extremo ecuatorial.

Hacia el final del día, comió un poco de sopa de zoogloea y se las arregló para no vomitarla. Un poco después comió algo de cereal.

Martia insistió en darle ella misma la comida a cucharadas. Había algo tan femenino y cariñoso en su solicitud, que él no pudo protestar.

—Martia —le dijo—, puedo estar equivocado. Puede haber buena voluntad y relaciones entre nuestros dos géneros. Míranos a nosotros. Si tú fueras una verdadera mujer, estaría enamorado de ti.

»Claro está que me puedes haber provocado sensaciones y sentimientos muy diferentes. Puedes haberme hecho caer enfermo. Pero si lo hiciste fue una cuestión de conveniencia, y no de malicia. Y ahora estás cuidando de mí, de tu enemigo. Amas a tu enemigo, no porque se te ha dicho que lo hagas así, sino porque realmente sientes que quieres hacerlo.

Ella, desde luego, no comprendió nada. Sin embargo, le contestó en su propia lengua, y a él le pareció que su voz tenía el mismo tono de simpatía que la suya propia.

Cuando se quedó durmiendo estaba pensando que quizá Martia y él podrían ser los dos embajadores que consiguieran relacionar pacíficamente a sus dos pueblos. Después de todo, ambos eran altamente civilizados, esencialmente pacíficos y devotamente religiosos. Existía una hermandad, no sólo entre el hombre, sino entre todos los seres sensibles e inteligentes del cosmos, y...

Una presión en su vejiga le despertó. Abrió los ojos. El techo y las paredes parecían expandirse y contraerse. Su reloj de muñeca estaba deformado. Sólo mediante un gran esfuerzo pudo enfocar sus ojos con la suficiente nitidez como para observar su reloj que, diseñado para medir el día marciano, ligeramente más largo que el de la Tierra, indicaba la medianoche.

Sintiéndose mareado se incorporó. Estaba seguro que debió haber sido drogado, y que aún estaría durmiendo si el dolor de la vejiga no hubiera sido tan agudo. Si pudiera contrarrestar la droga con algo, ahora podría llevar a cabo sus planes. Pero antes tenía que ir al lavabo.

Para hacerlo se veía obligado a pasar cerca de la cama de Martia. Ella no se movía. Estaba echada sobre la espalda, con los brazos fláccidos colgando a ambas partes de la cama, y la boca ampliamente abierta.

Él apartó la mirada, pues le pareció indecente mirar cuando ella se encontraba en tal posición.

Pero algo atrajo su mirada..., un movimiento, un destello de luz, como una joya brillante en su boca.

Se inclinó sobre ella, miró y se apartó, lleno de horror.

Una cabeza se había elevado de entre sus dientes.

Levantó la mano para golpear aquella cosa, pero se quedó helado en su postura, reconociendo la pequeña boca redonda y los diminutos ojos azules. Era el gusano.

Al principio pensó que Martia estaba muerta. Aquella cosa no estaba enrollada en su boca. Su cuerpo desaparecía en el interior de la garganta de Martia.

Después observó que su pecho se elevaba tranquilamente y que no parecía existir la menor dificultad.

Haciendo un esfuerzo se acercó al gusano, aunque los músculos de su estómago se le contrajeron y los de su nuca temblaron. Acercó la mano a los labios redondos del gusano. Una corriente de aire caliente le dio en los dedos, al mismo tiempo que escuchaba un débil silbido.

¡Martia estaba respirando a través de aquella cosa!

—¡Dios! —exclamó con una voz ronca.

La sacudió por los hombros. No quería tocar el gusano porque tenía miedo que pudiera hacer algo que la dañara. En aquel momento de conmoción, olvidó que había dispuesto de una gran ventaja sobre ella que debería haber utilizado.

Los párpados de Martia se abrieron; sus grandes ojos gris-azulados se le quedaron mirando fijamente.

—Tómatelo con calma —le dijo él.

Ella se estremeció. Sus párpados se cerraron, su cuello se arqueó hacia atrás y la expresión de su rostro se contrajo. Él no pudo decir sí su mueca fue causada por el dolor o por alguna otra cosa.

—¿Qué es ese..., ese monstruo? —preguntó—. ¿Un animal simbiótico ¿Un parásito?

Pensó en vampiros, en gusanos que se deslizaban en el interior del cuerpo, cuando uno estaba durmiendo, para chuparle la sangre.

De repente, ella se sentó en la cama y extendió sus brazos hacia él. Lane le tomó las manos, preguntando:

—¿Qué ocurre?

Martia le atrajo hacia ella, elevando al mismo tiempo su rostro hacía el de él.

Por su boca abierta surgió el gusano, con la cabeza dirigida hacía el rostro de Lane y sus pequeños labios abiertos en forma de O.

Fue un reflejo, el reflejo del miedo, lo que obligó a Lane a soltar sus manos y echarse hacia atrás bruscamente. No había querido hacer aquello, pero no pudo evitarlo.

Abruptamente, Martia se despertó del todo. El gusano surgió en toda su longitud de su boca y cayó, enrollado, entre sus piernas. Allí se revolcó por un momento antes de quedarse enrollado como una serpiente, con la cabeza descansando sobre el muslo de Martia y los ojos vueltos hacia Lane.

No quedaba la menor duda. Martia parecía sentirse desilusionada y frustrada.

Las rodillas de Lane, que aún se sentían débiles, apenas si le pudieron sostener. Sin embargo, se las arregló para llegar al lavabo, y allí se descargó tanto de la presión como de la cena. Cuando salió, pudo llegar hasta la cama de Martia, donde tuvo que sentarse. Su corazón latía con fuerza contra sus costillas y empezó a respirar con dificultad.

Se sentó detrás de ella, pues no quería estar donde el gusano pudiera tocarle.

Martia le indicó por señas que debía regresar a su cama para que todos pudieran volver a dormir. Evidentemente, pensó Lane, ella no había encontrado nada alarmante en el incidente.

Pero él sabía que no podría descansar hasta que no recibiera alguna clase de explicación. Tomó papel y pluma de la mesilla que había junto a la cama y se los tendió, haciendo furiosos gestos. Martia se encogió de hombros y comenzó a dibujar, mientras Lane la observaba por encima del hombro. Cuando ella ya había utilizado cinco hojas de papel, consiguió comunicar su mensaje.

Los ojos de Lane estaban muy abiertos y el color de su rostro era muy pálido.

Entonces..., Martia *era* una mujer. Mujer, al menos, en el sentido que ella era portadora de óvulos y, a veces, crías, en su interior.

Y estaba, además, el llamado gusano. ¿Le podía seguir llamando así? ¿De qué otro modo podría llamarle? No podía ser incluido en una sola categoría. Eran muchas cosas en un solo ser. Era una larva. Era un falo. También era el vástago de Martia.

Pero no procedía de sus genes. No descendía directamente de ella.

Ella lo había dado a luz y, sin embargo, no era su madre. Ella ni siquiera era una de sus madres.

El vértigo y la confusión que sentía no eran causados únicamente por sus náuseas. Las cosas estaban apareciendo ante él con demasiada rapidez. Estaba pensando furiosamente, tratando de aclarar esta nueva información en su mente, pero sus pensamientos iban de un lado a otro, sin conseguir llegar a ninguna parte.

—No hay ninguna razón para trastornarse —se dijo a sí mismo—. Después de todo, la división de los animales en dos sexos es únicamente una de las formas de reproducción existentes sobre la Tierra. En el planeta de Martia, la Naturaleza..., Dios..., ha creado otro método para los animales superiores. Y sólo Él sabrá cuántas otras formas de reproducción habrá creado en otros muchos mundos.

A pesar de todo, se sentía trastornado.

Este gusano; no, esta larva, este embrión existente fuera de su óvulo y su madre secundaria..., bueno, llamémosle de una vez y para siempre larva, porque después se metamorfoseaba.

Aquella larva concreta estaba condenada a conservar su forma actual hasta que muriera a edad avanzada.

A menos que Martia encontrara a otro adulto de Eeltau.

Y a menos que ella y ese adulto sintieran afecto el uno por el otro.

Después, y de acuerdo con el dibujo trazado por ella, Martia y su amiga o amante, se echarían juntas, o se sentarían juntas. Al igual que hacen los amantes en la Tierra, hablarían la una con la otra en términos simpáticos, lisonjeros y excitantes. Se acariciarían y se besarían como hacen el hombre y la mujer terrestres, aunque en la Tierra no se consideraba lisonjero llamar Gran Boca a su amante.

Después, alejándose ya de las costumbres existentes en la Tierra, un tercer ser aparecería en la unión para formar un triángulo altamente deseado y, de hecho, indispensable y eterno.

La larva, obedeciendo ciegamente sus instintos, despertada por el cariño mutuo de los dos seres, descendería primero con su cola por la garganta de una de las dos eeltau. En el interior del cuerpo de la amante se abriría una válvula carnosa para admitir el delgado cuerpo de la larva, cuya punta abierta tocaría el ovario de su huésped. La larva, actuando como una anguila eléctrica, emitiría entonces una pequeña corriente. La huésped entraría entonces en un éxtasis, mientras sus nervios eran estimulados en forma electroquímica. El ovario permitiría entonces el desprendimiento de un óvulo, no mayor a un punto hecho con un lápiz, que desaparecería en la abertura situada en la cola de la larva, para desde allí comenzar a subir por un canal, dirigiéndose hacia el centro de su cuerpo, estimulado por las contracciones de sus músculos y por el empuje de los cilios.

Más tarde, la larva saldría de la boca de su primer huésped e introduciría su cola en la boca de la otra, para repetir en ella el proceso. A veces, la larva recogía óvulos, y otras veces no, dependiendo esto de si el ovario disponía de alguno que dejar suelto.

Cuando el proceso se llevaba a cabo por completo, los dos óvulos se movían el uno hacia el otro, aunque no se encontraban.

Al menos por el momento.

En la oscura incubadora del interior de la larva debían existir otros óvulos, recogidos por pares, aunque éstos no procedían necesariamente de la misma pareja de donantes.

Las parejas de óvulos podían alcanzar un número que oscilara entre las veinte y las cuarenta.

Después, un día, la misteriosa acción química de las células informaría al cuerpo de la larva que ya había recogido suficientes óvulos.

Se emitiría entonces una hormona con lo que se iniciaría el proceso de la metamorfosis. La larva se hincharía enormemente, y la madre, al comprobarlo, la colocaría cariñosamente en un lugar cálido, alimentándola abundantemente con comida digerida y con agua azucarada.

Ante los propios ojos de su madre, la larva se iría haciendo cada vez más corta y más ancha. Su cola se contraería; sus vértebras cartilaginosas, muy separadas en su fase de larva, se juntarían más y se endurecerían. Se formaría así un esqueleto, con costillas y hombros. Aparecerían después las piernas y los brazos, adquiriendo una forma humanoide. Al cabo de seis meses, se habría desarrollado algo parecido a un pequeño *homo sapiens*.

Desde entonces, y hasta alcanzar los catorce años de edad, la eeltau crecería y se desarrollaría de una forma similar a como sucede con los seres humanos de la Tierra.

Pero al llegar al período en que se alcanzaba la fase de adulto, se producían más cambios. Se desprendían las hormonas, hasta que el primer par de gametos, dormidos durante aquellos catorce años, se unían.

Una vez fundidos los dos, la cromatina del uno se unía con la cromatina del otro. De los dos gametos surgía una sola criatura, similar a un gusano, de unos diez centímetros de longitud, que iba a parar al estómago de su huésped.

Después venían las náuseas, los vómitos. Y, de este modo comparativamente indoloro, se producía el nacimiento de un ser genéticamente nuevo.

Era esta especie de gusano lo que se convertía tanto en feto como en falo, el que producía el éxtasis y alojaba en su propio cuerpo los óvulos de los adultos amantes, experimentando después una metamorfosis que le convertiría en bebé, niño y posteriormente en un ser adulto,

Y así continuaba el proceso.

Lane se levantó y, temblando, se dirigió hacia su cama. Se sentó en ella, con la cabeza inclinada, mientras musitaba para sí mismo:

—Veamos. Martia dio a luz y sacó de sí misma su larva. Pero ahora, la larva no posee los genes de Martia. Ella fue simplemente el huésped de la larva.

»Sin embargo, si Martia tiene una amante, le pasará, por medio de este gusano, sus cualidades heredables. Entonces, el gusano se convertirá en un adulto, dando a luz así al hijo de Martia.

Elevó las manos, lleno de desesperación.

—¿Cómo reconocen las eeltau la descendencia? ¿Cómo siguen las huellas de sus parientes? ¿O es que eso no les importa? ¿No sería más fácil considerar a la madre huésped como a la propia madre, al menos en el sentido que ella ha sido la que le ha dado a luz?

»¿Y qué clase de código sexual posee esta gente? No creo que sea muy similar al nuestro. Tampoco veo ninguna razón para que lo sea.

»Pero, ¿quién es la responsable de criar la larva y el niño que apareciera posteriormente? ¿Su seudomadre? ¿O es que la amante comparte esos deberes? ¿Y qué ocurre entonces con las leyes de la propiedad y de la herencia? Y, y...

Sintiéndose desamparado miró a Martia.

Ella, acariciando orgullosamente la cabeza de la larva, le devolvió fijamente la mirada.

Lane sacudió la cabeza.

—Estaba equivocado. Las eeltau y los terrestres no se pueden relacionar sobre una base amistosa. Mis congéneres reaccionarían contra los tuyos en términos de disgusto. Se despertarían sus prejuicios más profundos; sentirían que sus más fuertes tabúes estaban siendo violados. No podrían aprender a vivir con ustedes, ni tampoco a considerarlas como seres humanos.

»Y en cuanto a este aspecto de la cuestión, ¿podrías tú vivir con nosotros? ¿Acaso no te produjo una conmoción el verme desnudo? ¿Es esa reacción una explicación del porqué no han establecido contacto con nosotros?

Martia dejó la larva, se levantó, se dirigió hacía él y le besó las yemas de los dedos. Lane, aunque tuvo que luchar contra sus propias vacilaciones, tomó los dedos de ella y también se los besó. Después, suavemente, le dijo:

—Y, sin embargo..., los individuos pueden aprender a respetarse mutuamente, a sentir afecto por los demás. Y las masas están compuestas de individuos.

Quedó tendido en la cama. El mareo, alejado durante un rato por la excitación, volvía a él. No podría luchar por mucho más tiempo contra el sueño que sentía.

—Unas palabras nobles —se dijo a sí mismo—, pero que no significan nada. Las eeltau no creen que tengan que tratar con nosotros. Y nosotros, sin saberlo, nos estamos acercando a ellas. ¿Qué sucederá cuando estemos preparados para dar el salto interestelar? ¿Guerra? ¿O tendrán miedo de dejarnos avanzar hasta ese punto y nos destruirán antes que podamos hacerlo? Después de todo, una simple bomba de cobalto...

Volvió a mirar a Martia, aquel rostro no completamente humano y, sin embargo, hermoso, la suave piel de su pecho, del abdomen y las caderas, la falta de pezones, de ombligo y de labios inferiores. Ella había llegado hasta allí desde muy lejos, posiblemente desde algún lugar terrorífico, atravesando distancias enormes. Sin embargo, alrededor de ella no había nada de terrorífico y la mayor parte de su personalidad era cálida, generosa, atractiva y con un elevado sentido del compañerismo.

Como si ambos hubieran estado esperando que girara alguna llave, y la llave hubiera girado por fin, las líneas leídas antes de quedar dormido la última noche que pasó en la base acudieron de nuevo a su mente:

Es la voz de mi amada que llama, diciendo:
Ábrete a mí, hermana mía, mi amor, mi paloma inmaculada...

Tenemos una pequeña hermana,
que no tenía pechos.
¿Qué haremos por nuestra hermana,
el día en que sea llamada?...

Conversando contigo me olvido del tiempo,
todas las estaciones y sus cambios parecen ser iguales...

—*Conversando contigo* —dijo en voz alta.

Se volvió, dándole la espalda y lanzando el puño contra la cama.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no podría ser así?

Se quedó así un largo rato, con el rostro apretado contra el colchón. Algo había ocurrido; la fatiga, tan poderosamente sentida poco antes, había desaparecido; su cuerpo había recuperado fortaleza, extrayéndola de alguna reserva. Al darse cuenta de ello, se sentó en la cama y llamó a Martia por señas, sonriendo al mismo tiempo.

Ella se levantó lentamente y comenzó a caminar hacia él, pero Lane le indicó que trajera la larva consigo. Al principio, Martia pareció no comprender. Después su expresión se aclaró, siendo sustituida por otra de comprensión. Sonriendo deliciosamente se dirigió hacia él, y aunque Lane sabía que debía tratarse de una jugada de su imaginación, le pareció como si ella moviera las caderas como haría una mujer terrestre.

Martia se detuvo frente a él y entonces empezó a besarle con la boca abierta en los labios. Los ojos de ella estaban cerrados.

Él dudó una fracción de segundo. Ella..., no, ella, se dijo a sí mismo..., parecía tan confiada, tan amorosa, tan femenina, que no pudo hacerlo.

—¡Por la Tierra! —gritó él de pronto, lanzando el canto de su mano contra la parte lateral del cuello de Martia.

Ella se desplomó hacia adelante, contra él, mientras la cabeza se deslizaba hacia su pecho. Lane la tomó por los sobacos y la dejó sobre la cama, con la cabeza hacia abajo. La larva, que había caído de su mano al suelo, estaba revolcándose como si hubiera sufrido algún daño. Lane la tomó por la cola y con un frenesí cuya violencia se debía al temor de no creerse capaz de hacerlo, la arrojó una y otra vez contra el suelo, como si fuera un látigo.

Se produjo un chasquido cuando la cabeza se estrelló contra el suelo y surgió sangre de los ojos y de la boca de la criatura. Lane colocó uno de sus talones sobre la cabeza y apretó con fuerza hasta que sólo quedó una masa informe bajo su pie.

Después, rápidamente, antes que ella pudiera recuperar sus sentidos y decirle cualquier palabra que pudiera ponerle enfermo y débil, corrió hacia el armario, sacó una pequeña toalla y regresó junto a ella, amordazándola. Después tomó la cuerda y le ató las manos a la espalda.

—¡Y ahora, perra —espetó—, veremos quién sale con bien de todo esto! Tú habrías hecho lo mismo conmigo, ¿verdad? Me tenías reservado esto mismo. ¡Tu monstruo se merece la muerte!

Furiosamente empezó a recoger las cosas que deseaba llevarse. Al cabo de quince minutos, tenía los trajes, los cascos, los tanques de aire y la comida enrollados en dos paquetes. Buscó el arma de la que ella había hablado y encontró algo que posiblemente lo era. Tenía un mango que se acoplaba a su mano, un dial que podía ser un reóstato para controlar los grados de intensidad, o de lo que disparara, y una especie de bombilla en el extremo. Supuso que aquella bombilla lanzaría la energía capaz de dejar sin sentido o de matar a una persona. Desde luego podía estar equivocado. Aquel instrumento podía servir para algún otro propósito completamente diferente.

Martia había recuperado el conocimiento. Se sentó sobre el borde de la cama con los hombros hundidos y la cabeza inclinada, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, empapando la toalla que rodeaba su boca. Sus grandes ojos estaban mirando fijamente el gusano destrozado que yacía a sus pies.

Rudamente, Lane la tomó por los hombros y la obligó a levantarse. Ella le miró y él le dio un pequeño empujón. Al mismo tiempo, Lane se sintió enfermo, dándose cuenta que había matado a la larva cuando no tenía que haberlo hecho así, y siendo consciente que ahora la estaba tratando tan violentamente no porque tuviera miedo de ella, sino de sí mismo. Si se sentía tan disgustado por el hecho que ella hubiera caído en la trampa que él le había tendido, era sobre todo, porque él también había deseado cometer aquel acto de amor. Sí, cometer era la palabra adecuada, porque contenía implicaciones de tipo criminal.

Martia giró de un lado a otro, perdiendo casi el equilibrio a causa de tener las manos atadas a la espalda. Su rostro se contrajo y de la mordaza surgieron algunos sonidos.

—¡Cállate! —gritó él, volviendo a empujarla.

Ella avanzó, dando varios traspiés, y sólo consiguió evitar caer de cara al suelo dejándose caer sobre sus rodillas. Una vez más, él la puso de pie, notando, al hacerlo, que sus rodillas se habían despellejado a causa de la caída. El ver la sangre que brotaba de ellas, en lugar de suavizar su actitud, aún le enfureció más.

—¡Compórtate bien, o recibirás cosas peores! —gruñó.

Ella le lanzó una mirada interrogante, echó la cabeza hacia atrás y produjo un extraño sonido de ahogo. Inmediatamente su rostro adquirió un tinte azulado. Un segundo después cayó pesadamente al suelo.

Alarmado, Lane se inclinó sobre ella, volviéndola. Estaba a punto de morir.

Le quitó la mordaza e introdujo los dedos en su boca, tomándole la lengua. Se le deslizó de entre los dedos y tuvo que intentarlo de nuevo, sólo para ver cómo se le volvía a escapar, como si se tratara de algo vivo que le desafiara.

Finalmente consiguió sacársela de la garganta, hacia donde había retrocedido, casi tragada en un esfuerzo por suicidarse.

Lane esperó. Cuando estuvo seguro que Martia se recuperaría, le volvió a colocar la mordaza alrededor de la boca. Cuando estaba a punto de atar el nudo sobre su nuca, se detuvo. ¿De qué servía continuar todo aquello? Si le permitía hablar, ella pronunciaría la palabra que le obligaría a vomitar. Si la amordazaba, volvería a tragarse la lengua para suicidarse.

Él no podría salvarla tantas veces y, finalmente, ella conseguiría su propósito de asfixiarse a sí misma.

La única forma de solucionar su problema era la forma que él no podía utilizar. Si le cortaba la lengua de raíz, ella no podría ni hablar ni suicidarse. Puede que algunos hombres fueran capaces de hacerlo; pero él no podía.

La única otra forma de mantenerla en silencio era matándola.

—Pero eso no lo puedo hacer a sangre fría —dijo él en voz alta—. Así es que si quieres morir, Martia, tendrás que hacerlo cometiendo un suicidio. No puedo hacer nada por evitarlo. Levántate; yo recogeré tu paquete y nos marcharemos.

El rostro de Martia se volvió a poner azul y su cuerpo se desplomó sobre el suelo.

—¡No te ayudaré esta vez! —le gritó él.

Pero un instante después se encontró tratando frenéticamente de deshacer el nudo de la mordaza.

Al mismo tiempo, se estaba diciendo a sí mismo lo estúpido que era. ¡Claro! La solución consistía en utilizar el arma de Martia contra ella misma. Girar el reóstato hasta alcanzar un grado que produjera el desvanecimiento y hacerla perder el sentido en cuanto empezara a recuperarlo. Aquello significaría que tendría que transportarla él mismo, así como todo el equipo, recorriendo los cincuenta kilómetros por el interior del tubo, hasta llegar a un punto situado cerca de la base. Pero podría hacerlo. Tendría que imaginar algún método para hacerlo. ¡Pero lo haría! Nada podría detenerle. Y en la Tierra...

En aquel momento, al escuchar un ruido poco familiar, levantó la mirada. Descubrió a dos eeltau, con trajes de presión, de pie, ante él, y a otro que en aquel instante se deslizaba por el túnel, surgiendo de él. Cada uno de ellos tenía en la mano un arma terminada en una especie de bombilla.

Desesperadamente, Lane se llevó la mano al cinturón, donde se había colocado el arma de Martia. Con la mano izquierda hizo girar el reóstato hacia la parte lateral del tambor, confiando en que aquello conseguiría plena potencia para el arma. Después, la elevó hacia el grupo...

Cuando se despertó, se encontró tendido sobre la espalda, vestido ya con su traje, a excepción del casco, y atado con una correa a una de las camas. Su cuerpo estaba desamparado, aunque podía doblar la cabeza. Lo hizo así, y vio a varias eeltau desmantelando la cámara. La que le había dejado sin sentido con su arma, antes que él pudiera disparar, se encontraba ante él.

Le habló en un inglés en el que sólo se notaba un ligero acento extranjero:

—Tranquilícese, señor Lane. Va a tener que hacer un largo viaje. Estará mucho más cómodamente instalado cuando se encuentre en el interior de nuestra nave.

Lane abrió la boca para preguntarle cómo sabía su nombre, pero la cerró al darse cuenta que ella tenía que haber leído las notas escritas en la base. Y era normal que algunas eeltau hubieran aprendido su lengua. Durante más de un siglo, sus naves espaciales centinelas habían estado escuchando las emisiones terrestres de radio y televisión.

Fue entonces cuando Martia dijo algo a la que parecía ser la capitana del grupo. Su rostro tenía una expresión desolada y estaba enrojecido por el llanto y las heridas causadas por su caída.

—Mahrseeya —dijo la intérprete— pide que le pregunte por qué mató a su..., su bebé. No puede comprender por qué creyó usted que debía hacerlo así. ¿Por qué?

—No puedo contestar —dijo Lane.

Sentía la cabeza muy ligera, como sí se tratara de un globo que se estaba expandiendo. Y, lentamente, la habitación empezó a girar en torno suyo.

—Yo le diré el porqué —dijo la intérprete—. Es la reacción propia de la bestia.

—¡No es cierto! —gritó Lane—. No soy una bestia asesina. Hice aquello porque tenía que hacerlo. No podía aceptar su amor y seguir siendo un hombre al mismo tiempo. Al menos, no la clase de hombre...

—Mahrseeya —dijo la intérprete— pedirá que se le perdone el asesinato de su hijo y que algún día, bajo nuestras enseñanzas, sea usted incapaz de cometer un acto así. Ella, aunque está llena de dolor por la muerte de su bebé, le perdona a usted. Confía en que llegará un momento en que usted la podrá considerar como una..., una hermana. Ella cree que hay en usted algo bueno.

Lane apretó los dientes, haciéndolos rechinar, y se mordió el extremo de la lengua hasta hacerse sangre mientras le colocaban el casco sobre la cabeza. No se atrevió a intentar hablar, porque aquello habría significado ponerse a gritar y a gritar. Sentía como si le hubieran plantado algo dentro, como si aquello hubiera roto su caparazón y ahora estuviera creciendo en su interior, convirtiéndose en algo así como un gusano. Algo que le estaba comiendo. Y no sabía lo que sucedería antes que le devorara por completo.

TRES CANCIONES PARA AMANTES ENIGMÁTICOS

BRIAN W. ALDISS

Brian Aldiss ha estado experimentando últimamente con una serie de relatos breves, a medio camino entre la ciencia ficción y el surrealismo, agrupados de tres en tres, a los que llama «enigmas». Veamos, a continuación, un inquietante ejemplo de esta técnica, sumamente rica en posibilidades, que en Última Etapa *(colección Nova, n.° 1) es llevada por el autor a sus últimas consecuencias.*

* * *

EXPEDICIÓN UNIPERSONAL POR LA VIDA

La vida de Frank Krawstadt era tan pulida como un eje de grabación.

Estábamos en Viena, Austria, Europa, paseando y riéndonos de los métodos de medición del crecimiento molecular basados en la densidad de los electrones. De allí, pasamos naturalmente a hablar de música. Habíamos venido a Viena para terminar el PVT de Krawstadt, *Frankenstein y las artes*, su grandiosa y definitiva Presentación Visual Total, haciendo una entrevista a Roskindergaard Nef, el compositor molecular.

—¿No resulta un poco ostentoso para un compositor escandinavo instalarse en la ciudad de Mozart, Beethoven y Haydn? —preguntó Naseem Bata. Era nuestra última dama, tan pulida como él, con sus impecables saris y sus flexibles cabellos negros.

—Nef dirige su vida por medio de una computadora —respondió Krawstadt—. Es el estilo de vida que se está poniendo de moda. Supongo que un día el altavoz le dijo: «Abandona Taby y vete a Viena, Austria.» Y Nef hizo las maletas y se marchó. ¿De acuerdo, Mais?

—De acuerdo —convine. Las señoras vienesas ya estaban en las *jause*, consumiendo gigantescos pasteles, mientras nosotros andábamos por Graben—. Es el estilo de vida que está de moda. Ni los horóscopos, ni el I Ching, sino una Tronzyme MXC 5505 Digital que será tu guía día tras día. Aliméntala con tus parámetros y custodiará tus decisiones. Deje que un discreto sistema estocástico gobierne su libre albedrío...

—No sé si me creerás, pero hasta la semana pasada no sabía que Viena, Austria, existía aún —dijo Naseem. Ella y yo nos detuvimos a beber en una antigua fuente callejera. Krawstadt había desaparecido en una joyería. El chorro de la fuente sabía a Aloxe Corton 1981, ligeramente ácido.

—Hace cuatro años la transformaron en ciudad de Experiencias Experimentales. Todavía no han terminado los trabajos, pero están eliminando las variables con mucha rapidez.

No había necesidad de explicar las ciudades-refugio vital a Naseem. En su última Década de Esfuerzo había estado vinculada con la legislación que había introducido las leyes de Diferenciación Rigurosa en la mayoría de los países occidentales. El resultado era que ahora uno podía vivir en zonas de Experiencias Tradicionales o en zonas de Experiencias Experimentales. Mientras algunos de mis amigos —como Anna Kavan— construían centros enteramente nuevos, diseñados para unas u otras experiencias —o para la Totalidad— algunas ciudades que la historia había dejado de lado habían renovado y revisado sus cartas constitucionales, para poder participar en las nuevas tendencias.

—Para citar a Grillparzer, Viena es la Capua de la mente —dijo Naseem—. ¿En qué otro lugar el agua de una fuente podría saber a Aloxe Corton 1981, ligeramente ácido?

—¿Corton? —repetí.

Krawstadt emergió de la tienda llevando un dominó plateado. Sus cabellos ardían aún.

—¿Dijiste Corton?

—Más o menos.

—Era una de mis palabras favoritas. Ahora prefiero «deambulante».

Mientras disfrutábamos del placer de andar a pie, hablamos de Grillparzer. Todos nosotros habíamos estado recientemente en Ciudad Marte, para ver la representación del ciclo completo de sus obras. La baja gravedad de Marte había resultado de gran valor para el teatro, pero, por cierto, no se le habían encontrado otras utilidades.

Un antiguo palacio estilo Habsburgo estaba en venta. Roskindergaard Nef vivía en una casa ruinosa y elegante, situada justo detrás del palacio. Cuando nos detuvimos ante la puerta, nieve y pétalos de rosa cayeron sobre nosotros. Cuando llamamos al timbre, la casa se hundió suavemente en el terreno. Una puerta esfínter se dilató en el techo de tejas y nos franqueó la entrada. Cuando entramos, unos perros lobos rabiosos se precipitaron sobre nosotros, disolviéndose en la nada cuando estaban a unos centímetros de nuestra piel. Por ahora, las Experiencias Experimentales tendían a lo farsesco.

El estudio de Nef estaba hundido en la oscuridad existencialista de un cuadro de Fuseli. Él acechaba en el fondo, con sus barbas y sus ropajes, su aspecto de alquimista y su aire inquieto.

—Soy Krawstadt —dijo éste—. ¿Hemos llegado en un momento adecuado?

—Más filosóficamente, ¿han llegado en algún momento? —preguntó Nef.

—Seguro. Hemos llegado en varios momentos. Es 1992, es el momento de beber algo y parece que ha llegado el momento de marcharnos.

—Puede ser; para usted —dijo Nef—. Para mí, no. Mi verdadero yo ni siquiera está en Viena, sino en Trieste, que en otros tiempos era el puerto de Viena, donde estoy exhibiendo algunas de mis composiciones de música vital.

—Y entonces, ¿quién es usted? —preguntó Naseem—. Si no es indiscreto preguntarlo.

—Soy una imagen holográfica almacenada, enteramente controlada por la computadora; como la Tronzyme sabe mucho más que yo acerca de Nef, descubrirán que están frente a un Nef-simulado excepcionalmente inteligente y lúcido, si quieren entrevistarlo.

Krawstadt y yo nos miramos. Krawstadt asintió; yo extraje mi varilla RNP y la orienté en dirección al simulacro.

—¿Qué sabe de Grillparzer? —pregunté, conectando la corriente.

—Grillparzer —respondió el simulacro— produce críticas con disimulados autorreproches, siempre que el nivel de probabilidad preceda el enriquecimiento del trabajo de un orificio multifacetado en lecciones muy sentidas para ver la entomología en un gruñido de arena...

Se desconectó bruscamente, porque mi proyector fortuito de numerología interfería los procesos lógicos de la criatura. Luego se desvaneció.

Las luces del estudio se encendieron y un aroma de sándalo llenó la atmósfera. Krawstadt nos condujo entre unos bancos hasta una puerta que había en el fondo y que tenía un cartel: COMPOSICIONES MOLECULARES. Prohibida la entrada.

Estábamos en una habitación alargada con jaulas en uno de los lados. Un hombre que llevaba una bata blanca se acercó a nosotros, pero su cara estaba pintada y se colgó de un clavo antes de llegar a donde estábamos. Se oía música, una extraña mezcla de Zinovieff y los cielos rasos de estuco de Camesina. Grillparzer se hubiese puesto verde.

Las composiciones moleculares eran un poco locas. Nef les había puesto pieles escarlata brillante, por lo que eran más alegres que la mayoría de los CM que se ven por allí. Dejamos salir de su jaula a una pequeña. Tenía dos brazos cortos, uno con cuatro dedos esponjosos, otro con cinco. También presentaba una protuberancia que casi parecía una cabecita. Unas cosas parecidas a omóplatos se movían debajo de la carne. Era raro tocar la piel de aspecto humano y sentirla fría.

—Actualmente hacen lo que quieren con la escultura genética —dijo Naseem—. Pero, ¿cómo funciona el metabolismo de estas CM? No tienen orificios para alimentos ni para excreción.

Krawstadt no la escuchaba. Había puesto dos CM en el mismo recinto y se manoseaban mutuamente.

—Ése es el secreto de Nef —le dije—. Las compmol se nutren de su propia sustancia. Las construye grandes y luego se achican, a medida que se van consumiendo. La

computadora trabaja en su estructura genética por medio de una programación musical. Cada una de estas criaturas representa una melodía diferente, o parte de una melodía. Nunca puede haber dos exactamente iguales. Si Nef estuviese aquí, probablemente podría decir cuál fue moldeada por qué melodía.

—Quizá aquí haya una sinfonía completa.

Nos quedamos mirando las dos desmañadas criaturas. Una tenía seis tentáculos que crecían en dos grupos de tres y era más o menos esférica. La otra era larga y blanda; estaba equipada con una mano sin dedos y cuatro piernas. Lenta y torpemente se palpaban la una a la otra, caían, volvían a tocarse, se revolcaban, se separaban, volvían a acercarse, trataban de asirse, se palpaban, se separaban, caían y volvían a tocarse.

—Parece una agonía lenta —dijo Naseem—. Son como cosas vivientes, cegadas y envueltas en sábanas.

—¿Tienen algún tipo de conciencia? —pregunté a Krawstadt.

—Si la sangre desprovista de un cerebro rector puede tenerla, sí.

—Quizá la tengan.

—Quizá la tengan. ¿Sabes qué dice Nef que representa cada una de estas cosas? ¡Una expedición unipersonal por la vida!

Las dos CM se movían infatigablemente, con lenta determinación, como si pretendieran averiguar algo sobre la otra, mientras se palpaban torpemente, caían, volvían a palparse, tropezaban, rodaban, se separaban y se juntaban nuevamente, se tocaban, caían y volvían a palparse.

—Las aplicaciones comerciales podrían ser interesantes —dijo Krawstadt.

—Excelentes, sobre todo en las zonas de Experiencias Experimentales. Las CM bien diseñadas podrían usarse como mobiliario, como animales domésticos y hasta como vehículos.

—Y como juguetes —añadió Naseem—. Habría que hacerlas con pieles multicolores, dibujos floreados, el arco iris... Entonces no serían tan impresionantes.

—Podrían tener campanillas en su interior.

Mientras hablábamos, las dos CM se movían sin cesar, una alrededor de la otra, siempre a punto de iniciar alguna acción que les permitiera entender claramente a su compañera, mientras se palpaban torpemente, caían, se enredaban, rodaban abrazadas, se separaban, volvían a acercarse, se asían, se palpaban y rodaban y volvían a tocarse.

Las dejamos en eso.

—Y ahora, ¿a Trieste? —pregunté.

—Es otra ciudad de EE; como la historia la dejó a un lado, sólo queda el absurdo.

Salimos al techo. Los pájaros-tigre volaban sobre nuestras cabezas, girando y gritando entre los capiteles. La casa había vuelto a levantarse. Llamamos un pequeño taxi aéreo, nos sentamos bajo el globo y soplamos mariposas de papel en dirección a las señoras de abajo, que seguían comiendo lánguidamente sus pasteles y sus pastas.

Era un día bueno, la única clase posible de día bueno..., un día malgastado.

EL SABOR DE LA METRALLA

La mariposa de papel se deslizó hacia abajo, temblando en la brisa. Un pájaro tigre la persiguió, pero la mariposa se precipitó por una ventana abierta y aterrizó sobre la Tronzyme MXC 5505 de Roskindergaard Nef.

Nef levantó el frágil objeto, que estalló en su mano. Apretó la palma llena de sangre y gritó de dolor.

—Ponga su mano en el aparato cicatrizador —sugirió la computadora.

Cuando volvió, la sangre se había congelado formando una cuenta. Nef la levantó y la puso entre los ladrillos de madera y los diamantes, en un estante bajo.

—Continuemos nuestra conversación sobre el amor —dijo a la computadora—. Te he proporcionado información acerca de lo mucho que amo a Branzi Maisel.

—La información es un poco imprecisa.

—Y te he dicho que estoy demasiado ocupado para que una parte de mi creatividad esté ocupada en una persona, por hermosa e inteligente que sea. ¿De acuerdo?

—Ya he dicho lo que pienso sobre eso.

—No quiero oírlo de nuevo. Repito que no hay egoísmo en mi actitud, sólo el deseo de dedicarme a mi arte. Lo que quiero saber es cómo puedo resolver mi dilema.

Hubo una pausa de un microsegundo antes que la 5505 dijera:

—Puede erradicar a Branzi Maisel. Puede erradicarse a sí mismo. Puede erradicar el amor que existe entre ambos. Esas son las tres alternativas.

Levantó la computadora y la llevó hasta la ventana abierta. Se asomó y mantuvo la máquina en el aire.

—5505, de aquí hasta la calle Gabriele D'Annunzio hay cinco pisos de altura. Sólo tengo que soltarte para que te hagas mil pedazos.

—Usted sabe que ser o no ser es lo mismo para mí. ¿Por qué me amenaza?

Miró atónito a la 5505. Un balonático pasó cerca de la ventana, llevando una bandeja. El balonático era un anciano delgado que llevaba un dominó plateado y dijo:

—¿Le gustaría comprar una piedra, señor? También la cambiaría por cualquier computadora vieja que estuviera a punto de descartar.

Nef miró atónito la bandeja. Contenía piedras de la playa grises y marrones.

—Me quedaré con aquélla —dijo, señalando una piedra marrón, y a punto de dejar caer la computadora.

—Es una buena elección —dijo el balonático—. Estas piedras tienen un extraño poder profético. Según la que usted ha escogido, ocurrirán muchas cosas absurdas. La gente nunca volverá a ser tan divertida como ahora; su historia está a punto de terminar, pero otra la seguirá inmediatamente. Un explorador famoso nacerá del pueblo negro. Aparecerán nuevas alternativas, su sentido del olfato será invalorable para la especie humana y el cabello se llevará largo hasta los hombros. Las mariposas causarán algunas molestias en su vida cotidiana, pero no tema, porque todas las criaturas de Dios se reunirán en el Más Allá, antes que pasen muchas lunas. Las verrugas de su tía desaparecerán antes de Pascua, pero no curará de la ciática.

—Me duelen los brazos. ¿Va a seguir diciendo tonterías?

—Sólo unas pocas más, señor —dijo el balonático, envolviendo cuidadosamente la piedra marrón en papel marrón—. Nacerá un amor tan grande que no perecerá nunca, no antes que se derrumbe la última montaña, aunque debe cuidarse de la lluvia, mañana. El nombre D'Annunzio es importante y debe tomar precauciones; hay un escritorio peligroso. Usted, personalmente, está a punto de crear un gran invento que cambiaría completamente el mundo, si el mundo no estuviera a punto de extinguirse. Además, estimado señor, una mujer alta y madura se dirigirá a usted en términos aprobatorios dentro de muy poco, pero al principio eso no le causará mucho placer. Usted sufre porque quiere repicar y andar en la procesión. Aparte de los defectos de su carácter, el mundo está siendo invadido y por causa suya habrá grandes estragos. Pero, como siempre, todos nos levantaremos sonrientes, y viviremos para luchar un día más. Dios lo bendiga, señor, y gracias.

Dio la piedra a Nef, que la apoyó torpemente sobre la 5505.

—Muchas predicciones para una sola piedra, ¿no?

—Bueno, es una piedra bastante grande, y además hoy es jueves. —Se elevó lentamente en el aire, hasta que sólo fueron visibles las suelas de sus zapatos.

—Desgraciadamente, estas Experiencias Experimentales tienden a ser demasiado farsescas —dijo Nef, desechando el incidente y arrojando la piedra a la calle.

Se alejó de la ventana y puso la computadora sobre su escritorio.

—Es mejor tener fe en la ciencia que en la superstición. Lo irracional es tan absurdo... Pero tú, monstruo inhumano, ni siquiera sientes temor cuando te amenazo con arrojarte a la calle... ¿Cómo te atreves a considerar mi amor por Branzi y no ofrecerme más que tres alternativas?

Su mano estaba curada, pero todavía le picaba. Mientras se la rascaba, la 5505 respondió:

—Hasta en una zona de EE no hay más que esas tres alternativas. Las limitaciones humanas son lo que son.

—El cerebro humano es más grande que cualquier computadora, porque está asociado con un centro de sensaciones. Siento, luego soy. Tú no sientes, por lo tanto eres o no eres y lo mismo te da.

—Pero tú me entregas tu voluntad.

—Porque soy un seguidor de Von Sacher-Masoch. Me encanta sufrir. El dolor..., ésa es la arena que obliga a la ostra a segregar la perla y al genio la obra maestra. Oye, 5505, déjame darte otra alternativa que está muy por encima de tu mundo...

Una enorme mariposa de brillantes colores revoloteaba en la ventana. Nef la atrapó cuando se acercaba. Observó que estaba hecha de metal. Había pequeñas ventanas en el cuerpo. Por las ventanitas pudo ver a unos seres diminutos que agitaban los brazos a causa de la alarma, la alegría o, quizá, porque estaban haciendo gimnasia.

—Finalmente, la Tierra ha sido visitada por los habitantes de otro planeta.

—Es más probable que la mariposa sea un artefacto terrestre.

—Te dejas gobernar demasiado por las probabilidades.

Nef acercó la nariz a la mariposa y la olfateó.

—Hmmm... Interesante. Gas... Un visitante de algún planeta que gira alrededor de un gigante gaseoso. Interesante. Estamos en presencia de la historia.

Encerró a la mariposa en un cajón del escritorio.

—Lo primero es lo primero. Mis problemas amorosos. Mi alternativa. Ya podemos proyectarme en forma de imagen-holograma programada por ti, de acuerdo a mis parámetros de comportamiento. Si podemos obtener una versión completa de la computadora de Branzi, podremos hacer también una imagen-holograma de ella, y programar otra computadora para que actúe de acuerdo a sus parámetros de conducta. Entonces, nuestras dos imágenes podrán mantener una larga y deliciosa relación amorosa, mientras yo me dedico a mi trabajo. De tanto en tanto, me meteré en el circuito para averiguar cómo van las cosas. ¿No es una idea perfecta?

—No —replicó la computadora—. El amor es físico, además de emocional e ideal. Dos imágenes holográficas no pueden copular.

—Es cierto. Tendremos que seguir investigando.

Golpearon a la puerta y entró una mujer alta, de edad madura, que hizo una reverencia a Nef.

—Majestad, acaba de anunciarse que Cristóbal Colón era negro.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames «majestad», mujer?

—Ninguna, Alteza Real. Es la primera vez que nos vemos.

—Por favor, váyase —dijo la computadora. Tomaba todas las decisiones importantes.

—¿Te parece que puedo comer un plato de *spaghetti* a la carbonara? —preguntó Nef cuando la mujer se marchó.

—Sí.

Mientras comía, dijo:

—El problema físico, ¿es insoluble?

—No.

—¿Lo has resuelto?

—Sí

—Habla.

—Normalmente, los hologramas se imprimen en película. Debe gene-esculpir sus CM para piel fotosensible. Entonces podrán recibir el holograma do y en la etapa de formación correspondiente, podrá darles la forma del holograma que desee..., el suyo y el de Branzi. Un perfecto usted, una perfecta Branzi. Los dos juntos podrán hacer el amor eternamente, mientras usted sigue ocupándose del arte.

Nef estaba demasiado atónito para poder hablar. Apoyó lentamente su tenedor, como si estuviera poniendo flores en una tumba. Abstraído en sus pensamientos fue a la habitación contigua, que simulaba los yermos de la planicie de Salisbury, en los alrededores de Stonehenge. Un negro estaba semioculto entre las piedras gigantescas.

—¿Cristóbal Colón? —preguntó Nef, suspicazmente.

—Estoy empezando a pensar que pasa algo raro —respondió el negro—. Usted es el cuarto elefante que me ha hablado en el día de hoy.

—¡Fuera, vil jalea! —le espetó Nef, despidiendo al hombre y dirigiéndose con paso majestuoso hacia los yermos, con su alocada conjetura.

La sugerencia de 5505, ¿sería practicable? Sólo habría que trabajar en ella, investigarla, desarrollarla. El futuro sería glorioso. ¡Una nueva fama artística iba a nacer! La forma artística definitiva, con el yo como material. Se rascó la palma de la mano, hablando en voz alta mientras caminaba.

—¡Ahora lo veo! ¡Una vida totalmente esquizofrénica! Yo viviré como yo mismo, el genio creador. Y también viviré como Nef, el amante perfecto. ¡La dualidad integrada definitiva...! Y a veces, un cambio de papeles. Mi simulacro creará, mientras yo hago el amor. A veces amaré a la criatura real, a veces amaré a su sombra...

»Y eso no será todo. ¿Por qué detenerse ahí? ¿Por qué ver una doble vida como algo especialmente abundante? ¿Qué generosidad hay en eso? ¿Por qué no crear tres, cinco, una docena, una serie infinita de imágenes reflejadas de mí y de ella? ¿Y de todos mis maravillosos amigos...?

Se detuvo, aturdido, ante su resplandeciente visión del futuro. Los antiguos y estrechos confines de la vida, con sus miserables alternativas que disminuían eternamente, año tras año, quedarían totalmente trastornadas. De ahora en adelante, cada hombre sería multitudinario, su ahora no sería una vela solitaria sino una multitud de hojas de hierba... Finalmente, las Artes y las Ciencias se unirían para abolir la más radical y miserable de todas las limitaciones de la Naturaleza...

Una mariposa se posó en una piedra, junto a su mano izquierda. La golpeó.

Un rollo de papel cayó de la cintura de la mariposa. El papel decía:

«Branzi Maisel nunca había estado tan hermosa. Su cara pálida y ovalada tenía pecas, que salpicaban graciosamente su nariz; sus ojos eran de color azul agrisado y sus labios, rojos. Sus cabellos negros caían lisos hasta sus hombros...»

—No lograrán distraerme —dijo—. 5505 y yo hemos echado abajo las barreras. Lo hemos alterado todo. Hemos inventado una nueva forma de vida que transformará la vida que hemos conocido hasta ahora en poco más que símbolos impresos en una página... ¡El amor ha vencido! ¡Belleza! ¡Fecundidad! ¡Deleite!

Al día siguiente, él y la computadora se pusieron a trabajar, negándose a ser entrevistados siquiera por personas tan ilustres como Frank Krawstadt, y se encerraron en los talleres de Viena, reclutando a todo su personal, humano y mecánico, para inventar la nueva clase de vida.

Exactamente tres semanas más tarde, nació el primer modelo de simulación CM Nef. Se tocaron el uno al otro con manos ansiosas, y luego comenzaron a afanarse, moviéndose uno alrededor del otro, como si estuvieran siempre a punto de intentar una forma definida de acción que pudiera llevarles a entenderse mutuamente de forma completa, mientras se palpaban torpemente, retrocedían, se tocaban de nuevo, retrocedían tambaleándose, caían uno sobre el otro, se separaban con dificultad, volvían a acercarse, volvían a palparse y, sin fatigarse, se acercaban, se tocaban y se separaban y volvían a tocarse.

En un cajón olvidado, otro futuro zumbaba enfadado, mientras la nieve y las rosas llovían frente a la ventana, aleteando hacia un cielo de color merengue perfecto.

A SESENTA MILLONES DE KILÓMETROS DE LA RUBIA MÁS CERCANA

Branzi Maisel nunca había estado tan hermosa. Su cara pálida y ovalada tenía pecas que salpicaban graciosamente su nariz; sus ojos eran de color azul agrisado y sus labios, rojos. Sus cabellos negros caían lisos hasta sus hombros, aunque se doblaban sobre sí mismos para hacer cosquillas al nacimiento de su cuello.

Llevaba un largo vestido gris, con flores azules y amarillas.

Rosgard Never se acercó a ella. Llevaba barba, un amplio ropaje y tenía aspecto de alquimista. A su alrededor había una insinuación de oscuridad existencialista.

Se miraron y sonrieron.

Se tocaron. La electricidad estática produjo destellos y estallaron chispas entre sus dedos. Los dos cayeron hacia atrás, gritando de dolor.

—¡Maldita sea, no somos reales! —exclamó Never—. Pareces muy real y muy bella, ¡pero la gente real no se electrocuta mutuamente!

—Tú también me pareciste real. Sólo somos simulacros, ¿no es cierto?

Él parecía desconcertado.

—¿No somos más que eso?

Ella se apretó las sienes, acosada por sentimientos de *déjà vu*. Quería preguntarle si no habían representado ya esta escena, pero la predestinación la obligó a decir:

—Debemos ser simulacros, aunque yo me siento muy real.

Él se dejó caer en el tronco de un árbol caído y dijo:

—Branzi, pareces tan real y tan hermosa...

—Tú también me pareces real. Y mis sentimientos son muy reales. Te quiero tanto que tengo ganas de cantar. Pero esto mismo, ¿no sucedió a los robots y a los androides, hace muchos siglos?

—¿Qué les sucedió?

—La gente no pudo resolver el problema de la electricidad estática. Había unos androides fantásticos, que si los mirabas parecían humanos y se comportaban como seres humanos (salvo que no tenían carisma) y eran tan divertidos como los humanos, pero siempre soltaban electricidad estática. Al final, no hubo más remedio que desguazarlos a todos. Ahora sólo se ven androides en los museos.

Él se levantó con dignidad del árbol caído, que había empezado a enderezarse.

—¿Te parece que tendrán que desguazarnos?

—No, mi amor; nuestro amor es tan grande que nunca seremos desguazados. No antes que la última montaña se hunda en el mar y el último barril de petróleo sea extraído de los estratos fósiles... No, aguarda, no es así. Los combustibles fósiles se acabaron hace tiempo, ¿no?

Ella miró su reloj y dijo?

—¿Cómo sé que este reloj señala la hora exacta? Lo que quiero decir es que nunca seremos desguazados, porque no quedan seres humanos reales que puedan hacerlo.

—En Marte todavía hay seres humanos. —Miró alejarse al árbol con cierta emoción, como si estuviera tejiendo un calcetín excepcionalmente largo y hubiese llegado al talón.

—Pero los humanos de Marte se tiñen los cabellos de rubio y sólo viven para Grillparzer. Lo que quiero decir es..., lo que quiero decir es que...

Una hoja que tenía la forma de una pequeña mujer vienesa se instaló en la mesa que había junto a su mano izquierda. La observó de cerca, descubriendo nuevamente que veía el mundo de forma ligeramente diferente si cerraba alternativamente los ojos. ¡Ah, qué locura, qué grandeza había hasta en una vida simulada!

—Supongo que fueron esos invasores espaciales que venían del gigante gaseoso quienes mataron a todos los humanos —dijo Never—. ¿Qué fue lo que los irritó?

Ella soltó una risita.

—Dijeron que habían venido trayendo la paz en sus corazones y que fueron encerrados en un cajón... Un poco infantil, ¿no te parece?

—No lo sé. Piensa en lo que debe ser el espacio interestelar. Piensa en hacer un viaje así, durante muchísimos años...

—Te diré que me parece una estupidez. Cualquiera que haga una cosa así merece que lo encierren en un cajón. Si no tienes éxito en tu propio sistema solar, no mereces tener éxito en ningún otro sitio. Eso es lo que solía decir mi anciana madre. Ojalá te hubiera conocido; estoy segura que a ella le hubieses gustado.

Él le tendió la mano. Ella retrocedió.

—¡Mira mis uñas! ¡Están arruinadas! ¡Es la electricidad estática! De todas maneras, ¿qué vamos a hacer, ahora que el mundo es nuestro?

—¿Quién iba a pensar que terminaría así, todo el maravilloso asunto humano? Todavía no puedo creerlo..., tú pareces tan real, tan bella.

—Bueno, tú también me pareces real. Pero sólo somos simulacros, ¿no?

Él meneó la cabeza, desconcertado.

—¿Es eso lo que somos?

—Debemos ser simulacros, aunque yo me siento muy real. Sólo que de tanto en tanto siento algo un poco irreal..., bueno, es difícil de describir. Es una especie de sensación metafísica. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Como estar encerrada en un cajón?

Ella se puso de pie, impaciente.

—No, no es eso. A veces siento que estamos tan cerca y tan lejos. Parece como si nos tocáramos, extendiendo las manos, y después es como si cayéramos y tuviéramos que seguir palpando en la oscuridad, buscando al otro, tropezando y luego tocándonos nuevamente. Estamos tan lejos de la perfección...

—¿Te parece que tendrán que desguazarnos?

—No, amor mío; nuestro amor es tal que nunca seremos desguazados, no hasta que la última montaña caiga en el... —La incomodidad del *déja vu* era tan grande que ella se volvió y se alejó corriendo.

Never también corrió. Bajaron corriendo por el Graben, pasando frente a las estatuas de Mozart, Haydn y Beethoven, hasta que ella estuvo a punto de tropezar con una computadora. Branzi se detuvo, la levantó y se la mostró a Never.

—¿Sabes qué es esto?

Él trató de volver a parecerse a un alquimista.

—Claro. Es una Tronzyme MXC 5505 Digital. ¡No la dejes caer, o dejaremos de existir en un abrir y cerrar de ojos!

Branzi sostuvo la computadora en la palma de su mano y la contempló largamente, poniendo, en broma, una cara melancólica, porque no daba señales de estar viva.

—¡Ay, pobre Yorick!

La computadora dijo:

—De aquí hasta la calle Gabriele D'Annunzio hay cinco pisos de altura, pero ser o no ser es lo mismo para mí.

—Cuidado, cuidado —dijo Never a Branzi, agitando alarmado los dedos—. Recuerda que no somos más humanos que esa estatua de Grillparzer. No dejes caer a la Tronzyme o dejaremos de existir en un abrir y cerrar de ojos. Piensa, amor mío, piensa en toda la humanidad desaparecida y en los dos simulacros que se han salvado. La humanidad, la ciencia, todo ha terminado. ¡Sólo el arte ha sobrevivido! ¡El arte y el amor!

Sus palabras la conmovieron tanto, que dejó caer la computadora. Cayó sobre los adoquines y su concha de plástico se rompió, enviando los circuitos a rodar por la calzada, a precipitarse por los canalones, a depositarse en las losas de las aceras.

Branzi y Never se miraron. Todavía seguían existiendo.

—Quizá seamos seres humanos reales —murmuró él.

—¡Los únicos en todo el universo! —murmuró ella.

—Pero en Marte todavía hay seres humanos.

Ella meneó tiernamente la cabeza.

—Los seres humanos que hay en Marte se tiñen los cabellos de rubio y sólo viven para Grillparzer. ¿Podría ser que fuéramos reales, Never?

—Maldita sea, no somos reales. Eres demasiado bella para ser real.

—Tú tampoco me pareces real. Sólo somos simulacros, ¿no es cierto?

Se dejaron caer al mismo tiempo, muy próximos, pero sin tocarse.

Finalmente, ella dijo:

—Deben haber sido los rayos de los invasores los que destruyeron al resto de la humanidad. Ellos dejaron la electricidad estática en el aire. Con el tiempo, desaparecerá...

—¡Y entonces podremos volver a hacer el amor!

—¡Amor mío!

—¡Amor mío!

No podían esperar. Las chispas saltaban y ardían entre los dos. Se abrazaron, besándose y gritando, doloridos y deleitados.

UN TROZO DE NOCHE

POUL ANDERSON

Del mismo modo que un ratón sabe de quesos y ratoneras, pero desconoce casi por completo al hombre, ¿no podría ser que el hombre, aun conociendo, por ejemplo, los campos magnéticos, desconozca a unos poderosísimos seres hipotéticos de cuyas actividades fuera el magnetismo una simple manifestación?

* * *

No se había alejado mucho del laboratorio cuando escuchó los pasos. Incluso entonces, pudo notar que éstos no eran humanos, pero se detuvo y se volvió con la ligera esperanza que, después de todo, lo fueran.

Eran las últimas horas de la noche del miércoles. Sus ayudantes se habían marchado a las cinco, dejándole a él, que telefoneó a su esposa para decirle que sería mejor que no le esperara; después frió algo de picadillo en un quemador «Bunsen» y finalmente regresó junto al instrumento que estaba empezando a funcionar. Lo había hecho así muy a menudo, y luego caminaba un kilómetro y medio hasta la parada del autobús, desde donde podía regresar directamente a casa. Su esposa se preocupaba por él, pero él le decía que aquélla era una tranquila zona industrial, y que él era casi el único ser viviente que quedaba por allí una vez oscurecido, y que no había peligro alguno a que intentaran robarle o asesinarle. El paseo le relajaba, llenaba sus pulmones de aire fresco y le aclaraba el cerebro.

Esa noche, cuando aparecieron los síntomas, la costumbre le hizo cerrar la puerta e iniciar el camino a pie. Los pasos detrás de él le hicieron preguntarse si no habría sido mejor llamar un taxi. No es que las ruedas hubieran podido alejarle de aquella cosa, pero podría haber sentido cierta tranquilidad ante la estólida presencia del conductor. *Para estar seguro*, pensó, *por si se trata de un atracador...*

La esperanza murió en cuanto miró hacia atrás. La acera se extendía gris, dura y sin vida, bajo las farolas ampliamente espaciadas; primero un poste adusto, con un globo iluminado en la parte más alta y una sombría luz amarillenta debajo; después, una oscuridad pesada, que se iba haciendo noche, hasta que se encontraba ante el siguiente poste que lanzaba su débil iluminación en el vacío. La calle se extendía llena de matices sombríos, como un río que se mueve en una zona semioculta. A lo largo de la otra esquina de la acera se elevaban paredes de ladrillo en las que alguna puerta o ventana ocasional formaba un hueco cerrado. Todo se extendía en líneas rectas que convergían hacia un espacio infinito oculto por la oscuridad.

La calzada estaba completamente desnuda. Una ligera ráfaga de aire levantó un papel, que pasó revoloteando junto a sus pies. Aparte de esto, no escuchó nada, ni siquiera a quien le seguía.

Trató de calmar las pulsaciones de su corazón. *No puede hacerme daño*, se dijo a sí mismo, sabiendo que se estaba mintiendo. Se quedó inmóvil un momento, menos dispuesto a volverse hacia los pasos de nuevo (porque podían estar en cualquier parte o, mejor dicho, porque estaban allí), que a escucharlos una vez más.

—Pero no me puedo quedar aquí toda la noche —dijo.

El murmullo de su propia voz fue como un contrapunto tranquilizador para su pulso. Sentía cómo el sudor le bajaba por las axilas, siguiendo después por las costillas, haciéndole sentir cosquillas.

—Sólo adoptará una forma diferente. Por lo menos, será mejor que me vaya a casa.

No creyó poseer el coraje suficiente para volver a echar a andar. Sin embargo, lo consiguió.

Los pasos se reanudaron tras él. No producían un sonido muy fuerte, pero daba igual, porque a medida que escuchaba con más atención le parecían menos humanos. Había en ellos como un ligero deslizamiento: no era nada húmedo, sino seco; algo de una sequedad escamosa que se deslizaba sobre el sucio hormigón. Ni siquiera sabía de cuántos pies se trataba. Pero estaba seguro que tenían que ser más de dos. Quizá eran tantos que ni siquiera eran pies, sino sólo una longitud flexible. Y la cabeza se elevó, oscilando en curvas acompañadas de estremecimientos y susurros, haciéndose menos sinuosa a medida que la masa se hinchaba, hasta que apareció claramente. Una lengua estrecha y pequeña vibraba frenéticamente, pero había una paciencia inmortal en los ojos, que no tenían párpados.

—Desde luego, todo esto es ridículo —se dijo a sí mismo—. Dar forma visible a lo que está, por definición, más allá de cualquier forma.

El sonido de su voz se debilitó. El susurro se detuvo. Por un momento, sólo escuchó el taconeo de sus propios zapatos y el bullir de la sangre en su propio cuerpo. A pesar de todo el enredo que había en su cabeza, aún mantuvo la esperanza.

Fausto es el nombre, Señor, y no Frankenstein; pero fausto significa afortunado en latín, y queda preguntarse si el latín no fue construido con un sentido de la ironía insospechado hasta ahora. Por ejemplo, mi esposa me espera; puede que aún no se haya ido a la cama y la luz de la lámpara brillará sobre su pelo; pero mis zapatos son demasiado estrechos y ruidosos.

Si pudiera escapar. O, más bien, le corrigieron las células científicas de su cerebro, si de algún modo pudiera deslizarse, abandonar el estado de conciencia de aquellas cosas. *Porque*, pensó, *niego que la racionalidad haya muerto en el cosmos, e incluso que mis experimentos con el amplificador de percepciones extrasensoriales hayan abierto las puertas del infierno. Más bien, me sensibilizaron a una insospechada clase de fenómenos, una clase para la que la evolución humana no me ha preparado porque el género humano no se encontró antes con ella (excepto, quizá, en los más breves y suaves relámpagos accidentales, en las revelaciones, las pesadillas y la locura). Soy el más avanzado estudiante de rayos X, el alquimista que calienta el mercurio líquido, el medio mono quemado por el fuego, el ratón extraviado en un campo de batalla. Seré destruido si no puedo escapar, pero el universo seguirá viviendo, ella y yo y ellos, y un cierto sauce en lo alto de una colina, que se llena con la luz del sol cada tarde de verano. Ruego para que eso sea cierto*.

Entonces, las escamas se desenrollaron y se arrastraron hacia él, ahora con un sonido más fuerte, y él percibió un fuerte olor a cedro caliente. Pero la brisa de la noche era fría en su pelo. Lanzó un grito y echó a correr.

Las farolas de la calle se alejaron delante de él, hacia un infinito invisible, como estrellas en el espacio. No, más solitarias que eso. Cada lámpara era como un universo aislado, girando a un millón de años luz de la más próxima. Seguro que en toda aquella oscuridad un hombre podría encontrar algún lugar donde ocultarse. Estaba fuera de sí. No tardó en encontrarse respirando a través de una boca muy abierta y seca. Sus pulmones eran dos fuegos gemelos y sintió cómo los globos de los ojos se le hinchaban debido a la presión. Sus zapatos se le hicieron tan pesados que pensó que estaba corriendo con dos planetas en los pies.

A través de las tormentas y los desgarros, escuchó el susurro, cada vez más cerca, y el sonido de sus zapatos sobre el desnudo pavimento, bajo las purulentas lámparas de la calle. Delante de él había dos de ellas, cuyos globos parecían estar muy juntos desde donde él se encontraba, y las sombras que proyectaban formaban una flecha oscura que se lanzaba hacia la infinitud donde las estrellas explotaban en medio de un fuego horrible. No había imaginado que pudiera existir una visión tan terrible. No le quedaba respiración, pero su cerebro gritaba por él.

Tenía que haber oscuridad en alguna parte. Un túnel donde esconderse, cerrarlo y sellarlo. Debía haber calor y el sonido de las aguas. Y nuevamente oscuridad. Si era atrapado, que no sucediera al menos bajo la luz. Pero rogaba para que el túnel le ocultara.

La corriente que vadeó era fuerte. Se deslizaba pesada y sensualmente a su alrededor, presionándole contra el pecho y el vientre, los hombros y los muslos. Ahora estaba totalmente ciego, pero eso era bueno porque así se encontraba lejos de los nauseabundos globos-mundo. El ruido del agua, arrancando eco de las paredes del túnel, resonaba y estallaba. De vez en cuando, una ola rompía contra ellas; un fuerte sonido claro, seguido de una ducha de gotas diminutas, como carcajadas. Sus pies resbalaron y balanceó los brazos

de un lado a otro, tocando la cálida y olorosa pared del túnel, que le permitió elevarse. Tenía la sensación de estar vadeando contra corriente y a cada paso que lograba dar, la corriente se hacía más fuerte. *Una hipérbola*, pensó con una repentina debilidad. *Nunca llegaré al final. Esto es una infinitud*.

Después de lo que le parecieron varios siglos, escuchó las bombas que impelían las aguas, bombas tan grandes como el mundo, palpitando en la oscuridad. Se detuvo, con miedo de ser atrapado por una de ellas, temiendo que las paletas le destrozaran, le agarraran y le hicieran picadillo con uno de sus cilindros.

Pero cuando el nadador encapuchado le pegó y él cayó hacia abajo, tuvo que gritar.

¡Ahora ya era demasiado tarde! Las aguas le rodearon, detuvieron su voz, irrumpieron por su garganta y se agitaron en sus tripas. Un momentáneo sorbo de aire olió como a cedro. El nadador cerró sus mandíbulas. Escuchó cómo su piel se desgarraba bajo los colmillos y los venenos comenzaron a hormiguear bajo la madeja de sus nervios. La cabeza extraña le sacudió como un perro sacude a una rata. A pesar de todo, posó los pies sobre el suelo del túnel, agarró la monstruosidad de un cuerpo y lanzó sus últimas energías contra él. Oscilaron a un lado y otro; el túnel retembló bajo su violencia, chocaron contra sus paredes. Las bombas empezaron a golpear; las paredes comenzaron a resquebrajarse y a disolverse; las aguas se precipitaron hacia el mundo. Pero él seguía sintiéndose agarrado.

Se liberó la mano de una sacudida, apoyó el rostro contra los ásperos ladrillos y trató de vomitar. Pero no ocurrió nada. El policía le volvió a tomar del brazo, aunque esta vez con mayor suavidad.

—¿Qué le ocurre

Una lámpara situada cerca de la entrada del paseo lanzaba luz suficiente para ver la gran figura vestida de azul, con la estrella en el pecho.

—¿Qué le ocurre? —insistió el policía—. Creí que estaba usted borracho, pero no huele a eso. ¿Está enfermo?

—Sí.

Se controló, suprimió el último espasmo de su vientre, y se volvió para mirar al policía. La otra voz llegó débilmente hasta él, con un curioso quejido, una elevación y un descenso del sonido como cuando se escucha hablar a alguien que tiene mucha fiebre.

—Es el fin del mundo, ¿sabe?

—¿Qué?

Por un momento, consideró la posibilidad de pedir la ayuda del policía. ¡Aquel tipo parecía tan sólido y azul! Su gran rostro, de quijada prominente, no se mostraba hosco. Pero, desde luego, el policía no podría ayudarle en nada. *Me puede llevar a casa si se lo pido. O meterme en la cárcel, si actúo de un modo lo bastante extraño. O llamar a un médico, si me caigo deshecho ante él. Pero, ¿de qué serviría todo eso? No hay salvación para quien se encuentra en un océano*.

Miró su reloj. Sólo habían transcurrido unos minutos desde que abandonara el laboratorio. En aquel momento había deseado compañía, algún rostro humano al que poder mirar, aun cuando no pudiera llevárselo consigo en su vuelo. Ahora había visto cumplido su deseo, y no sentía por ello ningún alivio. El policía estaba tan alejado de él como la lámpara. Una parte de él podía hablar con el policía, del mismo modo que otra parte suya podía dirigir el corazón y los pulmones y el funcionamiento de las glándulas. Pero el Yo esencial había abandonado este mundo. De hecho, el Yo no era ya humano. Ningún hombre le podría ayudar a encontrar su camino de regreso.

—Lo siento —dijo—. Me comporto de un modo un tanto estúpido —sus facultades de razonamiento estaban actuando con una gran rapidez—. Durante estos ataques, quiero decir.

—¿Qué ataques?

—Diabetes. Ya sabe, los diabéticos tienen períodos de desmayo. En esta ocasión no me di cuenta y quedé bastante aturdido. Sin embargo, ya me estoy recuperando. Estaré bien en seguida.

—¡Oh! —la ignorancia médica del policía demostró ser tan grande como él había supuesto—. Ya comprendo. ¿Quiere que le llame un taxi?

—No, gracias, agente. No es necesario. Me dirigía a la parada del autobús. De verdad, estoy bien.

—Bueno, será mejor que le acompañe —dijo el policía.

Caminaron juntos, sin hablar. Llegaron a una avenida en la que había restaurantes y teatros y tiendas cerradas y a oscuras. La luz brillaba, parpadeaba, se estremecía, en rojo y amarillo y azul frío; los coches pasaban a su lado; los hombres y algunas mujeres caminaban por las aceras. El aire estaba lleno de ruido, de pies, de neumáticos. ¿Crees que lloverá mañana? Aquí tiene el periódico, señor. Un anuncio de neón situado frente a la parada del autobús parpadeaba Bar & Grill Idle Hour, parpadeaba Bar & Grill Idle Hour, parpadeaba Bar & Grill Idle Hour, parpadeaba Bar & Grill Idle Hour.

—Ya hemos llegado —dijo el policía—. ¿Está seguro de encontrarse bien?

—Claro, seguro. Muchas gracias, agente.

Con objeto de agradar al policía y conseguir que se marchara, tomó asiento en el banco.

—Está bien, buenas noches.

El hombre vestido de azul se marchó y se perdió en el movimiento de la calle.

Una mujer estaba sentada en la otra esquina del banco. Aunque con una actitud cansada y el aspecto de una mujer de mediana edad, se parecía un poco a su hermana. Notó las miradas que dirigía hacia donde él se encontraba, y se preguntó por qué. Probablemente, sentiría curiosidad por saber por qué razón había llegado escoltado hasta allí, pero tenía miedo de preguntar, para que él no pensara que estaba tratando de involucrarse. No importaba. De todos modos, estaba vacía. Todos lo estaban, incluido él mismo. Eran pieles infinitesimales de espacio distorsionado que no cerraban nada, ni siquiera espacio. Las luces estaban huecas y hasta el ruido era hueco. Toda la plenitud no era más que océano.

Se sintió en paz. Ahora que ya no era perseguido..., pero, ¿por qué tenía que serlo? Había ocurrido hasta el final. Y después de romperse el túnel, las aguas lo habían cubierto todo. Eran enormemente vastas y grises, cálidas y silenciosas, y tenían un leve sabor a sal, como las lágrimas. En el gris verdoso translúcido en el que se encontraba, lleno de rocas, no había lugar para las persecuciones, para nada, excepto para todo.

El tiempo fluía en el océano, pero se trataba de una clase muy suave de tiempo. Primero, la luz se hacía más fuerte, sin fuente alguna, revelando eventualmente la eterna cobertura, que era como nácar frío. A veces, se formaba algún estrato inferior; las ondas de la marea, movidas por un fuerte viento, o las masas negro-azuladas, embraveciéndose en el interior de sus cabezas. Pero cuando eso ocurría, él se podía hundir bajo la superficie, donde el agua siempre era verdosa y estaba tranquila... Finalmente, la luz se desvanecía. Las noches eran absolutamente negras. Le gustaba más así, porque de ese modo podía echarse y sentir cómo el movimiento de la marea pasaba sobre él. Una marea era algo más que el rodar de su cuerpo; era una profunda y secreta sensación; de algún modo, cada uno de sus átomos era tocado por la fuerza a medida que ésta pasaba, y una vibración, apenas percibida, recorría todas sus longitudes moleculares. Durante el día, también disfrutaba de las mareas, pero no tanto, porque entonces había a su alrededor otras formas de vida. Sólo tenía la más pequeña conciencia de la existencia de éstas, pero pasaban junto a él, a veces rozándole, u observándole con pacientes ojos sin párpados.

—Perdóneme, señor, ¿sabe usted si este autobús se dirige a la calle Siete?

Su cuerpo se sobresaltó un poco. Seguramente, no tenían ningún sentido las pequeñas gotas de sudor que se formaron por todo su cuerpo.

—No —contestó.

Su voz sonó tan áspera que la mujer aún se apartó más de él. De algún modo, aquello fue como un leve roce adicional sobre su piel suave. Se retorció, tratando de escapar. Asentó sus huesos para que le dejaran en paz.

—No —repitió—, no creo que se dirija allí. Yo bajo antes... Nunca he llegado hasta la calle Siete..., así es que no estoy seguro. Pero no creo que vaya hasta allí.

Su facultad lógica argumentó furiosamente con él por estar hablando tan idiotamente.

—¡Oh! —exclamó la mujer—. Gracias.

—Puede usted preguntarle al conductor —añadió él.

—Sí —dijo ella—, supongo que podré hacerlo. Gracias.

—De nada —dijo él.

Evidentemente, ella deseaba reanudar la conversación medio iniciada, pero no sabía cómo. En cuanto a él, no podía soportarla más. Los ruidos y las pieles estaban huecos, no le quedaba la menor duda, pero seguían chocando contra él. Se levantó de un salto y cruzó la calle. Los ojos de la mujer le siguieron. Él no la había visto parpadear.

El Idle Hour estaba vacío. Una pareja estaba sentada en un reservado, situado a lo largo de una pared; un hombre desanimado estaba encogido sobre sí mismo en la parte opuesta del bar; un tocadiscos automático lanzó unos llamativos reflejos, pero afortunadamente permaneció apagado. El cantinero era un hombre delgado con la camisa blanca usual y la pajarita negra. Estaba lavando unos vasos, y dijo, sin mucho entusiasmo:

—Cerraremos pronto, señor.

—Está bien. Un escocés con soda.

Sus palabras surgían automáticamente, como la respiración. Cuando tuvo el vaso ante sí, se retiró a un reservado. Se recostó sobre la funda de plástico de color apagado del sillón, colocó el vaso ante él y se quedó mirando fijamente los cubitos de hielo. No deseaba beber.

¿Quién desearía beber en el océano?, pensó con una sensación de ironía. *¡Pero esto es erróneo!*

No quería hacer ningún chiste. Quería que la marea y el plancton penetraran por su boca y que la cálida salinidad y el sonido de la tormenta de lluvia azotara la superficie cuando él se encontraba cómodamente abrigado entre las algas marinas. Eran frías y sedosas y parecía como si le acariciaran. Cambió la incómoda posición de los huesos que le protegía de las escamas de los otros, que no eran tan fuertes, pero que a él le permitían escurrirse y ser flexible y mantenerse con vida ante el roce y la corriente de algas verdes. Ahora se podía deslizar por sus grutas más secretas, con la nariz hacia el fondo lleno de cieno, y mirar con poco curiosos ojos sin párpados los fósiles que descubría.

—Examinemos la tesis del superhombre —le dijo a su esposa—. No me refiero al *Ubermensch* de Nietzsche. Me refiero al superior, al animal no humano, con poderes no humanos, lo que le hace ser mucho más fuerte que nosotros, del mismo modo que nosotros somos mucho más fuertes que los monos. Tradicionalmente, se supone que ha nacido de un hombre y una mujer. Pero, bajo una estricta consideración biológica, sabemos que eso es imposible. Aun cuando pudiera producirse una alteración simultánea de millones de genes, al embrión resultante le sería tan extraño el tipo de sangre, el sistema enzimático, hasta las mismas proteínas, que difícilmente podría ser creado antes que el útero, violentado, le destruyera.

—Quizá en el transcurso de un millón de años, el hombre pueda evolucionar hasta convertirse en un superhombre —comentó ella.

—Quizá —dijo él escépticamente—. Sin embargo, me siento inclinado a dudarlo. Y ni siquiera los grandes monos muestran tendencia a evolucionar para convertirse en hombres. Hace mucho tiempo que su rama se separó de nuestros antepasados comunes; han seguido

demasiado lejos su modelo especial. Del mismo modo, los hombres pueden mejorar su capacidad de raciocinio, de visión, de imaginación, de habilidad (lo que queramos definir como su inteligencia consciente), sus propias características como una especie; pueden mejorar todo eso a través de un millón de años de lenta evolución, pero aun así seguirían siendo hombres, ¿no es cierto? Un modelo posterior, pero seguirían siendo hombres.

»Ahora bien, el verdadero ser superior... —elevó su copa de vino, mirándola al trasluz—. Especulemos en voz alta. ¿Qué es, en definitiva, la superioridad, en un sentido biológico? ¿No es una habilidad..., un modo de comportamiento que permite a la especie adaptarse más efectivamente al medio ambiente?

»Está bien. Preguntémonos, entonces, qué modos de comportamiento existen. El más simple de todos, practicado por los organismos unicelulares, al igual que por organismos superiores, como el girasol, es el tropismo. Una simple respuesta química a una serie de estímulos fijos. Los reflejos ya son algo más complicado y adaptable. Ésa es la característica del modo de comportamiento de los insectos. Después se llega a los verdaderos instintos: modelos de comportamiento heredado, pero generalizado, flexible y modificable. Finalmente, en los mamíferos superiores, se alcanza un cierto grado de inteligencia consciente. El hombre, desde luego, ha convertido esta característica en su fuerza particular. Él también posee bastante instinto, algunos reflejos y quizá unos pocos tropismos. Sin embargo, es su capacidad para razonar lo que le ha llevado tan lejos como ha llegado sobre este planeta.

»Para superarnos a nosotros, ¿debería un ser superior desarrollar una humanidad extrahumana? ¿No debería poseer, más bien, una módica capacidad de razonamiento en comparación con nuestros niveles, unos instintos muy débiles y ninguna clase de tropismos? Pero su especialidad, su modo característico, sería algo que no podemos imaginar. Podemos tener una ligera noción de ello, del mismo modo que los perros y los monos tienen una ligera capacidad de razonamiento lógico. Pero no podemos imaginar que el desarrollo de un perro le lleve, con el tiempo, a poder seguir las ecuaciones de Einstein.

—¿Cuál podría ser esa habilidad? —preguntó su esposa.

—¿Quién lo sabe? —contestó él, encogiéndose de hombros—. Lo más probable es que se encuentre en el campo de las percepciones extrasensoriales... Estoy volviendo a dejarme llevar por mi tema favorito. Sin embargo, ¡qué demonios!, estoy empezando a obtener resultados reproducibles. Sea lo que fuere, se tratará de algo mucho más poderoso que la lógica o la imaginación. Y para nosotros resulta tan inútil especular al respecto como lo podría ser para el perro hacerlo con respecto a las ecuaciones de Einstein.

—¿Crees realmente que existen esos seres superiores? —preguntó ella, que ya casi había llegado al convencimiento que podía esperar cualquier hipótesis de él.

—¡Oh, no! —exclamó él, echándose a reír—. Sólo estoy siguiendo un juego con mis ideas. Del mismo modo que podría hacer tu gato con una madeja de lana... Pero suponte que existe un ser superior... ¿Acaso los ratones saben que existe el hombre? Todo lo que sabe un ratón es que el mundo contiene cosas buenas, como casas y queso, y cosas malas, como trampas y ratoneras, sin que exista ningún modelo ordenado al que le puedan adaptar sus instintos. Desde luego, ve a los hombres, pero, ¿cómo puede saber que son un orden diferente de vida, responsable de todas las cosas extrañas que suceden en su mundo? Del mismo modo, podemos haber coexistido con seres superiores durante millones de años, sin haberlo sabido nunca. La parte de estos seres que podamos detectar puede ser una característica aceptada de nuestro universo, como por ejemplo el campo magnético de la Tierra; o una característica inexplicable para nosotros, como las luces ocasionales que aparecen en el cielo; o puede tratarse de algo indetectable. Sus actividades nunca nos afectarán, excepto de vez en cuando y por el más puro accidente..., y en tal caso nos encontramos con otro «milagro» para el que la ciencia no encuentra explicación.

Ella sonrió, disfrutando del placer que sentía su esposo.

—¿De dónde vienen entonces esos seres? ¿De otro planeta?

—Lo dudo. Probablemente habrán evolucionado aquí mismo, junto a nosotros. Toda la vida que existe sobre la Tierra tiene un linaje igualmente antiguo. No tengo ni idea de cuál puede haber sido el antepasado común del hombre y del ser superior. Quizá en un momento tan reciente como puede ser el de la aparición del hombre-mono en el Plioceno, o quizá en un momento tan alejado como durante la existencia de algún anfibio en el Carbonífero. Nosotros seguimos un camino, y ellos siguieron otro, y las líneas nunca se encontrarán.

—Espero que no. En tal caso, no tendríamos mayores oportunidades que el ratón, ¿no es cierto?

—No lo sé. Pero, sin duda alguna, sería mejor que cultiváramos nuestro propio jardín.

Lo que, a pesar de todo, él no había hecho. No estaba seguro de cómo había tropezado y penetrado en aquel plano de la existencia del ser superior; o, más bien, de cómo su mente, o su rudimentaria percepción extrasensorial, o lo que sea, había comenzado de repente a reaccionar al modo de comportamiento de esa raza. Sólo sabía, con esa seguridad que proporciona la experiencia inmediata, que había sucedido.

Su mente lógica, que aún no había quedado afectada, buscaba, de una forma distante y soñadora, una explicación lógica. Difícilmente podía hacer responsable de todo al amplificador. Pero quizá el recuerdo de sus ideas especulativas habían proporcionado el necesario impulso adicional. ¿Podía ser así? Si era así, su destino se convertiría en un accidente muy improbable. Otros hombres podrían seguir adelante y estudiar los fenómenos de percepción extrasensorial tanto como quisieran, aprender mucho y utilizar sus conocimientos, todo dentro de una perfecta seguridad, sin tener la mínima sospecha respecto a que en un nivel superior a esos fenómenos, los seres superiores llevaban a cabo sus inconcebibles designios.

Él, sin embargo, se encontraba sumergido en un océano gris, dentro de un mundo gris. Que le dejaran así. Nunca había imaginado tanta paz, ni las mareas, ni el suave beso de las algas marinas. Y en cuanto a las tormentas de luz, se podría ocultar cuando comenzaran. Se dirigió hacia abajo, en un pozo verde de silencio, cuya parte superior estaba brillante a causa de ligeros fragmentos; más abajo, el pozo se oscurecía, la luz que había sobre él se convertía en una pequeña mancha (si es que eso significaba algo aquí, donde no había peso, ni corporeidad, ni fuerza o corriente o persecución), y entonces, la oscuridad le rodeó por completo. En el fondo, siempre era de noche.

Permaneció echado sobre el cieno del fondo, que estaba frío, aunque el agua permanecía cálida; se envolvió con la querida oscuridad que le rodeaba como si se tratara de una segunda piel, cerró los párpados que tenía para protegerse de la luz del día; podía probar la sal y sentir la marea pasando a través de sus moléculas. Sobre él, muy por encima, pasaban las nubes, la tormenta se extendía de un horizonte a otro y el cielo era como un único brillo de grandes relámpagos; el viento soplaba con fuerza, elevando las crestas de las olas que se llenaban de espuma y enredaban y conmocionaban los huesos del mundo. Incluso aquí abajo, en las profundidades...

¡No! ¡Qué tormenta debía ser! Se sintió invadido por el miedo. No quería recordar los relámpagos, que se abrían paso a través del cielo y chisporroteaban como escamas moviéndose rápidamente. Se enterró en el cieno hasta que tocó el lecho de roca y..., y..., y lo sintió estremecerse.

Ni siquiera la tormenta podía ser tan terrible como la profunda vibración del terremoto. Lanzó un gemido sin voz y volvió a subir. Los otros nadaron a su alrededor, expulsados de sus grutas por la creciente violencia. Los dientes hicieron presa en él; los ojos sin párpados

brillaban como globos sombríos. Alguien había sido desgarrado; notó el sabor de la sangre en las aguas.

Un estruendo y después otro le atravesaron, tan profundamente como la propia marea de momentos antes, pero arañándole y rascándole. Cepilló la superficie. La lluvia y el viento le azotaron. Revolcándose sobre la plegada cresta de una ola, miró directamente hacia el relámpago. La tormenta llenó su cráneo.

Un ruido más profundo respondió. A través de muchos kilómetros de extensión vio cómo la montaña se elevaba, surgiendo de las aguas. Se elevó negra y enorme; el agua bajaba a cascadas por sus flancos; el fuego y el azufre hervían desde su cuello. La conmoción fue seguida por otra, que le llevaba y le traía de un lado a otro, hacia arriba y hacia abajo. Sintió, más que vio, cómo todo el fondo del mar se elevaba bajo él.

Se movió atropelladamente en la espuma y huyó, buscando las profundidades, buscando un lugar desde donde no pudiera ver la montaña. Su cumbre ya había atravesado las nubes. En el cielo, herido de ese modo, las estrellas brillaban horriblemente.

En alguna parte, a través de las explosiones, pensó que tenía que poder liberarse. Seguramente, ahora todo el océano estaba convulsionado. Pero un picacho de basalto le golpeó desde abajo. El agua chorreaba por sus agallas; sintió vértigo y náuseas. Elevado hacia el aire desnudo, sintió cómo se marchitaban las delicadas membranas de sus agallas y lanzó una boqueada, aspirando, y algo le quemó, bajándole por el cuello y los pulmones y llegando hasta sus células más ocultas. El risco negro continuaba elevándose. No tardaría en ser una parte más de la ladera de la montaña. Se extendió, balanceándose, utilizando toda su fuerza, y se deslizó por la roca, volviendo hacia el mar. Pero una ola le agarró entre sus blancos dientes y le sacudió.

Apartó la mano de su hombro.

—Está bien, está bien, está bien —musitó—. Déjeme en paz solo.

—Ya le dije que era la hora de cerrar —dijo el cantinero—. ¿Es que está sordo? Tengo que cerrar el local.

—Déjeme en paz —se cubrió los oídos para protegerse de aquellos gritos.

—No me haga llamar a un policía. Váyase a casa, señor. Parece como si necesitara toda una noche de descanso.

El cantinero era delgado pero experto. Aplicó su fuerza en los lugares correctos, levantó a su cliente y lo arrastró sobre el piso, sujetándole.

—Ahora se marcha a casita. Buenas noches. Ya sabe, es hora de cerrar.

La puerta se cerró, como negando así la existencia del cantinero. En la calle, había otras personas huecas, algunas yendo a tomar café, otras subiendo al autobús, y otras esperándolo en la acera opuesta.

Mi autobús, pensó. *El que puede o no puede ir más allá de la calle Siete*. El pensamiento era irreal. Todo pensamiento lo era. La realidad consistía en una montaña negra que se elevaba y se elevaba, mientras él mismo se encontraba atrapado en un charco, en la cuesta, donde le había dejado la ola, respirando un aire denso, azotado por la lluvia, ensordecido por el viento y la tormenta, y elevado hacia las terribles estrellas.

Se acurrucó, sintiéndose muy desdichado; imploró el regreso del océano, pero al mismo tiempo siseó al fuego y al viento y al humo sulfuroso: *Si ustedes no me dejan ir, los destruiré. ¡Lo verán!*

La costumbre le hizo cruzar la calle y dirigirse hacia la parada del autobús. Se detuvo frente a las puertas. ¿Qué estaba haciendo él allí? Aquella cosa no era más que una caja metálica. No, no tenía que entrar en aquella caja. La gente hueca estaba sentada allí, en fila, esperándole a él. Pero él tenía que desgarrar la montaña.

¿Qué montaña?

En la parte pensante de sí mismo, sabía que en algún lugar en el espacio y el tiempo había una existencia que no era toda daño y odio. Ahora, la noche era muy ruidosa, bajo las estrellas invernales, para que él regresara allá. Tenía que empujar la montaña hacia abajo, para poder volver así al océano... Pero sus facultades lógicas giraban libremente, bajando y bajando, por un camino hiperbólico. Ellos consideraron la abstracta e irreal posibilidad que él no estuviera hueco si volviera a ser humano de nuevo. Y entonces sería feliz, aunque en aquellos momentos no deseaba ser humano; lo que quería era aplastar la montaña y volver a entrar en el mar. Pero como ejercicio lógico, para que la parte no utilizada de su cerebro pasara el tiempo: ¿por qué había sufrido y luchado y sido cazado desde el instante en que quedó sensibilizado a..., a un modo superior de comportamiento?

Ahora ya no podía comprender la situación con su razonamiento, del mismo modo que un perro no podía utilizar su instinto para desentrañar la maquinaria de aquel autobús y comprender el porqué de su existencia. (No, no entraría en aquella caja. No sabía por qué sólo sabía que la caja estaba vacía y le esperaba. Pero ahora estaba seguro que se dirigía a la calle Siete.) A pesar de todo, la razón era absolutamente inútil. Las actividades del ser superior serían incomprensibles para él durante toda la eternidad, aunque podría describir su tendencia general. Violencia, crueldad, destrucción. ¡Y aquello no tenía ningún sentido! No puede sobrevivir ninguna especie que utilice sus poderes únicamente para tales propósitos.

En consecuencia, el ser superior no podría. La mayor parte del tiempo ¿él/ella/ello? únicamente se limitaba a ser superior y, como tal, se encontraba completamente por encima de la percepción humana. Sin embargo, ocasionalmente había conflicto. Por analogía, el género humano —todos los animales— se comportan constructivamente en su conjunto, aunque en ocasiones se enzarzan en luchas. ¿Y el ser superior? Bueno, desde luego, los seres superiores no tenían guerras en el sentido humano de la palabra. Pero no valía la pena especular sobre lo que tenían o no tenían. En cualquier caso, serían conflictos de algún tipo; conflictos en los que algo se decidiría no por medio de la razón y del compromiso, sino por medio de la fuerza. Y la fuerza empleada era de una naturaleza extrasensorial (aunque sólo fuera para darle un nombre).

Un ratón sería incapaz de comprender el arte y la ciencia humanas. En cierto sentido, ni siquiera era capaz de verlas. Pero un ratón podría verse afectado por la más cruda y más animal manifestación del comportamiento humano: el combate físico. Para el ratón, no existía ningún teorema matemático. Pero una bala sí podía llegar a existir.

Nuevamente por analogía, él, el ser humano, era como un ratón que se había metido en un campo de batalla. Por algún accidente, había sido sensibilizado al modo más inferior del comportamiento del ser superior y, en consecuencia, estaba siendo afectado; había sido atrapado en medio de las fuerzas opuestas de una lucha a muerte.

No es que estuviera experimentando directamente lo que el ser superior estaba realizando en aquellos momentos. Todo lo que había sucedido no eran más que las fuerzas, las corrientes, tal y como él las sentía. Buscando frenéticamente un equilibrio, su mente interpretó aquellos estímulos antinaturales en los términos humanos que halló más a mano.

Pensó que sus sensaciones deberían estar reflejando débilmente el curso de la batalla. Una parte o entidad o..., Aleph..., había elevado una mano y, en cierto sentido, había perseguido al otro hasta que aquél encontró un refugio momentáneo. Entonces, Zayin tuvo un momento de respiro hasta que Aleph le volvió a encontrar, le volvió a perseguir. Acosado, Zayin luchó tan fieramente que Aleph tuvo entonces que retirarse. Ahora, habiéndose recuperado durante la tregua que siguió, Zayin estaba reanudando la batalla... Pero nada de esto representaba ninguna diferencia. Los hechos de los seres superiores eran, en sí mismos, irrelevantes para el *homo sapiens*. Él únicamente era el ratón situado por casualidad en medio del campo de batalla, nada más.

Con un poco de suerte, un ratón podía escapar del fuego y las explosiones antes que éstas le destrozaran. Un hombre también podría escapar de este otro conflicto antes que quemara su mente: desensibilizándose a sí mismo, dejando de percibir las trascendentales energías que le rodeaban, del mismo modo que uno puede protegerse contra una luz demasiado brillante por el simple procedimiento de cerrar los ojos. Pero, ¿cuál era el método de desensibilización?

Las nubes siguieron desgajándose y pudo ver la luna volando entre las estrellas. Su luz era tan fría como el viento. Su carne se estremeció de dolor ante el frío y las sacudidas del terremoto. Pero el océano no estaba muy lejos, blanco bajo la luz de la luna. Sintió un impacto que reverberaba en toda la montaña. Empezó a arrastrarse desde la charca donde se encontraba.

¿Cómo puedo salir de aquí?

—¡Eh, señor! ¿Va usted a subir a este autobús o no?

Las corrientes me llevaron primero en una dirección y después en otra. Hacia las profundidades del mar, y después hacia las estrellas. Vaya hacia adelante o hacia atrás, iré hacia el océano, o hacia el cielo. Estoy todavía dentro de las corrientes.

Un relámpago quemó sus ojos. Sintió la tormenta en sus huesos. Pero ahora, en su interior dominaba el odio: contra la montaña que había arruinado su océano, y contra el océano que le había subido a la montaña. *Los destruiré a todos*.

Y entonces se sintió invadido por el miedo porque, a través del ruido y de los gigantescos relámpagos blancos, se escuchó a sí mismo, preguntando:

—¿Va usted a la calle Siete?

—Sí —contestó el conductor a través de años luz de distancia—, ése es el final de mi recorrido. Vamos, suba; tengo que cumplir un horario.

—No...

Gimió, tropezando hacia atrás, hacia el océano. Sus dientes castañeteaban de frío. Las olas se retiraron de él. *No voy a ir en una caja a la calle Siete*.

—Entonces, ¿dónde diablos quiere ir? —preguntó el conductor con tono sarcástico.

—¿Ir? —preguntó estúpidamente—. ¿Cómo...? A casa, claro.

Por favor, le dijo a la ola. Pero la marea continuó descendiendo, alejándose de él y produciendo un monstruoso retumbar hueco. Se volvió, mirando la montaña, sobre cuya cumbre se extendían las llamas. *Muy bien*, dijo su odio. Y empezó a subir por las húmedas rocas negras. *Está bien, si no me dices el camino de regreso a casa, subiré hasta tu cumbre.*

Pero tú ya sabes el camino de regreso a casa, le dijo su facultad humana lógica.

¿Qué? Se detuvo. El viento ululaba y le azotaba. Si no seguía moviéndose, se quedaría helado.

Claro. Considera el esquema. Adelante o hacia atrás, aún sigues moviéndote dentro de las corrientes. Pero si te quedas quieto...

¡No!, gritó, y en su temor se levantó y extendió los brazos, aferrándose a las estrellas para no caer.

No tardará mucho.

¡Oh, Dios, no! Tengo demasiado miedo. Ningún hombre debería pasar dos veces por esto.

El frío y los relámpagos y el terremoto le zarandeaban. Se encogió de terror sobre la playa, bajo la montaña, demasiado asustado para odiar. *No, tengo que subir. No puedo quedarme aquí*.

El conductor del autobús lanzó un gruñido y le cerró la puerta en las narices.

Nunca supo de dónde le surgió el valor. Por un instante fue capaz de recordar los ojos de su esposa, dándose cuenta que ella le estaba esperando. Levantó la mano y llamó a la puerta. El conductor volvió a gruñir.

Si se marcha y me deja..., si tarda medio minuto en dejarme subir... Nunca lo conseguiré. Nunca podré hacerlo.

La puerta volvió a abrirse.

Reunió las últimas energías que le quedaban, subió el escalón y se encontró en la plataforma.

Algo le agarró. El viento se introdujo entre sus costillas y el relámpago le alcanzó. Nunca había concebido que pudiera existir tanto dolor. Abrió la boca para lanzar un grito.

¡No! Eso es parte del esquema. No lo hagas.

De algún modo, se las arregló para mantenerse en silencio, sujetándose bien a medida que el autobús emprendía su camino y hendía las galaxias. Las rocas de la ladera de la montaña, sacudidas por el terremoto, caían rodando junto a él, amenazando con echarle hacia atrás. Plantó firmemente los pies sobre el suelo y dijo:

—A la calle Siete.

El mundo se alejó de él, como el agua por un sumidero.

A medida que la negrura se desvanecía de nuevo, se encontró a sí mismo arrellanado en uno de los asientos alargados del frente.

—Oiga —dijo el conductor—, borracho o no, pagará usted el billete, ¿de acuerdo? No quiero ningún problema. Simplemente, págueme el billete.

Aspiró ávidamente una bocanada de aire en sus hambrientos pulmones. El autobús era ruidoso y un hedor salía del motor; personas que parecían cansadas se doblaban en sus asientos, bajo anuncios de colores inverosímiles. A ambos lados del vehículo podía ver las iluminadas ventanas de las casas.

¡Qué tranquila era la noche!

—¿Cuánto vale el billete? —preguntó.

Esto es ridículo, le advirtió su mente lógica con sequedad, pero no con demasiado enojo. Después de todo, el resto de él se estuvo portando bien cuando llegó la crisis. *He recorrido este trayecto cientos de veces. Pero no puedo recordar el precio del billete. Se siente uno tan nuevo al volver a ser humano*.

—Dos monedas.

—¡Oh! ¿Eso es todo? Hubiera pagado más.

Sentía las rodillas muy débiles, pero se las arregló para levantarse y encontrar una moneda de veinticinco centavos. Sonó en la caja con un ruido cuya claridad metálica saboreó con deleite.

Sintiendo quizá una cierta simpatía, o impulsado quizá por un sentido del deber, el conductor le preguntó:

—¿Dijo usted que iba a la calle Siete?

—No —contestó él, volviendo a sentarse—. Después de todo, no iré allí esta noche. Mi casa no está tan lejos.

ALGO EXTRAÑO

KINGSLEY AMIS

Kingsley Amis pertenece a la generación británica de los «jóvenes airados», y en el campo de la ciencia ficción se le conoce sobre todo por su ensayo New Maps of Hell *y su asidua labor como crítico. Aunque no por ello hay que dejar de lado su aportación narrativa al género, de la que aquí tenemos una inquietante muestra.*

* * *

Algo extraño ocurría todos los días. Podía suceder durante la mañana, mientras los dos hombres realizaban sus lecturas y observaciones y las dos mujeres se ocupaban de la rutina doméstica. Los grandes rostros habían aparecido durante la mañana. O, como sucedió con los rostros pequeños y con los fuegos de colores, lo extraño podía suceder durante la tarde, cuando Bruno se encontraba en plena tarea de mantenimiento, Clovis transmitía a la base, Lia cuidaba el jardín y Myri trabajaba en la novela. En la mayor parte de los casos, las últimas horas de la tarde pasaban con tranquilidad, aunque eso ya no sucedía con tanta frecuencia cuando se trataba de la noche.

Todos ellos comprendían que las expresiones ordinarias y temporales no tenían ningún significado para personas que, como ellas, estaban confinadas indefinidamente en una inmóvil esfera de acero suspendida en una región del espacio tan vacía que la luz de la estrella más próxima tardaba varios cientos de años en llegar hasta ellos. Sin embargo, las órdenes emitidas desde la base recomendaban que adoptaran una unidad de tiempo de veinticuatro horas, como era usual en la Tierra, que no habían visto desde hacía varios meses. Esta disposición les venía muy bien: su trabajo y sus períodos de distracción y de descanso parecían adaptarse con toda naturalidad a estas unidades de tiempo. Sin embargo, la perspectiva de pasarse año tras año con la misma rutina, extendiéndose hacia el futuro que podían prever, era una fuente de tensión.

Bruno lo comentó así con Clovis después de una mañana en la que estuvieran reparando un fallo en el analizador del espectro, que utilizaban para investigar y clasificar las estrellas cercanas. Estaban sentados en la portilla principal de observación del salón, tomando el cóctel del mediodía y esperando a que las mujeres se les unieran.

—Creo que lo hemos resistido extremadamente bien —dijo Clovis, contestando a Bruno—. Quizá demasiado bien.

Bruno elevó un poco su rechoncha figura.

—¿A qué te refieres?

—A que podemos estar dificultando nuestras posibilidades de ser relevados.

—La base nunca ha dicho una sola palabra sobre nuestro relevo.

—Exactamente. Teniendo que cubrir el personal de medio millón de estaciones, pasará mucho tiempo antes que se preocupen por una como ésta, donde todo funciona bien. Tú y yo formamos un equipo perfecto, y tú tienes a Lia y yo tengo a Myri, y ellas dos se llevan muy bien... No hay ningún conflicto. Por lo tanto, no existe razón alguna para un relevo.

Myri había escuchado todo esto desde el hueco donde estaba poniendo la mesa. Se preguntó cómo Clovis no había notado que Bruno la deseaba a ella, en lugar de a Lia, o quizá al mismo tiempo que a Lia. Si Clovis lo sabía y estaba atormentando a Bruno, al final la situación sería bastante penosa, porque Bruno no era un hombre agradable. Con su grueso cuello y su rostro carnoso y pálido, no sería muy agradable estar con él, al contrario de Clovis, quien no era más alto, pero cuyo cuerpo erguido y duro y su piel suave le resultaban atractivos. Él no podía pensar tan bien como Bruno, pero, por otra parte, muchas de las cosas que pensaba Bruno no resultaban muy agradables. Se sirvió una copa y se dirigió a su encuentro.

Bruno había dicho algo sobre la lástima que era no poder falsificar su informe personal inventándose unas pocas disputas, y Clovis admitió inmediatamente que aquello era imposible. Ella le besó y se sentó a su lado.

—¿Qué te parece la idea de ser relevados? —le preguntó a ella.

—Nunca he pensado en eso.

—Muy correcto —dijo Bruno, con una mueca—. Lo estás haciendo muy bien aquí. De hecho, bastante bien.

—¿Adónde quieres ir a parar? —le preguntó Clovis con una expresión diferente en su rostro.

—Ésta no es una vida muy completa, ¿verdad? Para ninguno de nosotros. De todos modos, creo que podría continuar, con algún cambio. Una clase de trabajo diferente, algo que no sea comprobar, utilizar y reparar aparatos. Parece que tenemos una gran cantidad de cosas por reparar, ¿no es así? Ese analizador se estropea casi diariamente. Y sin embargo...

Calló y miró por la trampilla, como para estar seguro que todo lo que había tras ella era el familiar paisaje de estrellas, lleno de puntos y manchas de luz.

—Y sin embargo, ¿qué? —preguntó Clovis, algo irritado en esta ocasión.

—Estaba pensando que, en el fondo, deberíamos sentirnos agradecidos por tener muchas cosas que hacer. Está el trabajo rutinario, y las frutas y legumbres que hay que cuidar, y la narración de Myri... Y, a propósito, ¿qué tal va? ¿No nos quieres leer algo? ¿Quizá esta noche?

—No lo haré hasta que no esté acabada, sí no te importa.

—¡Oh, claro que me importa! Una parte de nuestras obligaciones consisten en entretenernos los unos a los otros. Y yo estoy muy interesado en esa narración.

—¿Por qué?

—Porque eres una mujer muy interesante. Ojos castaños muy grandes y una piel saludable y brillante... ¿Cómo te las arreglas para conservarla así después de todo este tiempo en el espacio? Y tienes más energía que cualquiera de nosotros.

Myri no dijo nada. Bruno era muy bueno para hacer observaciones a las que no se podía contestar nada.

—¿Qué ocurre con esa narración tuya? —insistió—. Al menos podrás decirnos de qué se trata.

—Ya te lo he dicho. Trata sobre la vida normal. La vida en la Tierra antes que existieran las estaciones espaciales; grandes cantidades de gente haciendo cosas diferentes, y no ésta...

—Esto es una vida normal, ¿no? Gente diferente haciendo cosas diferentes. No puedo esperar a saber qué son esas cosas. ¿Quién es el héroe, Myri? ¿Nuestro querido Clovis?

Myri posó su mano sobre el hombro de Clovis.

—No sigas, Bruno, por favor. Volvamos a la cuestión de la rutina, si quieres. No puedo comprender por qué dejaste olvidada la parte más importante de todo, la parte que nos mantiene a todos más ocupados.

—¡Ah! ¿Te refieres a esos extraños sucesos? —Bruno ladeó la cabeza en un gesto característico, con una expresión medio sonriente, medio nerviosa—. ¿Y a las horas que hemos pasado discutiéndolos? ¡Oh, claro! ¿Cómo se me habrá podido olvidar mencionarlo?

—Si aún te queda algo de buen sentido, será mejor que no lo menciones —espetó Clovis—. Todos nosotros estamos hartos del maldito asunto.

—Puede que lo estés tú, pero yo no. Quiero discutirlo. Y lo mismo le ocurre a Myri, ¿no es cierto, Myri?

—Creo que ya es hora que hagamos otro intento para encontrar alguna explicación —dijo Myri.

Era una de las muchas ocasiones en que Bruno, sin ser agradable, tenía razón.

—¡Oh, no empecemos con eso de nuevo! —exclamó Clovis, levantándose y dirigiéndose hacia la mesa donde estaban las bebidas—. ¡Eh, hola, Lia! —saludó a la delgada y alta mujer que acababa de entrar con una bandeja llena de platos fríos—. Déjame que te prepare una bebida. Bruno y Myri se están poniendo filosóficos..., buscando explicaciones. ¿Qué piensas tú? Te diré lo que pienso yo. Creo que ya estamos haciendo bastante. Creo que el encontrar explicaciones es una tarea de la base.

—También podemos hacerla nuestra —observó Bruno—. ¿Estás de acuerdo, Lia?

—Claro —contestó Lia con aquella voz profunda que a Miry le parecía que contenía mucha más firmeza e individualidad en su tono que cualquiera de las palabras o acciones de su dueña.

—Muy bien, Clovis. Puedes mantenerte al margen de esto si quieres. Empecemos por el hecho que lo que vemos y oímos no son necesariamente ilusiones, aunque pueden serlo.

—Sabemos que aunque sean ilusiones, no es algo que nos ocurra sólo a nosotros, por lo que se desprende de los informes de la base sobre lo que sucede en otras estaciones.

—Correcto, Myri. En cualquier caso, sean ilusiones o no, están siendo dirigidas hacia nosotros por una inteligencia y con un propósito.

—Eso no lo sabemos —objetó Myri—. Puede tratarse de fenómenos naturales, o bien de los subproductos de alguna actividad inteligente que no son necesariamente dirigidos hacia nosotros.

—Nuevamente correcto, pero reservemos para más tarde esas posibilidades algo menos probables. Ahora, como ejemplo, consideremos los extraños sucesos de la semana pasada. Trataré la cuestión de modo que no pueda surgir ninguna disputa al respecto.

—Quisiera que dejaran esa conversación —dijo Clovis cuando Bruno se dirigió hacia la sala de aparatos—. Es una pérdida de tiempo.

—El tiempo es precisamente lo único que no nos falta.

—Pues a mí me falta de todo —observó él, tocándose el muslo—. Ven un rato conmigo.

—Después.

—Lia siempre se marcha con Bruno cuando él se lo pide.

—¡Oh, sí! Pero eso es asunto mío —dijo Lia—. Ahora, ella no quiere. Será mejor que esperes hasta que lo desee.

—No me gusta esperar.

—El esperar puede hacerlo mejor.

—Aquí estamos —dijo Bruno con brusquedad, regresando—. Correcto... Lunes. *Durante unos pocos segundos, la esfera se vio envuelta en una espesa sustancia vaporosa de color marrón. Las pruebas realizadas revelaron que era impermeable al mismo tiempo que infinitamente densa. El equipo no sugirió tomar ninguna medida al respecto. La sustancia desapareció después de tres horas y once minutos*. Lo que resulta más interesante de todo esto es la cuestión del *infinitamente densa*. Tuvo que haberse tratado de una ilusión, o algo tendría que haber sucedido a todas las otras estaciones al mismo tiempo, por no hablar de las estrellas y planetas. Se trata, entonces, de una ilusión total o parcial. ¿Están de acuerdo conmigo?

—Continúa.

—Martes. *Objeto metálico de un tamaño comparable al de la esfera, aproximándose en curso de colisión a una velocidad de 500 kilómetros por segundo. No se dispone de contramedidas. El objeto apareció instantáneamente a 35 millones de kilómetros de distancia, y desapareció instantáneamente a 1.500 kilómetros*. ¿Qué me dicen de eso?

—Algo similar ya nos había ocurrido antes —observó Lia—. Sólo que en esta ocasión fue cuando más tiempo tardó en aproximarse y cuando más cerca llegó de nosotros antes de desaparecer.

—Algo difícil de comprender, o bien una ilusión —sugirió Myri.

—Sí, creo que eso es lo mejor que podemos decir por el momento. Miércoles: algo muy trivial, que ni siquiera vale la pena discutir. *Un ser cuya estructura parecía ser completamente ósea, se aproximó a la portilla principal e hizo unos movimientos, como llamándonos por señas*. Quien lo haya hecho, no es muy imaginativo. Jueves. *Todos los cuerpos externos a la esfera se desvanecieron simultáneamente en todos los instrumentos, reapareciendo simultáneamente en todos los instrumentos dos horas más tarde*. Esto tampoco es nada nuevo. Creo recordar algo similar. ¿Ilusión? Bien. Viernes. *Unos seres parecidos a reptiles terrestres cubrieron la esfera, luchando incesantemente entre sí y comiéndose porciones de los otros. Se escucharon fuertes susurros y deslizamientos*. Los sonidos, al menos, tuvieron que haber sido una ilusión, pues ahí afuera no hay aire y nunca he oído hablar de un reptil que no respire. Lo mismo se puede aplicar al suceso de ayer. *Gritos humanos de dolor y extremado asombro aproximándose y alejándose. Ningún otro fenómeno visual o de otro tipo* —se detuvo un momento y les miró a todos—. ¿Y bien? ¿Observan alguna uniformidad?

—No —dijo Clovis comiendo la ensalada, pues ahora estaban sentados ante la mesa, comiendo—. Y desafío a cualquier mente humana a descubrirlas. Todo esto es arbitrario.

—Al contrario, el próximo suceso (si es que llega hoy), puede revelar una pauta inconfundible.

—El único en el que tenemos que concentrarnos —dijo Myri—, es en el objeto que se aproximó. ¿Por qué se desvaneció antes de chocar contra la esfera?

—Tenía que ser así, si es que se trataba de una ilusión —dijo Bruno, observándola fijamente.

—No del todo. ¿Por qué no podíamos tener la ilusión de algo que chocaba contra la esfera? ¿Y si suponemos que no es una ilusión?

—La próxima vez quizá aparezca un objeto que termine por chocar contra nosotros —dijo Lia.

—Eso sí que está bien —dijo Clovis, echándose a reír—. Me pregunto qué sucedería si ocurriera así. ¿No quedamos en que era una ilusión?

Todos se quedaron mirando a Bruno, como esperando una respuesta. Al cabo de un momento, éste dijo:

—Supongo que la esfera se hará mil pedazos y todos nosotros seremos arrojados al espacio. Simplemente, no puedo imaginarme cómo sería eso. Tendríamos que... Nunca nos volveríamos a ver, ni a nadie ni a nada más. No seríamos más que una masa insensible flotando para siempre en el espacio. Las posibilidades de...

—Sería algo que valdría la pena apartar de la conversación —dijo Clovis con un nuevo gesto de amabilidad, ahora que Bruno parecía sentirse desconcertado—. Seamos prácticos, aunque sólo sea para variar. ¿Cuánto tiempo tardarás esta tarde en llevar a cabo tus análisis? Hay una gran cantidad de material que tenemos que enviar a la base y yo no podré echarte una mano.

—Una hora, quizá, una vez haya realizado las pruebas finales.

—¿Y para qué esas pruebas? Todo estaba perfectamente esta mañana, cuando terminamos.

—Afortunadamente.

—Sí, afortunadamente. Una variable más y puede que hubiera resultado imposible para nosotros.

—Sí —confirmó Bruno con una actitud abstraída; después, se levantó tan bruscamente que los otros tres se le quedaron mirando fijamente—. Pero no lo hicimos, ¿no es cierto? No hubo ninguna otra variable, ¿verdad? No sucedió, ¿lo ven? Es algo que no podemos manejar.

Nadie dijo nada.

—Perdónenme. Tengo que quedarme solo.

—Si Bruno continúa así —dijo Clovis, dirigiéndose a las dos mujeres—, la base nos tendrá que enviar el relevo antes de lo que pensábamos.

Myri trató de apartar de su mente el pensamiento de la extraña conducta de Bruno cuando, media hora más tarde estaba sentada, dispuesta a trabajar en la redacción de su relato. La expresión del rostro de Bruno cuando abandonó la mesa fue algo que ella no podía clasificar. ¿Excitación? ¿Disgusto? ¿Sorpresa? Esto último era quizá lo más cercano... Sí, una especie de persistente sorpresa. Bueno, estaba segura que, tratándose de Bruno, intentaría explicarlo aquella noche, durante la cena. Desearía que fuera más agradable, porque era un hombre capaz de pensar muy bien.

Finalmente, desembarazándose de la imagen del rostro de Bruno, empezó a leer la página del manuscrito en la que había estado trabajando cuando las pantallas la interrumpieron la tarde anterior. Formaba parte de una escena algo difícil en la que una mujer se encuentra por casualidad con un hombre con el que ha estado diez años antes, con la complicación adicional que ella se encontraba en compañía del hombre con quien está ahora. La escena se desarrollaba en el restaurante de una gran ciudad.

—¡Váyase! —dijo Volsci—. O tendré que pegarle.

Norbu sonrió de un modo no muy agradable.

—¿Y de qué serviría eso? Le gusto a Irmy más que usted. Es usted más agradable, sin duda alguna, pero yo le gusto más. Me recuerda con mayor claridad poseyéndola hace diez años, que a usted la pasada noche. Soy muy bueno pensando, y eso es mucho mejor que ser agradable.

—Ella está comiendo conmigo —dijo Volsci, señalando la comida fría y las bebidas que había frente a ellos—. ¿No es cierto, Irmy?

—Sí, Irmy —dijo Norbu—. Tienes que elegir. Si no puedes permitir que los dos te poseamos, tienes que decir quién de los dos te gusta más.

Irmy miró a uno y a otro. Había tanta diferencia entre ambos que difícilmente podía empezar a tomar su decisión; uno era muy agradable; el otro algo rechoncho. Decidió que ser agradable era mucho mejor. Era algo mucho más importante y significativo..., mejor en todos los sentidos que configuraban una verdadera diferencia.

—Me quedaré con Volsci —dijo al final.

Norbu pareció sorprendido y apenado.

—Creo que estás equivocada.

—Ahora ya se puede usted marchar —dijo Volsci—. Ella le estará esperando.

—Sí —admitió Norbu, cuya expresión parecía ahora extremadamente apenada.

Irmy también se sentía apenada.

—Adiós, Norbu —dijo ella.

Myri sonrió para sí misma. Estaba bien, incluso mejor de lo que recordaba... No había motivo alguno para ser modesta consigo misma. Tenía que ser una verdadera escritora, a pesar de las chanzas de Bruno; de otro modo, ¿cómo habría podido inventarse estos personajes, tan desiguales a todos los que ella conocía, colocándolos después en una situación que se hallaba tan completamente alejada de su propia experiencia? Lo único de lo que no se sentía segura era si había acentuado demasiado o no la parte sentimental o la relacionada con ella. Quizás *extremadamente apenada*, refiriéndose a la expresión, era algo pesado; sustituyó las palabras por *más apenada que antes*. Excelente: ahora se notaba el toque justo de restricción en medio de todo el sentimiento. Decidió que podría terminar la escena con unas pocas líneas más.

—Probablemente, le veré en algún cóctel —dijo Volsci.

Terminó de escribir la frase cuando sonó el zumbador en su puerta. Levantó la mirada, frunciendo el ceño. Cruzó su pequeña habitación en forma de cuña —la pared trasera era parte de la pared exterior de la esfera, aunque no tenía portilla—, abrió la cerradura y se encontró a Bruno en el umbral. Estaba respirando con rapidez, como si hubiera estado corriendo o levantando un peso muy pesado, y observó con disgusto que había gotas de sudor sobre su gruesa piel. Él pasó junto a su lado, y se sentó sobre la cama, con la boca abierta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Myri, disgustada.

Estaba previsto que la tarde fuera tiempo privado, a menos que se hubiera convenido algún otro plan durante el almuerzo.

—No sé lo que ocurre. Creo que debo estar enfermo.

—¿Enfermo? Pero si no puedes estarlo. Eso únicamente le ocurre a la gente en la Tierra. En una estación, nadie se pone enfermo. La base nos dijo que las enfermedades son causadas por...

—Me parece quo no creo en algunas de las cosas que nos dice la base.

—Pero, ¿a quién podemos creer, si no creemos a la base?

Evidentemente, Bruno no escuchó su pregunta.

—Tenía que venir a verte —dijo—. Lia no es buena para esto. Por favor, déjame quedarme contigo. Tengo muchas cosas que decir.

—Es inútil, Bruno. Clovis es quien me posee. Creí haberte hecho comprender que yo no...

—No me refiero a eso —dijo con impaciencia—. Donde te necesito es en el proceso de pensamiento. Aunque eso está relacionado con lo otro, con la posesión. No espero que lo comprendas. Yo mismo, sólo acabo de empezar a darme cuenta.

Myri no podía comprender nada de sus últimas palabras.

—¿Pensamiento? Pensamiento, ¿acerca de qué?

Él se mordió un labio y cerró los ojos un instante.

—Escucha —dijo—. Fue el analizador el que puso en marcha mi mente en esta dirección. Ese instrumento se estropea casi cada día. Y la computadora, los contadores, los repeledores, las antenas exploradoras y todo el resto del equipo..., siempre se están estropeando, y lo mismo sucede con las fuentes de energía. Pero eso no sucede ni con el purificador, ni con el reconstituidor de fluido, o los crecedores de frutas y legumbres, o los calentadores, o la fuente principal de energía. ¿Por qué no?

—Bueno, porque son menos complicados. ¿Cómo se puede estropear un crecedor de frutas? Únicamente está compuesto por un tanque químico y otro tanque de agua. Ya le preguntaste a Lia sobre el particular.

—Está bien. En tal caso, intenta contestar a esto. Los extraños sucesos. Si se trata de ilusiones, ¿por qué siempre ocurren fuera de la esfera? ¿Por qué nunca sucede nada así en el interior de la esfera?

—Quizá ocurran —dijo Myri.

—No. No quiero que pueda ser así. No me gustaría. Quiero que todo lo que suceda aquí dentro sea real. ¿Eres tú real? No tengo más remedio que creer que lo eres.

—Claro que lo soy —ahora, ella se sentía muy intrigada.

—Y eso implica una diferencia, ¿no es cierto? Es muy importante que tú, y todo lo demás que existe en esta esfera, sea real. Pero dime una cosa: sean lo que sean esos sucesos, deben ser bastante poderosos si son capaces de engañar a nuestros instrumentos y a nuestros sentidos de una forma tan completa y consistente. Y, sin embargo, no pueden hacer nada..., nada que podamos reconocer como extraño, al menos dentro de esta pequeña e insignificante piel de acero que nos rodea. ¿Por qué no?

—Se puede suponer que tienen sus limitaciones, de lo cual deberíamos alegrarnos.

—Sí. Muy bien. Pasemos al siguiente punto. ¿Recuerdas la temporada que traté de permanecer sentado y despierto en la sala, después de la medianoche?

—Eso fue una estupidez. Nadie puede permanecer despierto después de la medianoche. Las órdenes estaban muy claras al respecto.

—Sí, lo estaban, ¿verdad? —Bruno pareció tratar de sonreír—. ¿Recuerdas que te dije que no podía recordar cómo es que estaba en mi cama, como siempre, cuando nos despertó la música? ¿Recuerdas aquella gran música? Y..., esto es realmente lo que persigo: ¿recuerdas cómo todos nosotros estuvimos de acuerdo durante el desayuno en admitir que la vida en el espacio tenía que habernos condicionado, hasta el punto que quedarnos dormidos a una hora determinada se había convertido en un mecanismo automático? ¿Recuerdas eso?

—Claro que lo recuerdo.

—Muy bien. Entonces, se plantean dos cuestiones. ¿Te parece eso una explicación aceptable? ¿Te parece correcta esa especie de completo autocondicionamiento en todos nosotros..., después de haber pasado unos pocos meses en el espacio?

—No me lo pareció cuando tú lo dijiste.

—Pero todos estuvimos de acuerdo en admitirlo, ¿no es cierto? Y no expresamos ninguna duda.

Myri, apoyándose contra una pared lateral, se agitó con cierto nerviosismo. Su forma de no ser agradable estaba siendo completamente nueva, una forma que la hacía desear impedirle seguir hablando, aunque se daba cuenta que Bruno estaba pensando muy bien.

—¿Cuál era tu otra pregunta, Bruno? —A ella, su propia voz le pareció poco usual.

—¡Ah! Tú también lo estás sintiendo, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Creo que lo sabrás dentro de un minuto. Veamos la otra cuestión. La noche de la gran música transcurrió ya hace tiempo, poco después que llegáramos aquí. Sin embargo, la recuerdas con claridad. Yo también. No obstante, cuando trato de recordar lo que estaba haciendo sólo un par de meses antes, en la Tierra, terminando con mi vida allí, preparándome para esto, sólo consigo una vaga impresión. Nada aparece con claridad en mi mente.

—Será porque queda todo muy alejado.

—Puede. Pero recuerdo el viaje con bastante claridad, ¿y tú?

Myri contuvo un instante la respiración. Estoy sorprendida, se dijo a sí misma. O algo similar. Sentía el modo de mirar de Bruno cuando abandonó la mesa. Ella no dijo nada.

—Lo estás sintiendo ahora mismo, ¿verdad? —La estaba observando atentamente, con sus estrechos ojos—. Déjame que intente describirlo. Una sorpresa que sigue y sigue. Perplejidad. Síntomas de esfuerzo físico, o de tensión. Y por encima de todo eso una..., una especie de incomodidad, que sólo se siente en la mente. Como cuando se aprieta un objeto agudo contra el cuerpo, sólo que esto ocurre en la mente.

—¿De qué estás hablando?

—Se trata de una dificultad de vocabulario.

En aquel momento, el altavoz situado sobre la puerta se puso en marcha con un clic, y sonó la voz de Clovis:

—Atención. Suceso extraño. Reunirse inmediatamente en la sala. Suceso extraño.

Myri y Bruno dejaron de mirarse el uno al otro y echaron a correr por el estrecho pasillo. Clovis y Lia ya estaban en la sala, mirando por la portilla.

Al parecer, y sólo a unos pocos metros de distancia del cristal acerado, e iluminadas por alguna fuente invisible de energía, había dos figuras flotantes. El detalle era excelente y desde el interior de la esfera se podía distinguir sin ninguna dificultad cada uno de los pliegues de la piel desnuda de las dos caricaturas de humanidad que se les presentaban, al

parecer para que cada uno de ellos pudiera inspeccionarla detalladamente..., una suposición confirmada por la lenta rotación de la pareja, que les permitía escudriñar cada una de sus partes. A excepción de una pequeña cantidad en la base del cráneo, las figuras no tenían pelo alguno. Los miembros eran acortados, faltándoles los estrechamientos normales en las juntas, y los vientres eran protuberantes. Una de las figuras tenía características masculinas, y la otra femeninas, aunque en ninguno de los dos casos eran completas. Desde cada una de las bocas abiertas, húmedas, sin dientes y estremecidas, surgía un grito en voz alta, claramente audible, más elevado que cualquier otro de los que habrían podido producirse en el interior de la esfera, dotados además de una gama emocional nada familiar.

—Bueno, me pregunto cuánto durará esta vez —dijo Clovis.

—¿Te parece que vale la pena intentar actuar sobre ellos con los repeledores? —preguntó Lia—. ¿Qué indica el radar? ¿Les ve?

—Iré a dar un vistazo.

Bruno se volvió, dando la espalda a la portilla, y dijo:

—No me gusta verlos.

—¿Por qué no? —Myri se dio cuenta que Bruno estaba sudando de nuevo.

—Me recuerdan algo.

—¿Qué?

—Estoy tratando de pensar.

Pero aunque Bruno siguió tratando de pensar durante el resto del día, con tan evidente seriedad que hasta el propio Clovis hizo todo lo que pudo para ayudarle con sugerencias, ni siquiera se había acercado a una solución cuando las extrañas figuras desaparecieron, como era su costumbre, cinco minutos antes de la medianoche. Y cuando, durante los dos días siguientes, Myri le mencionó la tarde de las caricaturas, Bruno mostró poco interés por ellas.

—Bruno, eres extraordinario —le dijo una noche—. ¿Qué ocurrió con aquellas extrañas sensaciones que parecías tan ansioso por querer describirme poco antes que Clovis nos llamara a la sala?

Bruno encogió sus estrechos hombros con el movimiento casi femenino con que acostumbraba a hacerlo.

—¡Oh! No sé lo que pudo pasar en mi interior —dijo—. Supongo que me sentía enojado con ese maldito analizador y por la forma en que se estropea continuamente. Desde entonces, todo parece haber ido mucho mejor.

—¿Y todos aquellos pensamientos que trataste de expresar?

—Fue una verdadera pérdida de tiempo.

—Seguramente no lo fue.

—Sí. Estoy de acuerdo con Clovis. Que la base se encargue de pensar.

Myri se sintió desilusionada. El escuchar a Bruno renunciando a la tarea de pensar parecía ser el final de algo. Esta sensación le quedó poderosamente subrayada cuando, algo después, el altavoz de la sala emitió un sonido. Sin ninguna clase de preámbulos, a excepción del sonido usual del clic, una voz extraña dijo:

—Atención, por favor. Aquí la base, llamando para intercomunicación.

Todos ellos levantaron la mirada con gran sorpresa, especialmente Clovis, quien le dijo rápidamente a Bruno:

—¿Es posible esto?

—¡Oh, claro que sí! Han estado experimentando —contestó Bruno con gran rapidez.

—Quizá resulte irónico —siguió diciendo la voz— que la primera transmisión que somos capaces de enviarles por los presentes medios, sea también la última que recibirán. Durante algún tiempo, el mantenimiento de las estaciones espaciales ha sido

antieconómico, y se acaba de tomar la decisión de no continuar su trabajo. En consecuencia, no enviarán ningún informe más, de ninguna clase, aunque pueden seguir haciéndolo si lo desean, quedando bien entendido que nadie les estará escuchando. Afortunadamente, en muchos casos ha sido posible recoger al personal de las estaciones y hacerlo regresar a la Tierra; en otros casos, sobre todo cuando se trata de tripulaciones que se encuentran en partes muy alejadas de la galaxia, se imponía una prohibitiva expedición en cuanto a tiempo y esfuerzo. Siento decirles que su estación es una de ésas. En consecuencia, nunca serán relevados de sus puestos. Aquí, todos nosotros confiamos en que ustedes responderán con dignidad y recursos a esta nueva situación.

»Antes que cortemos la comunicación definitivamente, quiero señalar una última cosa. Implica una revelación que puede ser tan mal recibida, que sólo de muy mala gana la comunico. Sin embargo, mis colegas insisten en que quienes se encuentran en su situación actual, merecen, por su propio interés, conocer toda la verdad. Debo comunicarles que, al contrario de lo que les hicimos creer, no hemos recibido informes de ninguna otra estación cuyo contenido se parezca lo más mínimo a lo que ustedes cuentan sobre los extraños sucesos de los que dicen haber sido testigos. Se consideró normal engañarles al respecto con el propósito de mantener su moral. Pero ahora ya ha pasado el momento de los engaños. Son ustedes únicos y, dentro de la variedad del género humano, ésa no es una distinción precisamente pequeña. Estén orgullosos de ella. Adiós para siempre.

Permanecieron sentados, sin hablar, hasta cinco minutos antes de la medianoche. Por mucho que lo intentó, Myri no pudo concebir su futuro, y a la mañana siguiente no tuvo mejor éxito. Nadie tuvo el tiempo libre necesario para comprender y aceptar su aislamiento permanente, porque al mediodía comenzó una nueva serie de extraños sucesos. Myri y Lia se encontraban en la cocina, preparando el almuerzo, cuando Myri, al abrir el armario donde estaban guardados los platos, se encontró con una criatura aplanada y rojiza, dotada de muchas patas y de un par de pinzas de tamaño desigual. Lanzó un jadeo, casi un grito de asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Lia mirando rápidamente y añadiendo después, en voz más alta—: ¿Está vivo?

—Se está moviendo. Llama a los hombres.

Hasta que llegaron los demás, Myri se quedó simplemente mirando aquella cosa. Descubrió que su labio inferior estaba temblando de una forma muy curiosa. Ahora *dentro*, seguía pensando. Ya no sucede fuera, sino *dentro*.

—Déjame echar un vistazo —dijo Clovis—. Ya veo. Pásame un cuchillo o algo —le dio un golpe a la criatura, produciendo un sonido seco, como si se tratara de un hueso—. Bueno, esto actúa por procedimientos táctiles, orales y visuales. Una ilusión bastante completa. Si es que se trata de eso.

—Tiene que ser así —dijo Bruno—. ¿No lo reconoces?

—Hay algo familiar en él; al menos, eso es lo que supongo.

—¿Supones? ¿Quieres decir que ya no reconoces a un cangrejo cuando lo ves?

—¡Oh, claro! —exclamó Clovis con una mirada ligeramente aborregada—. Ahora lo recuerdo. Un animal terrestre, ¿verdad? Vive en el agua. Así es que tiene que tratarse de una ilusión. Por lo que sé, los cangrejos no cruzan el espacio, y aun cuando fuera así, le habría costado su tiempo abrirse paso a través de la piel de la esfera.

Su actitud y el tono sensato de su voz ayudaron a Myri a desprenderse de su asombro, y fue ella quien sugirió que el cangrejo fuera arrojado por la rampa de desperdicios. Durante el almuerzo, dijo:

—Fue una ilusión notablemente concreta, ¿no creen? Me pregunto cómo fue proyectada.

—No vale la pena preguntarse eso —le dijo Bruno—. ¿Cómo lo vamos a poder saber? ¿Y de qué nos serviría si llegáramos a saberlo?

—El conocer la verdad tiene su valor.

—No te comprendo.

En aquel instante regresó Lia con el café.

—El cangrejo ha vuelto —dijo—. O, al menos, hay otro allí, no lo sé.

Durante el resto del día, y hasta un total de once, aparecieron más cangrejos, o simulacros de ellos, a intervalos. Según dijo Clovis, parecía como si la técnica de producir la ilusión tuviera sus limitaciones, sobre todo desde el momento en que ninguno de ellos vio materializarse a ningún cangrejo; los que iban apareciendo eran «descubiertos» bajo una cama, o tras una serie de aparatos. Por otra parte, la ilusión producida era muy vívida, según admitieron todos cuando Myri, al arrojar al octavo cangrejo por la rampa de desechos, fue mordida en un dedo, sintió dolor y le brotaron unas pocas gotas de sangre.

—Una nueva fase —dijo Clovis—. Un proceso físico ilusorio empleado en la persona de uno de nosotros. Al parecer, están mejorando.

A la mañana siguiente aparecieron los insectos. Descubrieron que la sala principal de aparatos estaba infestada con lo que, nuevamente ante la inmediata sugerencia de Bruno, fueron reconocidos como cucarachas. A la hora del almuerzo ya había mariposas y escarabajos voladores en todas las habitaciones principales, y por la noche empezó a notarse la presencia de una serie de grandes moscas. Toda su atención se concentró en evitar a estas criaturas en la medida de lo posible. Pasó el día sin que Clovis le pidiera a Myri estar con ella. Esto nunca había sucedido con anterioridad.

A la tarde del día siguiente surgió un nuevo problema cuando Lia anunció que el jardín ya no contenía ninguna fruta y ninguna verdura..., ninguna, al menos, que ella pudiera percibir con sus sentidos. Los otros tres se mostraron de acuerdo con esta apreciación. Clovis expresó con palabras las sensaciones de todos los demás cuando dijo:

—Si esto es una ilusión, debemos admitir que se trata de algo tan efectivo como la realidad, porque unas frutas y unas verduras que no se pueden encontrar, es lo mismo que decir que no existen.

Durante la cena, consumieron todos los alimentos que les quedaban. Poco después de las dos de la madrugada, Myri fue despertada por la voz de Clovis, que, a través del altavoz, decía:

—Atención todo el mundo. Suceso extraño. Reunirse inmediatamente en la sala.

Aún se dirigía hacia allí, cuando se dio cuenta de algo que se superponía al silencio al que se había acostumbrado. Era un silencio algo más profundo, como si hubiera cesado algún sonido que se encontrara en el límite de lo audible. Debajo de ella se notaban unas vibraciones poco familiares.

Clovis estaba ante la portilla, mirando a través de ella con gran interés.

—Mira eso, Myri —dijo.

A una distancia imposible de calcular, se había hecho visible una especie de luz oblonga, de aproximadamente un grado de anchura y quizá dos veces y media más alta. La luz mostraba poseer una calidad comparable a la que iluminaba el interior de la esfera. De vez en cuando parpadeaba.

—¿Qué es? —preguntó Myri.

—No lo sé. Acaba de aparecer ahí. —Entonces, debajo de ellos, el suelo se estremeció violentamente—. Eso fue lo que me despertó, uno de esos temblores. ¡Ah! Aquí estás, Bruno. ¿Qué piensas de todo esto?

Los ojos grandes de Bruno se abrieron aún más, pero no dijo nada. Un instante después llegó Lia, uniéndose al silencioso grupo que miraba por la trampilla. La esfera experimentó otra vibración. En la cocina, algo cayó al suelo y se rompió. Después, Myri dijo:

—Puedo ver lo que parecen ser unos escalones que bajan a partir de la esquina inferior de la luz. Tres o cuatro escalones, o quizá más.

Apenas había terminado de hablar cuando una sombra apareció ante ellos, proyectada por el rectángulo de luz hacia una superficie que ninguno de ellos pudo identificar. La sombra les pareció de una extraordinaria enormidad, pero quedaba fuera de toda duda que se trataba de un hombre. Un momento después, el hombre apareció a la vista, silueteado por la luz, y descendió los escalones. Al cabo de otro momento se encontraba evidentemente a pocos metros de distancia de la portilla, mirándoles y con sus propias luces sobre la mitad superior. Era un hombre bien constituido, que llevaba un uniforme gris y un casco de metal. De su hombro colgaba un objeto que se podía reconocer como un arma de fuego. Mientras él les observaba, otras dos figuras equipadas del mismo modo bajaron los escalones y se le unieron. Tras un instante, el primero se movió hacia su derecha, apartándose de la vista; sus movimientos parecían los de una persona que está caminando sobre una superficie nivelada.

Ninguna de las cuatro personas del interior se movió ni dijo nada, ni siquiera al escuchar el sonido de unos pesados pernos que eran corridos en la sección de la pared exterior, situada directamente frente a ellos; ni siquiera cuando toda la sección se apartó de ellos como si fuera una puerta abriéndose hacia el exterior, ni cuando los tres hombres penetraron en el interior de la esfera. Dos de ellos se habían descolgado las armas de los hombros.

Myri recordó una ocasión, varias semanas atrás, en la que estaba agachada en la cocina y al levantarse se pegó con la cabeza contra la puerta de un armario que Lia había dejado abierta. La sensación que experimentaba ahora era similar, excepto por el hecho que no tenía sensaciones físicas particulares. Por el fondo más alejado de su mente pasó otro recuerdo, éste mucho más débil: alguien había tratado alguna vez de explicarle la similitud entre un cierto estado mental y la sensación física de incomodidad, y ella no había comprendido. El recuerdo se desvaneció inmediatamente.

El hombre al que habían visto primero, dijo:

—Súbanse las mangas, todos.

Clovis se le quedó mirando con menos curiosidad que la sentida pocos minutos antes, cuando Myri se le unió en la portilla.

—Es usted una ilusión —dijo.

—No, no lo soy. Súbanse las mangas, todos ustedes.

Les observó atentamente mientras ellos obedecían, impacientándose ante la lentitud con que se movían. Uno de los hombres que se había descolgado el arma del hombro, dijo:

—No seas duro con ellos, Allen. No tenemos ni idea de lo que han pasado.

—No quiero correr ningún riesgo —dijo Allen—. Al menos, después de ver esa multitud en los árboles. Y ahora escuchen: todo esto es por su bien —dijo, dirigiéndose a los cuatro—. Estense quietos un momento. Está bien, Douglas.

El tercer hombre se adelantó hacia ellos, sosteniendo lo que Myri reconoció como una aguja hipodérmica. La asió firmemente por su brazo desnudo y le puso una inyección. Inmediatamente, sus sensaciones se alteraron en el sentido que, aun cuando seguía percibiendo incomodidad en su mente, ni eso ni cualquier otra cosa parecía importarle.

Al cabo de un momento, escuchó al hombre joven decir:

—Ahora, ya puede bajarse la manga. Puede estar completamente segura que no le sucederá nada malo.

—Venga con nosotros —dijo Allen.

Myri y los demás siguieron a los tres hombres, saliendo fuera de la esfera; caminaron sobre un suelo duro y arenoso que podía haber sido de cemento, y subieron los escalones, recorriendo una distancia de unos diez metros. Penetraron en un pasillo dotado de luz

artificial y después en una habitación en la que brillaba el sol. Había veinte o treinta personas en la sala, algunas de las cuales llevaban el uniforme gris. De vez en cuando, las paredes se estremecían, del mismo modo que lo había hecho la esfera, pero en esta ocasión con el acompañamiento de distantes explosiones. De vez en cuando también se podía escuchar un débil tableteo de armas de fuego.

La voz de Allen dijo:

—Intentemos poner un poco de orden. Douglas, vete a ver a la gente del tanque de agua. Han sido acondicionados para creer que son congénitamente acuáticos, así es que será mejor que les saques de ahí inmediatamente. Holmes ya está vaciando el tanque. Puedes irte. Ahora tú, James, quédate vigilando a este grupo mientras yo trato de buscar unos cuantos más. Quisiera que esos tipos del equipo psicológico vinieran cuanto antes..., estamos trabajando en la oscuridad —su voz se fue alejando de ellos—. Sargento..., saque a estos cinco de aquí.

—¿Adónde los llevo, señor?

—No me importa adónde... Sólo quiero que salgan de aquí. Y vigíleles.

—Todos ellos han estado disparando, señor.

—Lo sé, pero vigíleles. Ahora, ya no son humanos. Y no vale la pena intentar hablar con ellos. Han quedado privados del lenguaje. Ésa es la causa de su estado. Y ahora, sáqueles de aquí inmediatamente.

Myri miró lentamente al hombre joven que estaba de pie cerca de ellos: James.

—¿Dónde estamos? —le preguntó.

James dudó un instante.

—Se me ha ordenado que no le diga nada —contestó—. Se supone que debe usted esperar la llegada del equipo psicológico para que la trate.

—Por favor.

—Está bien. Esto supongo que no puede hacerle ningún daño. Ustedes cuatro y otra serie de grupos han sido los sujetos de varios experimentos. El edificio es parte de la Estación Especial de Investigación del Bienestar, número 4. O más bien lo fue. El gobierno que la construyó ya no existe. Ha sido derribado por el ejército revolucionario, del cual yo soy miembro. Tuvimos que abrirnos paso hasta aquí a la fuerza y aún continúan los combates.

—Entonces, ¿no estábamos en el espacio?

—No.

—¿Y por qué nos hicieron creer que estábamos?

—Aún no lo sabemos.

—¿Y cómo lo hicieron?

—Mediante alguna nueva forma de hipnosis profunda. Eso es lo que parece, al menos. Una forma que probablemente se renueva a intervalos regulares. Además de varios aparatos para producir ilusiones. Aún estamos trabajando en eso. Y ahora creo que ya ha hecho suficientes preguntas por el momento. Lo mejor que puede hacer es sentarse.

—Gracias. ¿Qué es la hipnosis?

—¡Oh! Desde luego han acumulado una gran cantidad de conocimientos sobre eso. Se le explicará todo más tarde.

—James, ven acá y echa un vistazo a esto, ¿quieres? —llamó la voz de Allen—. Yo no puedo sacar mucho en limpio.

Myri siguió un poco a James. Entre un murmullo de voces, algunas de las cuales hablaban lenguas que no le eran familiares, escuchó a James preguntar:

—¿Es éste el fichero correcto? ¿Eliminación por temor?

—Tiene que serlo —contestó Allen—. Aquí está la última anotación completa. *Supresión de Bruno V y sustitución de Bruno VI, realizadas, junto con ajuste de memoria*

de otros tres sujetos. Memorando al Centro de Preparación: evitar repetición del tipo de personalidad de Bruno V, con fuertes impulsos de curiosidad. Habían empezado a establecerlo, ¿eh? Me pregunto qué harían con él.

—Está ese hospital psiquiátrico al otro lado del camino; aún están investigando; quizá esté allí.

—No queda la menor duda que estará con los Brunos I al IV. Pero eso no importa por el momento. Mira. *Procedimientos: penúltima fase. Eliminación de todo tipo de confianza; ruptura de la comunicación; denegación total de cambio prospectivo; inculcación del síndrome de la «singularidad»; el ambiente muestra ser violable; crisis desconocida en perspectiva (privación de alimentos)*. Puedo comprender esa última observación. Sin embargo, no parece que se estén muriendo de hambre.

—Quizá sólo acababan de comenzar con ellos.

—Les alimentaremos dentro de un momento. Sin embargo, todo esto es superior a mi entendimiento. *Reacciones. Pocos cambios. Respuestas pobres. Empobrecimiento acelerado de la vida emocional y de su vocabulario: compárese porción de la novela escrita por Myri VII con las contribuciones de sus predecesoras. Prognosis: continúa el deterioro afectivo; apatía catatónica; fracaso del experimento*. ¡Vaya! Eso, por lo menos, es un alivio. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la eliminación por temor?

Dejaron de hablar de repente, y Myri siguió la dirección de su mirada. Se había abierto una puerta y el hombre llamado Douglas estaba vigilando la entrada de otros, cada uno de los cuales sostenía o llevaba una forma humana envuelta en una manta.

—Debe tratarse del grupo del tanque —dijo Allen, o James.

Myri observó mientras los que estaban envueltos en las mantas eran instalados lo más cómodamente posible en sofás o en el suelo. Uno de ellos, sin embargo, permaneció totalmente envuelto en su manta, sin que nadie le prestara ninguna atención.

—Ese lo tiene, ¿verdad?

—Me temo que es un *shock* —la voz de Douglas parecía insegura—. No pudimos hacer nada. Quizá no debiéramos haber...

Myri se detuvo y apartó una punta de la manta. Lo que vio le resultó mucho más extraño que cualquier otra cosa experimentada en el interior de la esfera.

—¿Qué le sucede? —le preguntó a Jim.

—¿Que qué le ocurre? Puede usted morir de un *shock*, ya lo sabe.

—¿Que puedo qué?

Myri se quedó mirando fijamente a James y se dio cuenta que su rostro había quedado distorsionado por una mezcla de expresiones. Una de ellas era de comprensión; en cuanto a las otras, el verlas resultaba doloroso. Eran como reproducciones de lo que ella misma estaba sintiendo. Su visión se oscureció y echó a correr por la sala, siguiendo el camino por donde habían venido; bajó los escalones, atravesó el piso y regresó a la esfera.

James no conocía la disposición de las habitaciones del edificio y no la alcanzó hasta que ella tomó el manuscrito de su novela, se lo apretó contra el pecho, cruzando los brazos sobre él, y cayó sobre la cama, con las rodillas dobladas todo lo que podían estar y la cabeza en posición baja, como estuvo antes de su nacimiento, un suceso del que ella no sabía nada.

Aún se encontraba en la misma posición cuando, días más tarde, alguien se sentó pesadamente a su lado.

—Myri. Tienes que saber quién soy. Abre los ojos, Myri. Sal de ahí.

Después que el hombre hubiera repetido lo mismo varios cientos de veces, con la misma voz amable, ella abrió los ojos un poco. Estaba en una sala larga y alta, y cerca de ella se encontraba un hombre rechoncho de piel pálida. Le recordó algo que tenía que ver con espacio y con pensamiento. Volvió a cerrar los ojos con fuerza.

—Myri. Sé que me recuerdas. Vuelve a abrir los ojos.

Ella los mantuvo cerrados, mientras él seguía hablando:

—Abre los ojos. Estira el cuerpo.

Ella no se movió.

—Estira el cuerpo, Myri. Te amo.

Lenta, muy lentamente, sus pies se fueron estirando sobre la cama y su cabeza empezó a elevarse poco a poco...

TÍTULOS ORIGINALES

- Philip José Farmer • Ábrete A Mí, Hermana Mía • Open to Me, my Sister • © 1960 by Mercury Press, Inc.
- Brian W. Aldiss • Tres Canciones para Amantes Enigmáticos • Three Songs for Enigmatic Lovers • © 1974 by Mercury Press, Inc.
- Poul Anderson • Un Trozo de Noche • Night Piece • © 1961 by Mercury Press, Inc.
- Kingsley Amis • Algo Extraño • Something Strange • © 1961 by Mercury Press, Inc.

Libros Tauro
http://www.LibrosTauro.com.ar